

# DEATHWARD



SELECCIÓN DE:

DAI N. CASTILLO  
JULIO CEVASCO



SELECCIÓN:

DAI N. CASTILLO & JULIO CEVASCO

# DEATHWARD



SPEEDWAGON  
media works

## DEATHWARD

©Julio Cevasco & Dai N. Castillo, Selección, prólogo y colofón

©Augusto Murillo de los Ríos, Gaspar Paredes, Eva Van Kreimmer, Eduardo Omar Honey Escandón, Carlos de la Torre Paredes, Juan Pablo Goñi Capurro, Israel Montalvo, Julio Cevasco, Connie Tapia Monroy, Ariel F. Cambronero, Aldahir Mendoza, Christiam G. Buchelli, José Alonso Mendoza Tipiani, Dara Hincapié, Ajedsus Balcázar Padilla & Mariangela Ugarelli.

©De esta edición:

SPEEDWAGON S.R.L.

Para su sello editorial SPEEDWAGON Media Works

Jr. Cañete 7137- Of. 101 Lima 28, Perú

✉[speedwagon.mediaworks@gmail.com](mailto:speedwagon.mediaworks@gmail.com)

Facebook: [www.facebook.com/SPEEDWAGONmediaworks](https://www.facebook.com/SPEEDWAGONmediaworks)

☎ (511) 228 2157 / (511) 946 414 953

Dirección editorial: Andrés Pomalaza

Selección y prólogo: Julio Cevasco

Selección y colofón: Dai N. Castillo

Corrección: Julio Cevasco y Dai N. Castillo

Diseño de portada: Verspell

Primera edición electrónica: noviembre 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

*En memoria de Kentaro Miura,  
porque todavía nos gusta soñar.*

# PRÓLOGO

Julio Cevalasco

Hola, amigos. Este año formé parte de distintos proyectos gracias a los dioses nuevos y a los antiguos. Entre ellos tenemos a Deathward, cuya traducción significa rumbo a la muerte, una selección de cuentos que tuvo un proceso largo y complicado, sin embargo, en medio de las tormentas supimos arreglárnosla. Creo que es necesario hacer esta aclaración, porque al ser una convocatoria abierta se recibe toda clase de historias. Por tanto, se tuvo que leer mucho, descartar mucho más y podar lo mejor posible cuando se hizo la corrección.

Estos dieciséis cuentos de fantasía oscura —por si no sabes qué es fantasía oscura, es un género dentro de lo maravilloso, que abarca historias en mundos secundarios o en réplicas de un mundo similar al nuestro, pero con leyes diferentes, donde entran a tallar elementos de terror— están divididos en diferentes grupos. En primer lugar, seleccionamos cuentos con elementos clásicos como los demonios, los vampiros y los rituales, mientras que otros rayan en lo distópico y uno que otro en temas oníricos o en referencias a mundos lovecraftianos. También añadimos tres historias que mezclan la fantasía oscura con el grimdark, un

subgénero que resalta sobre todo por la amoralidad de los personajes, pero también por su crudeza narrativa, cierta dosis de comedia y una ambientación sombría que difiere en el tipo de mundo por recrear.

Para seleccionar las historias existieron dos procesos. Como seguro imaginas se lanzó una convocatoria en Internet, así que cualquier persona que escribiera en español estaba habilitada para mandar sus cuentos. De este grupo se seleccionó casi veinte relatos después de pasar por un filtro editorial, y de estos se escogieron ocho que se amoldaron mejor a la temática del libro. El segundo proceso fue el de historias por encargo. La editorial buscó a autores con experiencia dentro de la fantasía oscura para que enviaran un relato. Algunos escribieron obras nuevas, mientras que dos enviaron muestras de sus sagas que pueden leerse como capítulos parcialmente cerrados, así que lo que tienes entre manos son historias de plumas de distintas categorías dentro de la fantasía.

*Eterno placer* trata de una mujer que llega a un pueblo medieval donde existe un demonio. *Deshidratado* nos habla de los habitantes de un país que se convierten en seres violentos que destripan a sus víctimas. *Sobreviviente* nos cuenta la historia de un

hombre en una ciudad donde solo quedan cadáveres. *Móngeles* muestra cómo unas guerreras celebran un ritual donde está inmiscuida una criatura de proporciones gargántuas. En *El Señor de la Guerra*, fragmento de una saga de fantasía épica con elementos de brujería, tenemos una historia correspondiente a su canon. En *Día de perros* nos encontramos con una banda de vampiros al borde de su declive y, para terminar esta primera parte, en *El Durmiente* descubrimos que un organismo con consciencia decide pasar sus días sumergido en un mundo onírico.

En la mitad del recorrido nos encontramos con *Nueve oros*, un relato no canónico ubicado en el *No Mundo* sobre un asesino y un mago con consecuencias desastrosas. En *Bonewalker* la humanidad se ha terminado y solo existe un responsable que aguarda al final de una sombría senda. *Sombras y camaleones* nos cuenta sobre unas personas en las garras de un clan de seres con cabeza de reptil. *Destino carmesí* es el inicio de una saga de fantasía oscura con hartas dosis de crudeza que narra el encuentro de un demonio con un caballero con armadura. En *Una partida de ajedrez* presenciamos a un rey enfrenar con sus torres y sus alfiles a una inteligente entidad de otro plano. En *Niebla y Oscuridad* dos jóvenes huyen de una criatura de piel negra, cuya presencia hace que falle el cableado de electricidad. *No me pagan*

*tanto* nos relata una aventura en un mundo fantástico que recurre a elementos de folclore tradicional. *Réquiem uns Diaboli* nos muestra a una bruja que sacrifica a un niño para obtener poderes infernales. La selección termina con *Bello durmiente*, una historia donde la sangre juega un rol vital en la relación de los protagonistas.

Julio Cevasco

Münster, 17 de setiembre de 2021



# ETERNO PLACER

Augusto Murillo de los Ríos

La luna llena alumbraba el sendero que debía llevarme al siguiente pueblo. Como de costumbre, mis piernas no sentían cansancio ni dolor, incluso las sandalias que tenía puestas recibían más daño que mis propios pies cuando andaba descalza pisando ramas o piedras.

En cualquier otra ocasión, viajaría en una cómoda carroza, sin embargo, no pude encontrar a ningún conductor por la noche. Esa gente se había vuelto muy supersticiosa por los últimos acontecimientos nocturnos. No me quedaba otra mas que caminar hasta llegar a mi nuevo destino. Unas horas bajo este fantasmal bosque no deberían presentar mayor problema. Pude escuchar a las criaturas que lo habitan, murmullos con intención de atacarme, pero el miedo es una sensación que he dejado de lado hace mucho tiempo.

Miedo... ese sujeto de hace dos noches sí que tuvo miedo. En su último suspiro vi cómo su rostro dibujó esa interpretación de terror absoluto. Sus ojos por poco salen de sus cuencas mientras su boca se abría por completo a tal punto de quebrarse la quijada. Pobre hombre, y pobre su esposa. Ella ya debería haber en-

contrado el cadáver o lo que quedara de él. Me aseguré de que pudieran identificarlo, aunque antes hubiera tenido más cuidado para que piensen que fue un animal el que acabó con la vida de aquel viril sujeto.

Ya estaba cerca, y el sol tampoco se asomaba a este lúgubre lugar. Sin embargo, los pueblerinos ya empezaban sus jornadas laborales. Los herreros calentaban el caldero para fabricar esas armas de hierro. Los cazadores se preparaban para adentrarse en el bosque con el objetivo de conseguir pieles y comida. Tres mujeres jóvenes pasaron a mi costado con sus canastas que llenarían de frutas de los árboles más cercanos.

A pesar de que este lugar funcionaba en sociedad como si de un buen reloj se tratara, la niebla hacía que sus rostros dieran la impresión de que vivían en una eterna depresión. Los únicos que sonreían eran los niños. Uno de ellos me vio avanzando hacia el lodazal que pisaba mientras jugaba. Sus pequeños ojos azules se fijaron en los míos y mordí mis labios haciendo que sus extremidades relajaran y que me admiraran al pasar a su lado. Podría haber jugado con él, pero el sueño siempre fue más fuerte que mi diversión. A pesar de no encontrarme cansada, sentía que en cualquier momento iba a necesitar recostarme.

Antes de llegar a la posada pude ver el famoso monasterio Nuestra Señora del Lamento Sangrante. Majestuoso y tétrico al mismo tiempo. Ese coloso de piedras negras se encontraba en una alta y nevada montaña. Ahí se hallaba la mayor congregación religiosa de este país y de casi todo el continente. Quería saber qué tan ciertas eran las historias sobre los monjes alquimistas que habitaban ese lugar. Dicen que crean conjuros sanadores, como también destructivos. Curan maldiciones e identifican brujas. Hace unos meses escuché que un grupo de esos alquimistas había capturado a un demonio. Caramba, yo que he vivido tantas experiencias oscuras nunca he visto uno de esos. Pero algo en ese lugar me llamaba, ese olor que desprendía a lo lejos me resultaba curiosamente delicioso.

La posada funcionaba como bar en el primer piso. A pesar de que eran las primeras horas del día, cinco hombres ya se encontraban tomando alguna bebida que adormeciera sus sentidos. Dos prostitutas bajaron las escaleras cuchicheando de que alguno de ellos pueda pagar por sus servicios mañaneros. Ninguno me vio avanzar por mis silenciosos pasos y además por la oscura túnica encapuchada que llevaba puesta.

—Una habitación por favor —le dije directamente al que atendía en la barra.

Este giró su enorme y sudoroso cuerpo sorprendido por la femenina y suave voz que no reconocía.

—El monasterio está subiendo la montaña —refunfuñó por mi aspecto de monja.

—Lo sé —respondí—, pero primero quiero pasar unas noches en el pueblo.

El obeso sujeto agudizó su mirada tratando de ver a través de la tela que cubría mi rostro.

—Dos monedas de plata— dijo con su gruesa voz estirando la mano.

—Tengo una —respondí extendiendo la mía frotando la moneda entre mis dedos y los suyos—y me la quedaré.

Dibujé una sonrisa en mis labios dejándolo confundido sin que supiera por qué.

—Nada de comidas —le advertí mientras subía las escaleras.

Supuse que en el tercer piso estarían las mejores habitaciones. Mi intuición no falló al ver lo espaciosa que era la que elegí. A pesar de que había estado en posadas en mejor estado, la mayoría de veces he tenido que descansar en pocilgas de mala muerte, sobre todo cuando era más joven y aún no entendía mi naturaleza.

Me despojé de la túnica y de la ropa que llevaba debajo de ella. Sobre una mesa avisté un espejo quedándome desnuda frente a

él. A pesar de que mi blanca piel llevaba tiempo sin recibir daño, estaba sucia de mugre y sangre seca. Lo mismo sucedía con mi castaño cabello que ya llegaba hasta la cintura. Acerqué mi rostro y no, no había envejecido nada. Toqué mis firmes senos y estaban con la misma forma y en el mismo lugar de siempre. Solo el cabello y pelos en el resto de mi cuerpo avanzaban lentamente con el tiempo.

Me era indiferente la temperatura del agua con la que estaba llenando esa bañera de madera. Apenas recordaba la diferencia entre el frío y calor en mi cuerpo. Prendí una vela y cuando el agua estuvo a punto de rebalsarse, me sumergí en ella tratando de recordar la sensación que tuve la vez que no pude morir ahogada. Tomé una piedra pómez cerca de la bañera y con la cera de la vela comencé a eliminar los vellos de mi axila, piernas y entrepierna. La sensación de limpieza y suavidad en mi cuerpo era de mi agrado. A pesar de no contraer ninguna enfermedad, no era inmune a los ácaros u otros insectos que no tenían reparo al acercarse a mí, a diferencia de animales más grandes.

Una vez más sentía esa sensación que me transformó en lo que soy. Cada vez que yo misma tocaba mi sexo volvían aquellas imágenes.

El recuerdo de ese maldito flagelando a mi madre, como si nunca se diera abasto. La dejaba totalmente pasmada sin importar que yo podría ser la siguiente. Cuando él salía de casa, ella entre lágrimas me decía que no podía escapar de ese hombre, que prefería morir antes que decirle que no. Y eso fue lo que ocurrió. Encontré a mamá colgada en el árbol fuera de la casa y él la enterró esa misma noche en el bosque. Se encerró en su habitación a dormir por varios días, hasta que una noche despertó y me forzó físicamente a convertirme en su mujer. Perdí la virginidad con mi propio padre a los catorce años y durante meses me la pasé sin poder conciliar el sueño, producto del dolor. Sentía que la parte baja de mi vientre me quemaba por dentro y explotaría en cualquier momento. Él me mordía como un animal y yo rompía mis uñas clavándolas en la madera del piso al tratar de aguantar ese inmenso sufrimiento.

Un tiempo después, en el mismo día de mi decimoquinto cumpleaños, mientras me embestía en el suelo, mi padre colapsó como si le hubiera dado un ataque. Pensé que moriría en ese momento, pero se puso de pie y sus ojos oscuros se llenaron de sangre al verme. Su expresión de terror fue algo que nunca había presenciado en mi vida. Solo vi que guardó unas cosas en su bolso y salió de la casa para nunca más volver.

Me quedé varios minutos viendo la puerta y algo me decía que ya no regresaría. No era necesario escapar de casa, me encargaría de los animales que teníamos fuera para alimentarme. Vendería los huevos de las gallinas en el pueblo y con eso podría sobrevivir. Pero pasaron dos días y se me hizo imposible hacerlas empollar. Cada vez que me acercaba a ellas, se ponían histéricas y tres murieron aleteando como si un zorro se hubiera metido en el corral. Lo mismo con la vaca que teníamos amarrada, no pude sacarle una gota de leche, aunque tampoco me provocara tomarla. Desde que mi padre se fue yo había perdido el apetito. No había ingerido ni una fruta, verdura ni ningún otro alimento. Algo había cambiado en mí. Dormía por días enteros y me levantaba con hambre, pero no de comida. Tenía la sensación de debilidad por falta de alimento y deambulaba por el pueblo evitando al resto. Solo hablaba con dos amigas de mi madre preocupadas por mi estado deteriorado.

Una noche después, escuché fuera de mi casa tres voces masculinas. Uno de ellos decía que su esposa le contó sobre la joven que vivía sola en las afueras y por eso a él le tocaba el primer turno. Quedé paralizada del miedo debajo de las sábanas.

Entraron abriendo la puerta de una patada. El olor a hidromiel invadió el lugar y no tardaron en encontrarme. Dos de ellos me

tomaron de las piernas e intentaron arrojarme al suelo, pero no pudieron moverme de mi cama. El tercero, ante la sorpresa, se abalanzó sobre mí y perdió un brazo tras mi arañazo. Los otros se sorprendieron tanto como yo. El sujeto comenzó a patalear de dolor mientras uno de ellos, en lugar de ayudarlo, intentó someterme sacando un puñal. El ataque cayó en mi vientre, pero el filo solo cortó mi ropa dejando mi torso desnudo. El tipo intentó hacerlo nuevamente, pero me impulsé hacia adelante empujándolo con todas mis fuerzas haciendo que la pared de mi casa se rompiera con su cuerpo. El que había perdido el brazo dejó de sacudirse violentamente para solo dar pequeños espasmos mientras bañaba mi habitación de sangre. El que quedaba, solo estaba de pie frotando su entrepierna viendo mis senos. Fue en ese momento donde comprendí que mi vida como humana había terminado. El apetito volvió a mí luego de ver a ese pobre sujeto en éxtasis al verme desnuda. Cuando terminé de tragarme toda su vitalidad y ver en lo que había quedado su cuerpo, tuve que abandonar lo que fue mi hogar.

Habían pasado varias décadas después de ese evento. Las suficientes como para saber que nunca llegaría a tener arrugas, solo aquellas que tuve en ese momento al haberme quedado dormida en la bañera. Los cánticos y gritos en el bar de la posada me ha-



bían despertado. Miré cómo las yemas de mis dedos recobraban su forma lisa en cuestión de segundos. Me coloqué cerca de la ventana para ver el sol ocultándose mientras me secaba, la noche se acercaba y tendría que alimentarme.

Al inicio intenté hacerlo con enfermos o ancianos a punto de morir, hasta que dos cazadores me vieron hacerlo y terminé devorándome a ambos. Su fuerza viril se convirtió en satisfacción y placer. No es que se haya vuelto una adicción, es simplemente una dependencia. Ya no existía la integridad en mi ser. No después de haber acabado incluso con la vida virgen de muchos jóvenes.

Al terminar de alistarme, bajé y me encontré aquella algarabía representada por hombres y mujeres disfrutando de la noche sin preocupaciones. Como si fuera un ente fantasmal, me deslicé por el salón principal observando quién sería el siguiente. Hasta que lo vi. Un hermoso espécimen de espalda ancha, bien parecido y desprendiendo un olor que hizo que se me haga agua la boca. Tomaba aguamiel de pino y alzó la mirada cuando me senté en su mesa. Solo me bastó cruzar miradas con él para hacer que deje su bebida y me acompañe. Salimos del lugar y caminamos bajo las estrellas hasta introducirnos en el bosque. Pero algo en él me hacía desearlo más, quería acabar con cada gota de su ser a tal

punto de tragarme hasta su alma. El extremo deseo me hizo reaccionar tarde. Usando todas sus fuerzas me aprisionó con unas esposas de metal junto a otra que ya tenía preparada al pie de un árbol. Las antorchas se encendieron a nuestro alrededor revelando que no estaba solo. La curiosidad se apoderó de mí y no intenté siquiera resistirme.

—Asesina, hija de Lilith —Habló un anciano con los ojos vendados. Su túnica lo delataba.

—Alquimistas —dije sonriendo, enseñando mis manos esposadas.

—No tienes idea de cuánto hemos esperado este momento —prosiguió— Te hemos perseguido por años, calculando cada uno de tus pasos y tu manera de cazar. Sabíamos que regresarías a este lugar tarde o temprano y henos aquí.

Conté siete alquimistas con los ojos vendados, cinco de ellos con antorchas acercándose.

—Si conocen tanto de mí, asumo que tienen en cuenta que el fuego no me daña —les dije mientras me provocaba fervorosamente matarlos a todos.

El joven que me atrapó, cogió una tela y la bañó con un líquido para luego vendarse la vista.

—No tenemos intención de quemarte —dijo mientras sacaba una jeringa de su traje— solo quiero que me alumbren para no fallar.

Anteriormente hubiera pensado que podía destruir esas cadenas de hierro con facilidad. Pero algo sucedió conmigo, mi fuerza era la misma pero no pude romperlas y aquel joven saltó sobre mí clavando una aguja en mi cuello. Ambos fuimos al suelo y mientras él se ponía de pie, yo volvía a quedarme dormida.

La oscuridad se hizo eterna. Por momentos escuchaba ininteligibles voces, susurros, hasta gritos de hombres y mujeres. Sentía que mi cuerpo era manipulado, flagelado, violado sin poder despertar.

Hasta que ocurrió.

La antorcha alumbraba el lugar donde me tenían aprisionada. Desnuda, arrodillada, amordazada y encadenada con los brazos estirados con ese material irrompible. Sabía que mi sueño se podía extender por varias semanas, pero desconocía cuánto tiempo habría pasado. Pude haberle preguntado al alquimista que limpiaba unas herramientas fuera de mi celda, sin embargo, preferí guardar silencio y no mover mi rostro cubierto por mi propio cabello. Habían experimentado con mi cuerpo. Intentado cortarme, tomar muestras de mi sangre u otros fluidos. Una vez más

sentí ese atrayente olor multiplicando mis ganas voraces de acabar con la vida de cada uno de ellos. Usando mi lengua, intenté librarme de la mordaza y así soltar un gemido lo suficientemente efectivo como para dormir la mente de mi carcelero y de esta manera controlarlo a placer, pero se me hizo imposible. En ese momento entraron dos alquimistas más debatiendo los métodos que usarían esa noche.

Observaron las herramientas de la mesa y tomaron un cilindro para luego ordenarle al guardia que abriera la celda. Con un mecanismo al costado de la pared se movieron las cadenas levantando mi cuerpo.

—A pesar de ser un maldito monstruo —dijo uno de ellos— es la criatura más hermosa que yo haya visto.

—Lo es— respondió el otro— Ahora abre sus piernas.

Ambos se arrodillaron y lo hice de manera rápida. Sujeté con mis muslos el cuello del que tenía el cilindro, mientras el otro corrió hacia la pared, pero ya era demasiado tarde. La mente del que había desmayado me pertenecía y con sus ojos totalmente blancos me liberó de la mordaza haciendo que mi voz saliera controlando la mente del carcelero que arrojó un objeto lo suficientemente afilado para atravesar el corazón al otro alquimista sin que llegue al mecanismo que estiraría totalmente mi cuerpo.

El carcelero se acercó seducido por mi voz y me liberó. Iba a alimentarme en ese momento de esos dos aún con vida, pero no había tiempo. Tenía que escapar. Aún desnuda y como si fuera un veloz animal, corrí entre las sombras hasta que ese delicioso olor volvió a introducirse en mis fosas nasales y cayendo presa de ese placentero aroma y de mi curiosidad, seguí el rastro, ejecutando en silencio a cuanto alquimista se interpusiera en mi camino.

Escuché los gritos de alerta. Habrían encontrado algún cuerpo asesinado violentamente, pero tenía que seguir, mis piernas corrían lo más que podían por los oscuros pasillos de aquel gigante monasterio, abrí puertas, pasajes secretos, habitaciones con mujeres que no eran precisamente monjas, y otras celdas donde tenían a niños encerrados, hasta que llegué a una zona con vasijas, tubos de ensayos, balones de destilación y demás herramientas químicas. Las criaturas encerradas en aquellos enormes tubos de vidrio eran experimentos de estos malditos. Habían cruzado y torturado animales y humanos. Hasta que lo vi. En la última cámara se encontraba flotando en un líquido verdoso la criatura que anteriormente había sido mi padre en su forma natural. Las alas de demonio en su espalda se encontraban enganchadas a

unas palancas. Uno de sus cuernos había sido arrancado de alguna manera al igual que la mitad de su cola.

Me acerqué a los papiros en la mesa del costado y leí claramente: ÍNCUBO. No me importaron los gritos de los hombres detrás de mí. Me habían alcanzado y de alguna manera sabían cómo detenerme. Habían experimentado con el demonio que me engendró a tal punto de conocer gran parte de mi naturaleza. No sé qué pasó a partir de ese momento, tal vez fue por el dolor que me provocó aquel gas tóxico que arrojaron los alquimistas en pequeños viales. Por fin el sufrimiento se apoderaba de mí nuevamente empujándome a soltar un grito desgarrador haciendo sangrar los oídos de mis atacantes. Fui al suelo sintiendo que mi espalda iba a reventar en pedazos, pero mis enormes alas se desprendieron por primera vez. Los alquimistas presentes bajaron los brazos al ver mi transformación completa, convirtiéndome en un ser demoníaco que acabó con ellos.

Los siguientes alquimistas no tardaron en llegar.

—¡Súcubo! —gritó el anciano ingresando a su laboratorio mientras veía cómo me alimentaba con las almas de sus compañeros.

Los hombres detrás de él arrojaron más viales tóxicos y pude ver a ese fornido joven que no pude comerme en un inicio corriendo

hacia mí con una bolsa llena de botellas de algún elemento químico que causaría algún tipo de fuerte explosión.

El desgraciado se inmoló provocando que todo el monasterio se venga abajo. El impacto fue tal que había provocado la muerte de cada ser vivo en ese lugar, incluyéndome.

O eso pensé.

Cuando desperté, no tenía fuerzas ni para abrir los ojos. Solo escuché a un hombre hablar mientras tocaba mi cuerpo.

—Persona desconocida, sexo femenino, caucásica, de aproximadamente diecinueve años, no presenta contusiones externas en la zona torácica, ni extremidades, tampoco arañones ni indicios de que la muerte haya sido de manera violenta. Todo en orden dentro de la cavidad bucal, lo mismo con los ojos, hmm... en la zona frontal del cráneo en ambos costados hay arañones en forma de círculos, interesante...

Sentí como ese sujeto me puso boca abajo e intenté moverme, pero mis músculos no obedecían.

—El cuello está intacto, estos raspones en la espalda también son curiosos y hay otro en forma de círculo terminando la columna.

—El hombre se distanció y siguió hablando en soledad—. Apparently la muerte ocurrió por causas naturales, se procederá

a abrir el cuerpo según los protocolos de la autopsia empezando con la incisión craneal.

Cuando por fin pude abrir mis ojos, el resto de mi cuerpo se activó. Aquel hombre no tuvo tiempo ni de asustarse cuando comencé a tragarme su vida. Fui algo violenta quebrándole la columna, pero aun así pudo satisfacerme desde el suelo mientras tambaleaba muriendo de dolor y placer. Me vestí con su bata blanca y avancé por unos pasillos oscuros. Nunca había visto un lugar como ese. Las paredes eran lisas y algunas de ellas estaban hechas de vidrio. Vi una señal verde que indicaba la salida y avancé hasta llegar a una puerta cerrada. Un sujeto vestido de negro me ordenó detenerme apuntándome con un objeto de hierro. Intenté obligarlo a que abra la puerta, pero mi voz tardó en salir de manera hueca. Mis piernas aún estaban algo entumecidas y por poco tropiezo al avanzar hacia él. Entonces sentí un impacto en mi vientre luego de un sonido estruendoso. La cara de ese hombre reflejaba el miedo absoluto. Tal vez mi aspecto macabro vestido con una bata sangrante lo hacía retroceder mientras seguía enviando sonoros e inútiles proyectiles. Pensé alimentarme también de él, pero opté por usarlo como objeto contundente para abrir la puerta de ese lugar.



Al salir, el aire nocturno entró a mis pulmones. Tóxico, pero no lo suficiente como para hacerme daño. No reconocía aquel lugar lleno de luces, con enormes edificaciones y vehículos que avanzaban mediante algún sistema motorizado. La poca gente que se cruzaba a mi lado llevaba una especie de máscara que tapaba su sistema respiratorio, no importaba, seguía con apetito y quedaba una eternidad para saciarlo.

# DESHIDRATADO

Gaspar Paredes

Cuestiónate lo siguiente:

Cada gota de agua dulce del mundo tratada o no, se convierte en agua no apta para consumo humano.

Es muy complicado entender la profundidad del daño en este asunto. Sin embargo, te mando el spoiler: eso ocurrió. Primero pensamos que solo fue un asunto interno en nuestro pueblo, que de por sí es caluroso. Acá en la selva peruana es normal llegar a vivir ciertos hechos paranormales, para luego debido al misticismismo adjudicar lo ocurrido a Dios o al Diablo, en el mejor de los casos, a los demonios, y era justamente esto lo que la gente comentaba. Pero para un escéptico como yo, al comienzo nada más fue un tema de burla en mis redes. «Es un castigo Divino», publiqué con sorna. Algunos me daban la razón sin notar que solo era broma.

Hablando de redes, en ellas comenzaron a viralizarse videos del río Huallaga cambiando su turbio color amarronado a azulado progresivo. Vertiginosamente ocurriría lo mismo con los otros ríos del país. La noticia nacional se volvió internacional: «Perú: el primer país que se quedó sin Ríos». Titulares como

estos aparecieron en revistas, casas televisivas, frecuencias radiales, las redes sociales, todo lo que puedas imaginar que sea usado como medio informativo. Mi país andaba de boca en boca. El inexplicable fenómeno tuvo tanta pantalla en cuestión de horas que debido a la magnitud del caso los mejores científicos del mundo habían hecho su apreciación, pronunciándose al respecto y buscando algo lógico. Ninguno tenía una teoría cercana. El caso era que no se había extinguido toda el agua dulce o bebible, sino, que esta se había convertido en agua de mar. Sí, que los mares, incrementaron su porcentaje de sal en un 350 por ciento. Bastó una noche para que este suceso paranormal o como yo decía: inverosímil, llegara a tener una conclusión mundial. Ya no existe agua dulce.

Mis padres tienen una planta de agua de mesa acá en el pueblo del que les comenté soy residente que, por cierto, el nombre de su provincia es Picota. Nos percatamos de que no serviría guardar nuestra agua de mesa, pues mágicamente esta se convirtió en salada. Por lo que supusimos que pasaría lo mismo con las demás y no nos equivocamos. En el transcurso del anochecer, ocurrió algo que me causó gracia. Unos egoístas, al ver que toda el agua iba convirtiéndose, acapararon la mayor cantidad de botellas con agua tratada, botellones, baldes. Todo lo que contenía el vital

elemento era comprado. Por otro lado, los avaros comenzaron a elevar su precio, pero, debido a que lo vendieron todo, terminaron sin tener nada para consumir. Ese fue el primer filtro, ya que de igual manera toda se volvió salada en sus almacenes. El inicio del fin para los avaros e imbéciles egoístas fue lo único agradable en medio de esta increíble tragedia. Teníamos claro quiénes serían los últimos en recibir apoyo en caso de que la crisis se pusiera peor, algo que no tardó en suceder.

Quizás poco sabíamos de este dato, hasta que se hizo público mediante el noticiero central del medio día. El periodista abiertamente dijo: «estamos jodidos». Ya no éramos el único país que se quedaba sin agua bebible, al parecer los demás países latinoamericanos también fueron afectados por este suceso. Todo se iba al carajo y una serie de situaciones eran el combustible para el infierno que comenzábamos a vivir. La sed fue la causa principal de que mucha gente comenzara a alocarse, irrumpiendo así las normas legales, sociales, incluso morales, pues la ingesta de orines era algo que se normalizaba en tan solo dos días sin agua. Por mi lado estuve siempre enfocado en deshidratarme lo menos posible y en dar consejos a mis padres. Doy gracias a ellos que soy hijo único. En Lima y en partes de la costa comenzaron los primeros desenlaces demenciales, pues mucha gente desesperada ingirió

agua salada. Los desesperados que la bebían terminaban en un estado horripilante, física como mentalmente. Los muertos eran recogidos al ser reconocidos, algunos simplemente comenzaron a hincharse debido al proceso de putrefacción y a la exposición al sol que, por cierto, superaban los treinta grados. Las plantas comenzaban poco a poco a secarse. La fauna comenzó a morir al lado de nuestra especie. Al parecer los únicos sobrevivientes serían algunos peces e insectos. Era increíble cómo todo ser vivo se estaba yendo a la mierda en cuestión de dos días.

Era la segunda noche y comencé a sentir el deterioro incrementado a mil, dolores de cabeza, presión alta. Mis padres, ni hablar. Se mantenían vivos chupando un sorbo de sudor que mojaba el polo con el que se secaban. Al parecer era lo único que nos podía remojar los labios, no creo que nos salvara, pero sí prolongaba el sufrimiento. Muchos coterráneos morían y sus familiares no lo hacían público, otros se comenzaron a aprovechar de esto para saquear y bajo la premisa de ser buen samaritano ingresaban a casas para luego asesinar a los propietarios y quedarse con un lugar más fresco, con sus bienes o hasta con sus hijas. De nada sirve que te cuente estos datos porque a donde apunto es a otros. Ver la TV o el internet tampoco servía. Nadie daba la cara y todos comenzaron a morir por deshidratación. Era de temer la gue-

rrilla interna que ocurría a las afueras de cualquier ciudad del mundo. En algunos vídeos podía ver cómo lapidaban a los hombres que habían bebido agua de nuestro ex río. Me atrevería a comparar a las personas con zombis y por su comportamiento agresivo los cuerdos se defendían sin que les importara matarlos.

Un punto no menos importante fueron las mascotas, pues acá todo comenzó a tener un nuevo giro. Era el cuarto día desde el «apocatástasis». Un vecino —joven, por cierto—, tras la desesperación de perder a su madre se lanzó del cuarto piso de su casa. Al caer, su muerte fue obvia. Tenía la cabeza reventada y la sangre regada alrededor. Su mascota, un perro corriente, se acercó al cadáver y en lugar de mostrar fidelidad pude ver cómo con desesperación lamía la sangre de su dueño. Fue en ese entonces cuando el foco se me prendió y recordé un clásico de la biología y anatomía:

«El cuerpo está compuesto de 70% de agua».

Se me ocurrió la brillante idea de publicar esto en mis redes. Debido a la acogida que tenía en mi pueblo muchos leyeron el post, terminando así en una difusión brutal. No pasó más de algunas horas desde que los asesinatos por patrimonios se convirtieron en una cacería despiadada por el líquido vital. Vídeos de estos hombres a los que yo nombré “cazadores” comenzaron a

circular en facebook. Con cuchillos, con piedras o con lo que pudiesen, mataban al prójimo para luego intentar sobrevivir bebiendo su sangre. Esto no era vampirismo, esto era una aberración. Todo lo que había visto era a través de vídeos, pero pronto la realidad tocó mi puerta. Esta rebelión de cazadores reclutó gente suficientemente capaz de realizar estos actos horripilantes. Uno de estos grupos llegó a mi barrio. Mis padres estaban muy mal. Temía por ellos, pues ahora no exagero al decir que estábamos a treinta y ocho grados. Ambos estaban cerca del colapso y mi padre ya tenía la lengua hacia adentro, completamente blanca y arruinada. Mamá se mantenía tranquila o al menos eso era lo que mostraba.

Pude ver al grupo de cazadores. Se habían rapado la cabeza y desnudado, se pintaban el pecho, la frente y los genitales con la sangre sobrante de sus presas. Está de más recalcar que tenían la boca y los cachetes rojizos. Una noche tocaron la puerta del vecino. Nadie salió, así que ingresaron rompiéndola. Se escucharon gritos, mis padres se encerraron en su cuarto y yo me quedé en la sala después de sacar el revólver que papá solía tener como recuerdo. Había contado a los cazadores, eran siete, el número justo para no fallar ni un tiro con el calibre treinta y ocho que tenía

en la mano. Intentaba ver qué pasaba por la ventana polarizada, pero era en vano.

Cuando los gritos cesaron, unos nuevos comenzaron a resonar. Era Rafael, mi vecino de al menos diez u once años. Llamaba a su madre, pero él, escurridizo, comenzó a huir del siniestro. El líder de ese grupo pidió que lo atraparan y así fue. Había corrido unos cuantos metros cuando una piedra impactó en su cabeza y lo derribó. Dos de ellos se tiraron encima del menor. El más delgado y notoriamente delirante, alzó un cuchillo y se lo clavó en la panza. Hizo un corte en canal exponiendo la arteria femoral y obtuvo el néctar de su salvación, sangre. Fue algo cruento. Lloré de miedo apretando la empuñadura del revólver y mordiendo el cuello de mi polo. Pensé que disparar sería una opción, aunque sería en vano. ¿A quién debía salvar ahora? Estaba tirado, ensangrentado y los cazadores usaron su sangre para llenar botellas descartables cuando se cansaron de beber de él.

Pensé usar tres de las balas contra algunos, pero no tenía el valor de hacerlo. Sin embargo, siendo realistas tampoco tenía posibilidades de sobrevivir. Mucho menos tengo interés por unirme a ellos. Estos dementes abusaron del cuerpo y se alejaron satisfechos después de consumir su propósito. Por otro lado, en un nuevo vídeo se veía cómo otro clan había comenzado a padecer



los nuevos síntomas. Ellos morían de a pocos a causa de una inminente deshidratación acompañada de fatiga y debilidad. Cuando uno de estos moría, sus compinches se bebían su sangre y horas más tarde eran ellos los que padecían de la misma sintomatología. Así, poco a poco, el mundo entero informó por todas las plataformas posibles mediante los pocos sobrevivientes que lo obvio se había concretado: el fin de la raza humana era inminente, además de la fauna y finalmente la flora.

Un médico había subido un video previo a su muerte, explicando por qué los cazadores comenzaron a morir con esta nueva sintomatología. Su respuesta fue la hemocromatosis, pues este mal se había encargado de eliminar a todos los endemoniados.

Han pasado cuatro noches desde que el fin de la humanidad llegó, tengo sed, mis padres agonizan y ya no sudamos por la falta de líquido en nuestros cuerpos. Siento la cabeza cerca de reventar, no puedo ni siquiera cagar, mucho menos orinar. Sé que moriré pronto, pero no pienso ver a mis padres seguir padeciendo esto.

Ya no existen más comunicadores, ya nadie sube videos informativos, mi pueblo es un pueblo fantasma. Se han matado entre ellos o al menos eso puedo apreciar desde mi ventana.

Aún tengo la solución en las manos. Sé que puedo arreglar esta situación, pero tengo la certeza de que el revólver de mi padre tendrá que contener las cuatro balas que quedaban dentro. El primer disparo será para mamá, el resto...

# SOBREVIVIENTE

Eva Van Kreimmer

Son las tres o quizás las cuatro de la madrugada, no lo tengo claro porque no sé hace cuánto tiempo deambulo por las calles desiertas de la ciudad. Miro los edificios apiñados de la otrora metrópolis e intento imaginar que es una noche normal y que las personas descansan en sus hogares, pero sé bien que no es así. Probablemente la ciudad está vacía. La mayoría al igual que yo, salió a intentar huir de la muerte. Me pregunto ¿cuántos habrán tenido mi suerte?

Sombras asesinas deambulan por las calles. Los medios de comunicación se niegan a mencionarlas, pues nadie las ha visto y sobrevivido para contarlo. El miedo a lo desconocido es tan aterrador como el miedo a la muerte. Me gustaría saber qué es una muerte sin dolor, pero los restos de cuerpos tirados no me ofrecen un panorama prometedor. Siento algo de culpa, no demasiada, por sobrevivir sabiendo que mientras huyo mis compañeros matan o mueren. Todos mis amigos han caído de forma sangrienta o están desaparecidos. Para fines prácticos es lo mismo. Sólo me queda la soledad y este nauseabundo olor a sangre impregnado en las aceras.

Algo se mueve en un oscuro callejón. El miedo me embarga y siento un sudor frío recorrerme la espalda. El instinto lógico es huir, mas no dejo de mirar a la oscuridad. Doy unos pasos temblorosos y percibo que la fuente de mi espanto es menor de lo que imaginaba. Se trata de una pequeña niña de dos o tres años que gatea con dificultad. Tiene el cabello oscuro, muy desordenado y está bañada en sangre.

Me abalanzo hacia ella para intentar ayudarla, pensando que quizás estaba herida. Podría jurar que es humana y que se encuentra sola. Ella arroja de inmediato sus brazos hacia mí, la levanto sin pensarlo y con sus brazadas rasguña mi cuello. No parece asustada, tiene manchas de sangre en su cuerpo, pero no presenta heridas.

Miro en lo profundo del callejón mientras la cargo en busca de respuestas. Está oscuro, y puedo asegurar que el piso está cubierto de sangre porque ésta se desliza hasta mis zapatos. Distingo bultos deformes que se parecen a restos humanos, mas son demasiado pequeños como para asegurarlo. Quizás eran los padres de la niña, quizás no tienen nada que ver.

Parece percibir mi angustia y con sus pequeñas manos toma mi cabeza para que deje de observar la escena de muerte y me

centre en su rostro. Tiene sangre seca sobre la piel, pero puedo distinguir que sus ojos son oscuros y su sonrisa, traviesa.

Siendo sincero debo decir que su expresión tranquila me asusta un poco, o, mejor dicho, me asusta bastante.

Quizá también debería matarla.

# MÓNGELES

Eduardo Omar Honey Escandón

Tiffany aguarda el momento preciso. Está agachada, envuelta en negras pieles y plumajes de sombríos. El edificio bajo ella retiembla con fuerza. Si Mart tiene razón, el móngel pasará por esa avenida. Las demás Cazadoras del Tribal se encuentran agazapadas, listas para entrar en acción. Una vez más palpa el bolso en su cinturón que contiene los últimos tres pétalos blancos del Jardín de la Diosa. Sigue allí desde que fue nombrada aerodanzante y entrenada por Shaná, su antecesora, antes de la caída que le rompió la espalda.

El siguiente temblor hace que Tiffany sea lanzada hacia atrás. Sabe que debe controlar sus nervios y evitar huir. Hay una pausa en las sacudidas. Imagina que el móngel se detuvo para examinar si hay trampas o no. Cada invierno llegan menos desde el cielo y son más cuidadosos. Shaná le contó que de niña cazaban cuatro o cinco por año. Ahora, con suerte, es uno, y aún así se pierden muchas vidas.

El suelo vuelve a vibrar, y otra vez se escucha el silbido que inicia la caza, seguido de respuestas: ya se arrojaron las demás cazadoras. Tiffany se quita las pieles y se para en el borde del ven-

tanal desde donde se lanzará. Frente a ella está el móngel con sus seis ojos que parecen observar la danza aérea que ejecutan los demás bajo el cielo en penumbra. Los músculos del cuello del gigante se tensan bajo la piel marmórea.

Tiffany, con su mano izquierda, toma la cuerda que está fuera del ventanal, da unos pasos hacia atrás, corre y salta a través del vano. Mientras vuela, en un movimiento automático, abre el bolso y toma un pétalo blanco que, al recibir la sanguínea luz del amanecer, responde con una luminiscencia mucho más brillante. Cuando pasa junto al móngel da un estoque en la garganta, retira el arma y corta en canal antes de retomar el vuelo.

Llega a la pared del edificio opuesto, dobla las piernas para resistir el impacto y se impulsa de regreso. Sostenida por las cuerdas atadas a su cintura, mientras gira sobre su eje, pasa el pétalo de la mano derecha a la izquierda, lo clava bajo el corte y la incisión se extiende a lo largo del cuello.

Cuando deja atrás al móngel, guarda el arma y se prepara para rebotar varias veces frenando el impulso. De inmediato se desliza para esconderse, el móngel agoniza largo rato. Abajo la esperan Xóchitl y Denisse, quienes cortan las cuerdas atadas a su cintura. Las tres parten rumbo a una entrada con una multitud de escaleras intrincadas que van hacia abajo. Las antorchas señalan el ca-

mino a la profundidad. Tras bajar unos metros se detienen en un lugar con un techo alto y dos túneles transversales bloqueados en ambos extremos. Decenas de guardianas vigilan tanto las paredes como las sombras. El resto del Tribal está en el centro de las plataformas. Las tres se arrodillan y se cubren la cabeza cuando sienten que el piso, las paredes y el techo se agitan con fuerza. Ocurren otros temblores menores y, tras un tiempo de tensión, se rompe el silencio. El polvo cae y revolotea.

—¡Estuviste increíble! —comenta Denisse mientras se pone de pie y ayuda a Tiffany a levantarse—. Cuando Shaná lo sepa, se pondrá orgullosa. Tu primera danza aérea y fue perfecta. ¡Dos tajos! Creí que después del primero ibas a bajar.

—¡Oigan, todas ustedes! —grita Xóchitl mientras agita una antorcha y camina entre la multitud—. ¡Es hora de que tomen sus cosas, suban y trabajen el mógel! En cuanto caiga la noche toda la fauna de Keres llegará para pelearse por los restos, así que ¡rápido o también serán cena de ellos!

Tiffany se dispone a tomar uno de los bultos con cuchillos. Era la labor que hacía antes de ser aerodanzante, lo que todo niño y adolescente aprende mientras encuentra su papel en el Tribal.



—No es necesario, Tif —expresa Xóchitl—. Aún te falta trabajo por hacer

—El trabajo es de todas —responde Tiffany, quien toma uno de los bultos y camina rumbo a la superficie.

Fuera refulge débilmente el sol de sangre entre las ruinas de la ciudad. El móngel había caído de espaldas, lo que sería de enorme ayuda. Tiffany corre decenas de metros hacia las piernas y, gracias a sus cuchillas, escala por ellas hasta los labios mayores. Toma impulso para llegar a la base del escroto y desenvaina el pétalo que usó. Ya está algo mellado y marchito, pero bastará. Estaba tan acostumbrada a que Shaná lo hiciera que no había caído en cuenta, ahora era su labor. Nota que los testículos están hinchados. Una excelente noticia. Las tribales de las tierras del norte y del este no han tenido la fortuna de cazar un móngel en mucho tiempo. Esto implica que no han usado el esperma para quedar preñadas y que nazcan las niñas que reemplazarían a las que mueren durante la caza o las que los Kereson, los hijos de Keres, raptan en sus incursiones nocturnas.

Finaliza el tajo que expone los testículos y escala hacia el nuevo objetivo. Antes de llegar al vientre bajo, se da cuenta de que está hinchado como una colina.

—¡Un mógel preñado! ¡Qué buena suerte! —expresa con alegría Xóchitl quien había llegado junto a Tiffany. Se da media vuelta y le grita a Denisse—. ¡Avísale a la doctora lo que tenemos! Tif, ¡apúrate! ¡Te esperan!

Tarda en reaccionar. Las instrucciones de Shaná habían sido claras. Debía correr por el vientre haciendo un corte largo y detenerse en la base del esternón, mas nunca le dijo qué hacer en estos casos. Xóchitl se da cuenta de su dilema y escala rodeando el promontorio con las cuchillas y la cuerda.

—¡Sígueme! —dice mientras sonríe.

Tif la sigue hasta la cumbre de carne y la encuentra contemplando el pecho del mógel caído.

—Qué raro, está preñado y no tiene pechos para que amante a su cría —le dice a Tif—. ¿Cómo la alimentará?

Después baja rumbo al esternón sin que Tif le respondiese.

Poco tiempo después Tiffany hizo los cortes para descender al corazón y otros en la frente para deshilar la aureola. Denisse llega para avisar que la mandan llamar. Tif guarda el pétalo en su bolsa mientras baja por el costado de la nariz y observa que Mart, Xóchitl, Yao y la doctora debaten con grandes gestos mientras suben el promontorio del vientre. Se da prisa en alcanzarlos

cuando suenan los cuernos. Se le eriza la piel, pues es el sonido más temible de la noche: significa que las cavernas del tribal se encuentran bajo ataque. Implican horas de combate en lo que regresa la penumbra del día. Trastabilla un poco por la impresión, pero no se detiene. Acelera el paso y llega junto a Xóchitl. Mart se ha separado y ordena a gritos que las guardianas y arqueiras acudan cuanto antes.

—¿Qué pasa? —le pregunta a Xóchitl, que está cabizbaja y con los brazos cruzados.

—¡Maldición! ¡Maldita Keres y toda su oscura progenie!

—Xóchitl, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas a Hipatia?

—Algo, ¿no era la que enseñaba sobre el mundo y observaba los cielos?

—Sí, era ella. Fue mi maestra y lloré cuando, en un ataque, un carcajeante se la llevó. Cometimos un error: no mandamos a ninguna hermana a educarse con otro tribal.

—¿Y? Hemos seguido adelante, ¿no? —pregunta Tiffany de forma inocente.

—Dejamos de vigilar los cielos y mira —dice Xóchitl mientras señala el firmamento. Tif observa la luna roja—. Avanzará rum-

bo al sol y lo devorará. No quería creerlo, pero Mart recordó algo dicho por una anciana: en los eclipses llega un móngel preñado.

—Pero es de día, los Kereson no saldrán.

—La oscuridad que llegará será suficiente para que salgan. No tenemos tiempo para regresar a las cavernas.

—¿Y el refugio subterráneo?

—Sería meternos en una trampa: la oscuridad es permanente allá abajo. Además, Mart cree que es importante proteger los restos del móngel. Muchos grupos dependen de lo que logremos extraer hoy.

La luna está por besar a su amante cuando ya está dispuesta la defensa. En la cima está Tif con varias adolescentes que entrarán en combate por primera vez. Hacia abajo hay varios anillos de arqueras seguidos por los de las guardianas. Mart, tras cierta pugna, fue convencida de mantenerse atrás del primero. Es la lideresa y el Tribal le advirtió que no fuera de las primeras en caer.

Xóchitl, las niñas y aquellas en la retaguardia evacuaron al techo donde estuvo Tiffany. Como piensan que el combate será en el móngel la acompañan dos arqueras y dos guardianas.

La Luna empieza el beso de las tinieblas. Donde se consolida lentamente la negrura, burbujan presencias. Mientras más se

diluye la sangrante luz del sol, más se van acercando las sombras. Tif nota que en la oscuridad susurra un río de ojos de diversos tamaños y pupilas. Avanza un poco más la negrura y, junto con las hambrientas miradas, aparecen fauces de las que escurren el color de la desesperanza

El suelo bajo sus sandalias brinca.

—¡No está muerto! —exclama asustada Charmaine, una de las jóvenes al lado de Tiffany.

De nuevo otro golpe, les hace perder el equilibrio, y luego otro. Charmaine resbala, pero Tiffany la atrapa antes de caer.

La Luna ya se ha comido más de tres cuartas partes de su amante cuando las sombras se derraman de sus escondrijos sobre la avenida donde está yace el mógel. Los tentáculos de sombras retroceden donde aún reverberan los coletazos de la luz sangrante del sol. Pero esperan y avanzan un poco más conforme la Luna sigue devorando la luz.

—¡Arqueras! ¡Preparen sus flechas! —ordena Mart. Las unidades de apoyo encienden las teas y prenden las flechas de las tiradoras de la vanguardia. Tif y las jóvenes también encienden sus antorchas. Se tranquilizan al ver círculo tras círculo dibujado con llamas, aunque saben que no durará mucho.

—¡Disparen! —grita Mart, y las flechas vuelan al perímetro donde yacen las viejas telas, el aceite de piedra y la grasa animal. Un incendio se extiende alrededor cuando la luna termina de comerse a su amante. Las aves callan y las hordas de la noche se lanzan al ataque.

Una segunda y una tercera ola de ardientes flechas impacta en carcajeantes, sombríos, nyxes y demás Kereson. El fuego es insuficiente, ya que llegan más seres que lo pisotean y lo apagan. Las antorchas encendidas en los diversos círculos iluminan a los oscuros, que reptan sobre la piel y buscan arrancar trozos de carne, mas siempre de forma infructuosa. Se desesperan, notan que más arriba hay algo más sencillo para comer, y escalan.

—Arqueros, disparen a los que logren subir y... —ordena Mart antes de que un golpe la interrumpa. Luego sigue un temblor que la obliga a arrodillarse como a otras defensoras de la formación de anillos. En las partes con más declive varias tribales caen entre las sombras y pelean antes de ser aniquiladas.

Mart se levanta. Su rostro muestra estupefacción.

—¡Arriba! ¡Arriba! —dice cuando vienen otros golpes y un temblor constante. Es imposible mantenerse en pie. Tiffany cae, suelta su daga, mas no pierde la tea.

Suena un aleteo. Charmaine y las demás gimen aterrorizadas. Tiffany grita:

—¡Agáchense, niñas!

Siente a una corriente de aire desplazarse sobre ella. Quizás a los reptantes les cueste subir la colina, pero los dracos son señores del aire. Levanta la vista hacia Mart, quien intenta pararse. Las formaciones en círculo se han desarmado, solo hay un amasijo de teas desperdigadas y mujeres en desorden.

—¡Tif! ¡Tif! —resuena la voz de Mart quien se acerca arrastrándose—. ¿Te quedan pétalos?

—Sí, todavía tengo —contesta Tiffany, con temor de levantar su rostro.

—Bien —le dice Mart quien de súbito ordena a gritos—: ¡Atención a todas! ¡Corran hacia el pecho y resistan! ¡¡Me escucharon!?! ¡Corran! —luego se acucilla y ordena a Tif adoptar esa posición. Sus hermanas siguen la orden de la líder. Los temblores continúan y más de una cae a las sombras. Por fortuna los Kereson también se desploman por los bordes del cadáver. Charmaine se pone de pie para correr con velocidad.

—¡Niña, apúrate! —le dice Tiffany al oír un aleteo, y a su compañera la atrapan unas garras.

—Tiffany, es el momento —Mart la agita para que le preste atención—. Dame tu antorcha, toma mi mano y sígueme. ¿Cuántos pétalos te quedan?

—Dos.

—Toma uno —ordena Mart al detenerse, luego mira alrededor mientras acomoda a su compañera a un lado. Tif nota que están más abajo de la cúspide donde el declive es pronunciado hacia los genitales— y dámelo. Tú usarás el otro. Nos deslizaremos al mismo tiempo. ¿Entendido?

Antes de asentir, Tiffany levanta la vista y ve a un carcajeante que las observa. Mart incrusta el pétalo en el suelo.

—Te toca —ordena y toma con fuerza la otra mano de Tif—. Ahora, ¡vámonos!

Ambas se recuestan y se dejan ir por la empinada pendiente acelerando cada vez más. Tif alcanza a ver que han llegado más carcajeantes, quienes, al notar que huyen sus presas, se lanzan tras ellas. Tras unos metros el vientre termina de forma abrupta y se golpean con la base del gigantesco falo. Tiffany, asustada, se abraza de Mart cuando los carcajeantes se acercan. De súbito el vientre estalla, abriéndose como una flor, lanzando cascadas de líquido ambarino a la luz del fuego. Mart y Tiffany son lanzadas contra un muslo por la explosión, y caen sobre cuerpos que de-



voran los oscuros. Una luz blanca brota de la abertura iluminando todo. Los nocturnos gritan aterrados con un miedo que Tiff nunca había notado.

Cuatro alas de un cegador blanco surgen del vientre del que caen ríos ambarinos. Brota una cabeza coronada por una refulgente aureola, con seis ojos que parpadean y un pico semiabierto con dientes. El recién nacido estira los brazos y el cuello al erguirse. Un olor a bosque inunda el ambiente. Los Kereson intentan retroceder a la oscuridad, pero la luz blanca la ha matado. El ser, con ambas manos, levanta el cordón umbilical y lo rompe a mordidas. Luego aletea inseguro, se detiene y aletea de nuevo con mayor fuerza. Sobrevuela unos metros, mira alrededor. Un grueso rayo de luz se mueve por todos lados. Recoge a los hijos de Keres para arrojarlos dentro del vientre. Luego aterriza en él para devorar velozmente a cada oscuro que capturó. Estos gimen y aullan de terror. Fue una colecta, súbita y satisfactoria en cuanto alimento.

Antes de que el eclipse termine, el recién nacido ha barrido con los Kereson y no ha tocado a las guerreras del Tribal. Saciado su apetito, aletea lento y se detiene sobre el cadáver gigante. Las mujeres, aterradas, se mantienen inmóviles: no quieren llamar su atención. Permanecen ahí, en silencio, mientras el sol refulge en

lo alto y la luna sigue su viaje con indiferencia. El mógel aletea con fuerza y se pierde en la inmensidad de la penumbra.

Mart tiene fracturada una pierna y se apoya en Tif mientras avanzan hacia los pies. Xóchitl y Denisse se encargan de las heridas.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta Xóchitl a Mart mientras la sienta para atenderla.

—Me acordé cuando dijiste que no tenía pechos para amamantar. La tradición sólo menciona a los mógels preñados cuando hay eclipse, así que tuve una corazonada. En realidad fue un acto desesperado cuando vi que las formaciones se rompieron. ¿Cómo se encuentra el resto?

—Todavía no sabemos, pero veinte tribales han muerto. Tenemos muchas heridas, algunas de gravedad, y apenas contamos con tiempo para llegar a las cavernas.

—Que se concentren en el esperma, es lo más valioso y lo intercambiamos por pétalos para las cazas siguientes. ¿Qué ves, Tif?

—¡Florecen! —expresa Tiffany maravillada.

Alrededor, dentro y sobre el móngel un bosque de blancos rosales crece para abrir sus capullos. El gigantesco cadáver reposa en el jardín de la diosa.

# EL SEÑOR DE LA GUERRA

Carlos de la Torre Paredes

—Viorte se alimenta de los campos de batalla. Cuando la lucha ha sido muy violenta, cuando mucha sangre ha corrido, cuando los campos quedan plagados de cuerpos despedazados, Viorte se materializa. Dependiendo de cuánta energía haya acumulado, puede permanecer en nuestro mundo por días o meses. Después, cuando su energía se acaba, se convierte en tierra y se esparce por el mundo, esperando que el conflicto lo alimente nuevamente. Mientras Viorte se encuentra materializado, genera caos y destrucción. No le interesa nada. Se divierte matando y haciendo que los hombres se maten entre ellos. Juega bromas pesadas al mundo, y no podemos hacer más que soportar al gran espíritu de la violencia y la muerte.

»Samanta fue a su primera batalla cuando tenía quince años, siendo ya señora de los pueblos de Ren y Quat. Llevó como protección una cota de malla y un casco ligero que mostraba todo su rostro. Galopaba en un corcel tan blanco como su inocencia, y cargaba en la cintura dos espadas cortas, una de ellas la espada que su padre le fabricó como regalo por sus quince años. Todo el

tiempo que había pasado entrenando le serviría en ese momento. Tendría que demostrar que venía de una gran familia de guerreros, matando por lo menos a veinte soldados enemigos. No se encontraba nerviosa. Sabía todo lo que tenía que saber, y poseía una gran fuerza, así como inteligencia y agilidad. Encima de su armadura llevaba el uniforme del reino de Ectión, en cuya capital, Ruz Talgar, nació y creció con alegría y cariño. Ahora le tocaba ensuciarse las manos por su reino y lo haría complacida. Había esperado ansiosa ese momento, quería demostrar de lo que era capaz; no pensaba matar menos de cien enemigos.

»Se decía que su destreza con la espada era solo superada por su belleza. Las tropas la adoraban y la trataban como a una reina. En esa, su primera batalla, ella lideraría uno de los batallones del rey de Ectión, Eurelio el Alegre, que se enfrentaba a su homólogo del reino de Octar: Bruno el Musculoso. La batalla se desarrollaría en los campos Apagoneos. Los dos ejércitos habían establecido campamentos a menos de una legua de la llanura de aquellos campos, luego de una larga persecución por parte del ejército de Eurelio al ejército de Bruno.

»Fue parte del plan llevarlos hacia las llanuras, donde los enemigos tenían forma de escapar. Según me explicó Rafael, cuando los hombres se encuentran en una situación de vida o

muerte, entre la espada y la pared, luchan con todas sus fuerzas y es casi imposible derrotarlos; por eso es recomendable dejarles una ruta de escape.

»El sol empezó a asomarse y las tropas del reino de Ectión comenzaron su marcha hacia el campo de batalla. El rey Eurelio contaba con cuarentaicinco mil hombres para esta batalla; según los espías, el reino de Octar tenía solo treinta mil. Sería un sencillo debut para la hermosa Samanta que, por primera vez en su vida, se bañaría en sangre.

»El ejército de Ectión tomó posición al lado oeste de la llanura, mientras que el ejército de Octar lo hacía al este. Los ejércitos se daban la cara y los hombres de ambos bandos estaban cada vez más exaltados y ansiosos por combatir. El rugido previo del combate se dejaba escuchar a lo largo de todo el valle. Parecía un grito ahogado, un llamado a Viorte. El tiempo, hasta ese momento húmedo, nublado y fresco, arrastraba tensión con su brisa. De las frentes de los soldados brotaba sudor frío, sus corazones latían a toda velocidad; era conocida la brutalidad de ambos ejércitos.

»Samanta esperaba tranquila sobre su caballo blanco, delante de todo su batallón, lista para guiarlo hacia la victoria. Su rey cabalgaba a lo largo de toda la línea delantera del ejército, iba tocando las lanzas y espadas de sus tropas con su espada, transmi-

tiéndoles así parte de su fuerza. Los señores daban los vítores de aliento a las tropas, los exaltaban, les decían cómo despedazar a los enemigos, exhortaban amor por el reino de Ectión. Las tropas estaban excitadas, ansiosas por abalanzarse sobre el enemigo, su rey los guiaría a la victoria. Y la hermosa Samanta, hija de la más importante familia de guerreros en todo el mundo conocido, por fin se uniría a su padre en el campo de batalla, dando inicio a una nueva etapa para el reino de Ectión, que, gracias a su padre, se encontraba en pleno proceso de expansión.

»Las tropas de ambos ejércitos avanzaron y pronto chocaron cubriendo los campos Apagoneos con sangre y cuerpos mutilados. Samanta cabalgaba entre las tropas enemigas golpeando a uno y a otro enemigo con su espada. La sangre le salpicaba no solo a ella, su blanco corcel se encontraba cada vez más ensangrentado. Era como si una especie de aura mágica la protegiera pues ningún golpe, ninguna flecha ni hechizo parecían dirigirse a ella mientras avanzaba a todo galope sobre los enemigos, hasta que una lanza perforó el cuello del corcel.

»Samanta cayó y rodó para no lastimarse y se incorporó rápidamente. Con sus dos espadas cortas en las manos, la que le regaló su padre y la otra fabricada por el mejor herrero del reino, se abalanzó contra los enemigos y empezó a descuartizarlos. Tenía

la gracia de un tigre. Samanta arremetía contra uno y otro enemigo con tal rapidez que la perdían de vista. Corría entre las tropas enemigas moviendo a una velocidad impresionante sus fuertes y perfectas piernas, cortando y despedazando a diestra y siniestra con sus dos pequeñas, pero excelentes espadas.

»Mató a casi doscientos hombres ella sola; los despedazó. Abrió una brecha en las defensas enemigas, permitiendo así una arremetida brutal de sus tropas, que no tuvieron misericordia. Cuando todo terminó Samanta se encontró sola por un momento, rodeada de cadáveres y sangre: hombres y bestias yacían tendidos a lo largo de todo el campo. Samanta respiraba agitada, miraba a su alrededor y no terminaba de creer que había matado a tantos enemigos. Observó sus manos manchadas de sangre, sintió cómo, al contacto con el viento, esta se cuajaba sobre su rostro. Fue en ese momento que dudó: se preguntó si realmente esa clase de vida sería para ella.

»La batalla terminó en masacre. Aproximadamente murieron veinte mil hombres de ambos bandos, diecisiete mil eran de Octar. El ejército de Bruno el Musculoso estaba bastante mermado, por lo que solo le quedaba refugiarse en su ciudad y esperar el inevitable avance de los ejércitos de Ectión.



»La niña de solo quince años fue considerada la mejor guerrera del mundo y su padre tuvo que admitir que sus habilidades superaban por mucho a las suyas y hasta a las de su propio abuelo. Con solo una batalla había demostrado ser la más poderosa en toda la historia de su familia.

»Los años pasaron volando y cada vez su nombre adquiría más fama y prestigio. La hermosa Samanta era conocida en todo el reino de Ectión no solo por su belleza y la furia con la que luchaba, sino además por su capacidad como líder y gran señora de los pueblos y castillos bajo su dominio. Ella era un ejemplo para el reino de Ectión y además era la más hermosa, la mejor, la más inteligente y graciosa de todas las mujeres del reino.

»Hubo años enteros de campañas, de guerras desgarradoras que clamaban por la presencia de Viorte para que este se alimentara de la sangre que derramaba el mundo. Hubo también tiempos en los que el conflicto tenía que buscarse atacando caravanas de otros reinos para terminar con las treguas que perjudicaban los intereses del espíritu de la violencia y de la muerte. Como les había sucedido históricamente a los ancestros de Samanta, su rey empezaba a desconfiar del real valor de los miembros de la familia, puesto que no colaboraban con ninguna tregua que pudiese significar desarrollo y paz para el reino; ellos solo pensaban en

luchar y encontraban la manera de hacerlo. Además, parecían capaces de siempre encontrar la forma de limpiar el nombre de la familia y evitar la deshonra del destierro. A pesar de todo, cuando llegara el momento, la familia tendría que renunciar a sus votos con el reino para fomentar la guerra y ayudar a otro con su expansión. Pero a Samanta y a su padre aún les quedaba tiempo para disfrutar de Ectión: la madre de Samanta era hija de un noble muy bien posicionado en la corte que se encargaba de allanar cualquier malentendido entre la poderosa familia y la corona.

»Pasaron casi seis años y Samanta estuvo a puertas de cumplir veintiuno. Su belleza realmente no tenía comparación y su pericia en combate la había llevado a convertirse en señora de tres castillos fronterizos arrebatados al reino de Octar. Su padre acostumbraba acompañarla para darle consejo y protegerla, aunque realmente no lo necesitara. Para ese entonces Ectión se encontraba en guerra contra los reinos de Pantera, de Letty y de Octar. Y contra todos llevaba ventaja, pero se estaba armando un único frente enemigo al sudeste del reino, por lo cual todos los ejércitos de Eurelio el Alegre marchaban hacia la ciudad de Jin Kadek para detener la avalancha enemiga, comandada por Bruno el Musculoso, que pretendía golpear como una punta de lanza a Ectión.

»En mitad del camino hacia la ciudad de Jin Kadek, el padre de Samanta le hizo una confesión, le explicó que parte del contrato firmado con Viorte advertía que solo podía haber un único gran sacerdote. Por tanto, ella, al cumplir veintiún años, se convertiría en la nueva gran sacerdotisa. Eso significaba que, durante la batalla que se pelearía en dos semanas contra la cuádruple alianza, él moriría. Samanta no quería creerlo, le pareció una estupidez y le aseguró que lo protegería. Él rió y respondió que esos eran los designios del destino, que no había nada que hacer, que no pensara en eso y más bien se preparara para la materialización de Viorte, quien por decisión propia aparecería en la tierra luego de treinta años para consumirla todo el tiempo que él y ella le habían ayudado a acumular en los campos de batalla. En ese momento, la sensación que alguna vez tuvo Samanta, aquella referida a que esa clase de vida no era para ella, volvió de pronto y fue carcomiendo sus entrañas.

# DÍA DE PERROS

Juan Pablo Goñi Capurro

Nos han descubierto otra vez y planean destruirnos. Es una lástima, me gusta mucho este alojamiento cercano a cuatro pueblos balnearios y a dos ciudades mediterráneas de cierta envergadura. Hemos pasado cinco felices años aquí. Creí que disfrutaríamos más antes de levantar sospechas. Ha sido Klaus el descuidado. De no haberme avisado Merlina, estaríamos indefensos. A ella le sonó raro que su cita se cancelara. Dudó de la excusa y lo siguió. Al ver que otros jóvenes entraban al cine abandonado de Puerto Arena mientras la masa adolescente colmaba las playas para la fiesta de las hogueras, me avisó de inmediato. Los confabulados pusieron tres guardias en las afueras y olvidaron que las viejas edificaciones se pueblan de murciélagos.

Reconozco que han sido astutos, aunque lentos. De lo que escuché en la reunión, deduje que Klaus fue atrapado por esos telefonitos con cámaras. Algunos de los nuestros no se adaptan a la tecnología de los últimos treinta años. El cambio es muy rápido para sus cerebros entrenados en eras de carretas y palomas mensajeras. Klaus se dejó fotografiar junto a su presa en la fiesta donde se alzó con ella. Hubo confusión cuando la joven desapareció.

Bastó que una amiga recordara las poses ridículas de las que se habían reído tanto, para que buscaran en el teléfono la foto del joven que la acompañaba. Por cierto, Klaus no aparecía en ellas. Les llevó casi una jornada descubrir por qué, pero lo hicieron y están listos para ultimarnos.

Actuarán una hora después del amanecer. No hay tiempo para partir esta noche. Tom está haciendo los arreglos, tendrá un yate para media mañana. Se hará cargo de embalar el resto de las cosas que no llevemos con nosotros. Hasta que hallemos otro destino fiable, irán a un depósito en la capital. Alicia se está ocupando de lo relativo al traslado. No hay que dejar huellas de nuestro paso. Una pena perder el casco de esta estancia. Me he acostumbrado a los paseos salobres, a las caminatas entre los eucaliptos, a los mugidos de las vacas y al inconfundible grito de los teros. Me planteo si tiene sentido continuar liderando una comunidad, deberían ser los otros quienes se hicieran esas preguntas. He sido un vampiro joven, viví bajo el mandato de Lord Kasabian hasta que me urgió encontrar mi propio camino, seguir mis inclinaciones y poner las reglas en lugar de obedecerlas.

Klaus, Merlina, Peter y Karla no son así, llevan entre doscientos y trescientos años conmigo sin querer independizarse. No incluyo a Alicia, ella se queda por otras razones, pues está ena-

morada de mí. Quizá se han contagiado de esta nueva era humana de adolescencia prolongada, por no decir eterna. Se instalan, cumplen las reglas y no se preocupan por el futuro, no tienen ni identidades propias. ¿Qué será de nuestra especie cuando no estemos los fundadores del Círculo? ¿Terminaremos extintos como miles de los nuestros que no desearon confederarse y se mantuvieron por cuenta propia? Pronto celebraremos el consejo anual y eso también me da tirria. Supongo que había pensado en retirarme aquí, en la pampa verde, a pasos del océano Atlántico, donde resulta tan sencillo colmar mis ya mínimas necesidades. Pero la tontería de Klaus me obliga a escapar. Quizá lo perdamos en el viaje, o quizá yo regrese cuando los pueblerinos se hayan hartado de buscar a los desaparecidos.

Menudos tontos. ¿Cuál es la necesidad que tienen de eliminarnos? Una de sus amigas desapareció; bien, entiendo que la quieran vengar, pero no es el camino correcto. ¿Por qué no hicieron la denuncia policial?

—Hablaron con la policía, Dieter, con los de Puerto Arena, y se rieron en sus caras.

Karla siempre me sorprende, ha desarrollado la lectura de pensamientos; funciona cuando estamos distraídos. No conviene que se entere que la considero apetecible. Ella fue humana en el

siglo XIX, su belleza impacta más que la de Alicia. Además del deseo, la presencia de la más joven de la comunidad me recuerda que tenemos una misión que cumplir.

—¿Han salido?

Asiente. Se adelantaron al horario. Juventud, ansiedad, satisfacción inmediata. Entiendo que los demás hayan tomado posiciones. Klaus, Peter y Merlina cazarán juntos. He contado doce personas en el cine derruido. Escogieron ese antro para emular a los héroes de sus lecturas. Intuyo que han elegido el número de cazadores en base a los célebres apóstoles de Cristo. El mayor de ellos no tiene treinta años. Muertes en vano. Hace tiempo que he perdido el gusto por la muerte. Karla no, le brillan los ojos, ávida de ejercitar nuestro arte ancestral. No podremos beber esta noche, necesitamos estar ligeros para el viaje, preparados para las sorpresas que puedan surgir en la travesía.

Huir con prisa es siempre una catástrofe. Hemos perdido mucha gente en esos escapes de última hora. Esta noche contamos con ventajas: el casco, rodeado de montes, hace imposible que nos caigan por sorpresa. Además, conocemos de antemano a los que intentan eliminarnos.

—Hemos colocado árboles en el camino, no podrán llegar en automóviles.

—Buena precaución, pero los dejarán mucho antes de llegar al bosque. Nos han tocado jóvenes fantasiosos, Karla.

—Y de sangre ardorosa.

La intensidad de Karla me recuerda a mis mejores años. ¿Aceptaría huir conmigo? No lo creo. Como los jóvenes que morirán esta noche, está sedienta de aventuras, ávida por disfrutar sus poderes sobre los altivos humanos. Mis planes son casi opuestos. Dejo de pensar en ella, ahí llegan. Los motores suenan como un ejército de tanques de guerra en la beatífica noche pampeana. Karla no precisa órdenes, agita las alas rumbo a la primera fila de árboles. La sigo y adopto cuerpo humano, un envoltorio que me disgusta, y allí están ansiosos. ¿Qué necesidad de venir antes?

Bajan de los coches, conversan, dudan y de una camioneta sacan estacas. Karla sacude una rama a mi lado.

—Parece que son muchos.

No dejarán que nos acerquemos para morderlos, pero olvidan que contamos con otras recetas para la muerte. Cargan mochilas. ¿Llevarán allí los crucifijos de plata? Me dan pena, son como los miles que creyeron posible eliminar a mi clan en los cinco continentes, sin embargo, hay algo nuevo en la composición del equipo de asalto. Mujeres, cuento siete mujeres. Las más osadas



siempre han estado a la retaguardia o aguardando en casa por los resultados. Aquí no es así, aquí ellas llevan la delantera. Me sorprendió escucharlas en el cine. Inclinaron la decisión y propusieron atacar al amanecer.

—Quieta, Karla, nos sobra tiempo.

He visto dos escopetas. Son varones quienes las llevan. Mejor no efectuar movimientos que los obliguen a tirar. No temo sus disparos, pero el estrépito sumado a los dos murciélagos escapando, los alertará. Podrían cancelar los planes de rodear el casco y esperar la salida del sol en el descampado. Nos obligarían a defendernos en el sótano o a atacarlos a la intemperie. En ambos casos, sus estacas devendrían poderosas, de mantenerse unidos al estilo de combate de las legiones romanas.

—Dieter, estás viejo, ni siquiera yo tengo idea de cómo atacaban las legiones romanas.

He vuelto a descuidarme. Es riesgoso, no quiero que conozca mi deseo de abandonarlos en la primera oportunidad. De enterarse Alicia, mi vida estaría en riesgo.

—¿Qué hacen?

Llevan linternas modernas, las han paseado por las copas de los árboles, pero precisan el método más antiguo de iluminación para estar a tono con la misión. Me dan pena. Ni siquiera saben

cuántos somos. Aún ignoro cómo descubrieron que estamos en el casco de La Bandera. Tom, nuestro siervo, figura como único ocupante, y como ya va por los setenta es necesario un sustituto.

—¡Dieter! Concéntrate.

Es su primera vez, está tan ansiosa como el enemigo. Ya se lo tomará con calma. Han encendido las teas, se han dividido por parejas y se desplazan en derredor del bosque. Veo pantallas encendidas, usan celulares para comunicarse. Allí van, confiados en el fuego y con sus maderas puntiagudas, animados por la soberbia que trae consigo la primera juventud.

—Esperemos que estén divididos, luego iremos a por ellos. Avisa a los otros, ya que no puedes estar quieta.

Karla vuela. Estudio a los dos que se acercan a mi posición. Esa pareja debería estar viendo una película de vampiros en lugar de buscar la muerte a manos de ellos. Se introducen en el monte en completo silencio. Escucho latidos rápidos y respiración tensa. Ella habla en voz baja, propone un bar para celebrar la cacería. Podría liquidarlos ya. Basta quebrar una de estas ramas gordas y matarlos con un solo golpe.

¿Por qué esperar, si podemos entrar y prenderles fuego? ¿Por qué tenemos que seguir las órdenes de Tony?, ¿porque es hombre? Ser el hermano de Vicky no le da derechos. No sé por qué

las chicas lo dejaron mandar. Sí, sé; Vanina los convenció de seguirlo, Vanina está liada con él, entonces... Ay, qué asco, un murciélago. ¿Un murciélago?

—¡Pancho, cuidado!

El grito agudo dura un instante, el segundo que toma Karla en quebrarle el cuello, ya que con audacia se ha convertido en pleno vuelo. Era más sencillo romperle el cráneo a dos metros de distancia, como finalmente he hecho con Pancho. Sí, claro, yo también leo pensamientos. Karla es la única que se ha dado cuenta. Allí está, sacando los colmillos. Me obliga a tirarle del cabello.

—Nada de sangre esta noche, y no más errores.

—¿Errores?

Permito que me lea: fue un error ese vuelo que avisó a la joven. El grito se ha escuchado en todo el monte. Suenan dos celulares entre las ropas de los caídos, confirmando mis palabras. Escuchamos voces lejanas, ignoran quién ha gritado, llaman a personas diferentes. Otro grito, ese imprudente debió ser Klaus.

—Deben de quedar ocho.

—Seis, Alicia se sumó y está en grupo con Merlina.

Retrocedemos, aleteamos intentando dar con las luces. Me pregunto ¿por qué se han apresurado y cómo saben que estamos aquí? Detecto a una pareja, las antorchas casi en la cara.

—¿Y si empezamos por acá? Nadie contesta, Pilar. Me da miedo.

—Tenemos que hacerlo todas a la vez.

Entiendo. Las antorchas no son para dotar de misticismo a la aventura, sino para incendiar el monte y quemar la casa. Malditos. Sabían que los estaba espiando en el cine. Nada de atacar al amanecer. Me han engañado unas jovencitas.

—Tony dice que más cerca es mejor, para asegurarnos que no lleguen y lo apaguen.

—Pilar, ¿no escuchaste los gritos? Nadie contesta el teléfono.

—Porque están llamando. Hay que tener fe, no nos pasará nada. Quizá haya gritado un vampiro cuando supo que esto se le venía.

—¿Escuchaste?

La carita de medialuna se abre al medio cuando la desgarró con el zarpazo. No consigue gritar. La tal Pilar es atravesada por las garras de Karla. Ella ríe, la sacude como a una marioneta, le golpea la cara contra un tronco. Debo olvidarme de fantasear con ella, su sadismo es enfermizo. Apagadas las teas, me pregunto si los otros acabaron con los suyos. Karla está arrancando la cabellera morena de su víctima.

—Basta de jugar, Karla. Para de gastar energía, tenemos actividad de sobra.

La voz de Alicia recorre el monte, avisa que la faena ha acabado. Noto la desilusión en Karla, esperaba más emoción. Recojo los teléfonos de los muertos, luego cargo los dos cuerpos. Ella va a por la primera pareja que matamos. Son livianos, me lleva poco tiempo llegar al sitio donde dejaron los vehículos, casi en la estacada de la estancia. Me llama la atención la camioneta vieja, estacionada junto a una doble tracción y a un menudo coche último modelo. Desconozco las marcas, no soy conocedor del automovilismo, mas no es preciso serlo para saber que esos fierros desentonan.

Los dejo festejar. Algo me corroe. Voy hacia el vehículo azul con la pintura descascarada. La caja es grande, está cargada con ocho tanques de doscientos litros. Me estremezco. Hay combustible suficiente para que el bosque encienda rápido y destruya nuestra guarida. Me vuelvo a los míos.

—Rápido, dispongan de los teléfonos, cuatro por vehículo. Los cuerpos, divídanlos como quieran.

Los teléfonos tienen señales para rastrearlos. Hay que dejarlos lejos. El sitio ideal lo propuso Peter: el gran pinar de Villa Mansa. La policía buscará allí a los desaparecidos, y Tom nos llevará en

yate a doscientos kilómetros de ese lugar. Entretanto, dormiremos en la caja del furgón que nos aguarda en el establo. Alicia me hace una señal, pues ha transportado hasta allí los ataúdes.

—Hay uno que todavía vive.

Que fuera Merlina fue un golpe de suerte. De haber sido Karla, se lo hubiera cargado sin mencionarlo. Le pido que me lo deje. Incito al resto a culminar sus tareas. Algo no está bien. Me inclino. Es un varón que está a punto expirar. Tiene un corte en el cuello. La sangre mana, así que no durará mucho. Es el estilo de Klaus, otra falla acumulada, aunque esta viene bien para entender qué pasa. El joven me desafía, ha perdido el miedo al saber que agoniza. Coloco mi palma sobre la herida y cauteriza en segundos.

—¿Cómo supieron que estábamos aquí?

El tonto dibuja una sonrisa ganadora, como si no estuviera muriéndose. Detrás de mí, noto el desconcierto de los otros. No comprenden que está todo mal. El peligro no ha pasado. El muchacho quiere escupirme, pero la baba sangrienta resbala por su mentón. Ignora qué leo su mente.

La policía no nos aceptó la denuncia por la desaparición. Dijeron que Vicky se había ido con un turista. Nos hicimos cargo y revisamos todo lo que quedaba de la fiesta. El que se la llevó no

salió en las fotos, ahí los descubrimos. Enseguida hicimos un mapa de la zona mientras nos dividíamos para buscarla, aunque al ver que merodeaba un vampiro, supimos que estaba muerta. Esta tarde, el papá de Vanina nos comentó que el encargado de la estancia compraba provisiones raras, caras, exóticas en el mercado y en mucha cantidad. Cuando nos juntamos, anochecía, pero ya había salido la luna. Desde el camino vimos que una mujer caminaba por los tejados, entonces armamos el plan.

Fallo tras fallo. Tom ha bajado la guardia. Sabe que no debe comprar en un solo sitio, así que ahora corroboro que está viejo para el puesto. Cometimos más errores. Alicia y su costumbre de saludar a la luna cada inicio de plenilunio fue uno más. Este ha de ser Tony, de acuerdo con lo que comentaban las chicas que habíamos eliminado.

—¿Por qué mencionaron un plan falso?

Charlie llegó tarde, y vio a una jovencita estudiando el cine. No era del pueblo, ni vestía como turista, sino como una dama vanidosa en una importante fiesta de salón.

Así sospecharon que los espiábamos. La dama era Merlina, maldita pasión por pertenecer a la nobleza. Si bien es la única plebeya entre nosotros, no debe exagerarlo.

—¿Qué pasa, Dieter?

Me interrumpen y falta lo principal. Indico que pongan los motores en marcha y vayan saliendo. Regreso con mi prisionero más confundido que antes. ¿Por qué, si sabían que los espíabamos, nos avisaron del ataque? ¿Por qué se metieron en el bosque en lugar de explotar los tanques de combustibles y quedar a salvo mientras todo se incendiaba?

Leímos que las cruces nos protegerían, y decidimos venir antes. Queríamos verles las caras de espanto al ver que prendíamos fuego. No era necesario, igual van a desaparecer, pero queríamos disfrutarlo y vengar a Vicky.

¿A desaparecer? Hay algo más. La sonrisa del joven se expande hasta fijarse y, de pronto, ha muerto. Lo alzo, lo arrojo sobre los tanques de combustible. Alicia y Karla me esperan de pie. Los otros se han sentado al volante en los vehículos. Estamos en peligro. Tienen un plan B. El chico estaba confiado en que nos destruirían.

—Dieter, me das miedo.

—Un segundo, Alicia.

—¡Están sonando los teléfonos! —Klaus es el primero en decirlo. Los otros lo repiten desde sus vehículos.



Intuyo que la segunda parte del plan está en marcha. Tom ha hecho algo más que cometer un error. No se me ocurre otro que pudiera traicionarnos. ¿Tom es un traidor? Me resisto a creerlo.

—Huyamos. Separados. Avisaré a Tom que nos recoja. Nos encontraremos en dos horas en el cine abandonado.

—Yo iré a por él. Entiende mejor mis indicaciones.

Alicia se marcha volando antes de responderle. Los vehículos arrancan. Estoy desconcertado. ¿Qué tenían previsto los jóvenes? ¿Qué daño pueden causarnos estando muertos? No planeaban morir, creyeron el cuento de las crucecitas.

—Me estás asustando, Dieter.

Otra vez me descuidé. Me concentro, y respondo con gravedad.

—Karla, no sé qué prepararon, pero es mejor dividirnos. Cuando nos reencontremos...

—Alicia no va a ir al cine con los ataúdes. Vamos al establo, hay que detenerla.

Alicia no está en el establo. Los ataúdes deben continuar en el sótano, menos el de ella, a salvo en un lugar diferente. ¿Habría seducido a Tom, ofreciéndole inmortalidad? Es su estrategia favorita para engatusar mortales que conocen su condición vampírica.

—¡Dieter, reacciona!

Karla ya no es la joven eufórica. Su rostro se puebla de arrugas, el cabello se le encanece, se le tuercen los dedos. Sabrá dónde esconder su ataúd cuando lo encuentre.

—Ve a por ella, y encárgate de llegar al cine con el furgón.

Vuela tras oír mis últimas palabras. Espero quedar fuera de su rango de visión. Me buscará en el cielo, pero no volaré.

Hace mucho tiempo que no cabalgaba, se siente bien. Entro en el camino, no veo coches que viajen rumbo a la estancia. escojo ir a Puerto Arena, pues queda más cerca. Klaus ha hecho una tontería. En los balnearios repletos de turistas atacó a una lugareña. Suficiente cabalgata.

El bar de la estación de servicio está abierto. Delante hay un patrullero estacionado. Buen punto para recabar información. Me tomo unos instantes en el baño para darme aspecto de turista. Estoy alterado, hay muchos elementos nuevos por tener en cuenta. He subestimado al enemigo, pues en esta época tienen más armas para utilizar, y son muy atrevidos. La religión nos ha salvado una vez más, pero algo no cambia. Las creencias en los dioses juegan a nuestro favor como aquella que reza que el primer vampiro inoculó a nuestro Adán. Ahora es preciso averiguar qué más hay. Temo entrar en ese bar y enfrentar a los policías,

pero ¿qué pueden hacerme dos mortales? Recuerdo a Geraldine, lord Chapleton, Madeimoselle Bertrand, queridos amigos atrapados por nuestros persistentes cazadores.

Un policía habla por celular.

—Otra vez estos pibes me tienen hartos.

—¿Complicada la playa?

—Qué playa ni playa, estos son pibes de acá. Andan con un cuento loco de unos vampiros que se llevaron a su amiga.

Los saludo, uso la excusa de la fiesta en la playa para explicar que no puedo dormir y quiero estar lo más lejos posible. Ríen. Pido cerveza. No me echan una segunda mirada, no me piden la dirección. ¿Quién ha mandado un mensaje en nombre de esos pibes? ¿Klaus? El policía que estaba en silencio interroga a su compañero.

—¿Qué dicen ahora?

—Mandaron un mail, pero ni loco me pongo a abrirlo. Quizá descubrieron hombres lobos.

Rio aliviado. Agradezco la poca dedicación del hombre a su trabajo. Tal vez borre el mensaje sin leerlo y así nos conceda más tiempo. La traición de Alicia nos obligará a cambiar los planes, pasaremos un interesante tiempo de zozobra.

—Vamos, Pedro, léelo, estamos al pedo, capaz conseguimos una excusa para cuando se arme el quilombo en la playa.

Bebo. Hay un espejo detrás del barman. Estoy pálido. El policía resopla, pero saca el teléfono otra vez.

—Si para esta hora no tienen noticias nuestras, es que hemos sido capturados por los vampiros de la estancia La Bandera.

Me sumo a las risas sin exagerar. Los policías golpean la madera del mostrador, el barman se ahoga. Carcajadas, toses.

—Esto merece una cerveza, Pedro.

—No jodas, estamos de servicio.

—El señor de tu costado no va a decir nada, ¿no?

El segundo policía me pide la venia para vulnerar la ley ante la oferta del barman.

—Por supuesto, no sea que me envíen a donde están los vampiros.

Nuevas risas. El de la barra está tan contento que me pone una segunda. Invitación de la casa. Intento negarme, pues el alcohol me cae mal y me hace pensar lento.

—Vamos, jefe, tome cuatro más, así se duerme tranquilo.

El segundo policía parece joven y con poca experiencia. El otro, el tal Pedro, anda cerca de los cuarenta. Dejo de resistirme, acepto la segunda lata antes de brindar.

—Pedro, si te llegó el mensaje, quiere decir que te llegaron noticias de ellos, ¿no?

El barman mira su propio teléfono, se golpea la cabeza, gira y acomoda las manecillas del reloj por el que me guio. ¿Qué ha sucedido con el tiempo? Es hora de estar en el cine, queda menos de media hora para el amanecer. Necesito que suceda algo que me saque a esta gente de encima.

—Por favor, se creen que nacimos ayer. Ve a saber qué tienen planeado, no quieren a la policía cerca.

El barman interviene. Casi me ahogo al escucharlo.

—Según mi pibe, se reunían en el cine.

—¿En qué cine? ¿En la ruina esa?

Bebo para excusar mi tos. No me prestan atención.

—¿Tu pibe está con ellos?

—No, Pedro, mi pibe se fue a la playa. Pero uno, Charlie, creo, le dijo que no iba porque se reunían ahí.

Pedro mira el reloj y toma una decisión.

—En quince minutos amanece, la playa está tranquila. Vamos para el cine, Lucas, les voy a dar juego con la policía.

Apuran las copas y salen. Han decidido por mí, no iré hasta allá. Espero que Karla no cometa un estropicio que confirme nuestra presencia. Tengo cosas más urgentes que decidir. Quince

minutos para encontrar un reparo que dure hasta la próxima noche.

—Estos pibes... Siempre hubo locuras con el terror. Nosotros también hacíamos esas cosas. En esa época el cine funcionaba. Nosotros usábamos el cementerio viejo, nos juntábamos a contar historias. Boludeces.

—¿El cementerio viejo?

—Ah, un secreto del pueblo. No lo viste porque está detrás de la iglesia. Menos mal, porque ahora es un yuyal. Desde que no hay curas fijos, nadie se ocupa.

Doce minutos. La iglesia está a cuatro cuadras dominando el pueblo. Meto la mano en el bolsillo. No tengo dinero. Once minutos, casi veo la aurora sobre el horizonte marino, aunque tengo delante la cara del barman y quinientos metros me separan de la playa.

—Uy, las medialunas. Me voy a recibir el pedido, cualquier cosa, un grito y estoy.

Giro, miro por las ventanas laterales. Una furgoneta viaja hacia el fondo del local. El barman se pierde. Me escabullo, abro con cuidado para que la puerta no haga ruido. Está oscuro pero las luces del alumbrado están encendidas. Llego a la esquina, no

hay testigos. Encuentro la iglesia y paso por el costado. En efecto, un yuyal. Siento calor.

Encuentro una cruz entre los cardos, me acerco a la lápida y la arranco. Hay tierra debajo. Escarbo, el calor es más intenso. El fulgor toca el borde de mis párpados. Doy con el ataúd. Introduzco las uñas en la juntura, alzo la tapa. El hedor es intenso, pues hallo huesos, telas y mugre. Con cuidado dejo la osamenta entre unas zarzas. Mi piel está muy caliente, pronto arderá. Me deslizo y me acuesto. Me cubro con la tapa. Suspiro. Espero que baje la temperatura corporal para finalmente dormir.

Una serie de explosiones sacuden el suelo. La tapa se corre, me doy cuenta a tiempo. El hilo de luz pega en la madera, mas consigo eludirlo y ponerme a cubierto. Escucho sirenas, motores. Distingo a la policía, a los bomberos, a la ambulancia. Tony y Vanina han sido valientes, han entrado al sótano y colocado explosivos en los ataúdes en plena noche, mientras mi amada bailoteaba en el tejado. Alicia debió volar también y Tom con ella. Espero que los otros hayan sobrevivido como murciélagos a la visita de los policías. Me relajo. Un ataúd en un cementerio abandonado como en los viejos tiempos, como si los siglos no se hubieran pasado bajo mis pies. Puedo dormir en paz, mañana veré cómo resolver esto.

El barman. ¿Recordará que no pagué? Espero que no se acuerde de la última charla, no sea que decida buscarme. Imposible dormir en paz, será un día de perros.



# EL DURMIENTE

Israel Montalvo

## I

Herbert vivía sus días atrapado en una repetición constante, lo único que lo mantenía cuerdo era la espera del anochecer, donde dejaría las funciones a las que fue programado cuando tenía un amo. La casa se estaba cayendo a pedazos. Por más que se esforzara en las reparaciones y en mantenerla inmaculada el transcurrir del tiempo seguía su curso. Hace mucho que la vida se había extinguido a su alrededor. Herbert no entendía por qué su amo había cerrado los ojos para nunca volver a abrirlos. Vio cómo gradualmente se iba descomponiendo hasta quedar reducido a una pila de huesos. Las limitaciones de su programación le negaban entender qué ocurría ante sus ojos, pero, aun así, sentía el hartazgo de la monótona rutina que lo limitaba a esa casa que lo apresaba y se convertía en escombros.

Añoraba la llegada del anochecer, el momento en que, como su programación indicaba, debía desconectarse hasta el alba donde reiniciaría su jornada. No necesitaba ese descanso, pero él era un reflejo de su creador, tanto en su fisionomía hu-

manoide como en el intento de reproducir los hábitos de los hombres. No podía cuestionar su comportamiento, sólo seguir con la programación. Durante décadas había proseguido con el proceso de desconexión precedido de un litro de zoma, un aditivo que se inyectaba por un resquicio del cuello, el cual mejoraba sus funciones motoras, aunque, con el transcurrir de los años, había afectado su sistema informático mientras estaba desconectado de esa realidad. Esa alteración le dio la posibilidad de soñar y así, poder ser humano.

Herbert ya no era una máquina, muchas veces era alguien más y tenía tantos nombres y vivía siempre al límite, como cuando naufragó por el océano y terminó en una isla sin nombre con un médico que jugaba a ser Dios, o esa vez que tuvo que confrontar la amenaza venida de Marte desde un meteoro. Sabía que ahí estaba la explicación de lo que había pasado con la vida, pero no pudo descifrarla antes de reiniciar el sistema.

Una noche fue una mujer que se revelaba ante su padre y otra, había creado la forma de moverse por el tiempo. Viajó años antes de su época donde los hombres eran ganado de una subespecie que vivía bajo tierra. Después fue a su tiempo y se encontró con aquello que era mientras estaba en funcionamiento. Parecía un cascarón hueco y vació llevando acabo sus funciones cotidia-

nas como una coreografía que realizará sin público. Esa noche deseo ser como todos los hombres y poseer la bendición de la muerte.

El sistema se reinició con los primeros rayos de sol. Había un eco surcando por su disco duro. Una sensación se escapó por su sistema como un virus, una emulación de la desesperación. Al percatarse de que el zoma pronto acabaría, sólo había tres ampolletas en la gaveta de almacenamiento. El virus simulaba la ansiedad de un adicto, hizo cientos de cálculos tratando de encontrar una solución matemática al problema, pero la ansiedad seguía presente, y es que, muy en el fondo, en algún lugar más allá de su programación sabía que esa existencia no era nada sin la posibilidad de ser humano, aunque sea solo por una noche.

## II

Herbert había vuelto a uno de sus mundos de ensueño, en aquella Tierra solía caer recurrentemente, y su vida se desarrollaba como si fuese una novela, o al menos así lo percibía (aunque no era del todo consciente, más bien, en un estado de intuición). Esa idea se le había adherido desde la primera vez que despertó en aquel mundo. Era como vivir en las creaciones de un escritor,

cada vez que despertaba en ese mundo lo hacía en un pasaje de sus libros, pero en este regreso en particular, estaba en una amalgama de esas historias, aunque sin la trama original, más bien una reinterpretación libre que seguía su curso.

Esa fue la conclusión a la que llegó de lo que era su vida después de veinte sesiones con ese terapeuta masón llamado Voltaire, quien era el iniciador de la corriente post psicoanalista en la isla británica, muy en boga en esos días en que la reina Victoria regía el trono hacia el fin del siglo XIX, recurriendo a la reinterpretación de sueños como si se tratasen de realidades alternas, y esa existencia era solo una más entre esos mundos soñados por un dios muerto eones antes del tiempo.

Después del año que duró esa terapia Herbert creyó que debía dedicarse al servicio de la corona de su majestad como buen ciudadano. En realidad, deseaba emociones en lo gris que era esa vida, pero el servicio no le dio mucho. Fue asignado como oficial a un pueblo costero en los confines de la isla, que era todavía un lugar recóndito para la revolución industrial que estaba cambiando esa época. Las maquinarias a vapor y a carbón eran cuentos para los pobladores de ese recóndito paraje. A veces arribaban barcos de vapor al puerto, y se volvían la novedad inme-

diata. No se veían muchos. El muelle estaba condicionado sólo para recibir embarcaciones sumamente pequeñas.

En uno de esos monótonos días en el puerto lo abordó el hombre que cambió su vida, por quien encontró las emociones que tanto buscó y a quien odiaría hasta el fin de sus días. Phillips venía de la colonia al otro extremo del charco —de América—. Era un viejo amargado sumamente desagradable, y algo amanerado. Herbert supuso en un principio que era sodomita por la forma en que se expresaba de las mujeres. Luego se dio cuenta de que solo era un misógino ruin. Phillips era un agente de la corona especializado en la investigación de lo oculto. Así fue como se presentó ante Herbert, quien tuvo que contenerse para no reírse del viejo. La documentación que mostró lo certificaba como miembro del MI5. Era la primera vez que Herbert trataba con un agente de la corona. A pesar de ser un colono con un comportamiento déspota, ni siquiera se dignaba a mirarle como si fuesen de castas diferentes. El viejo había terminado accidentalmente en el puerto en el proceso de una investigación. Se había aventurado desde el otro lado del charco detrás de la pista de un grupo ocultista llamado el Amanecer Dorado, quienes habían robado una copia del Kitab Al-Azif de la biblioteca de la universidad de Miskatonic, y según el viejo contenía la clave para abrir

puertas entre mundos soñados. Herbert lo tomó como un loco y más cuando afirmaba estar acompañado de otro agente de campo en esa misión, quien estaba parado justo delante de ellos desde el primer momento en que iniciaron esa conversación

El hombre que no podía ser visto habló y le propició el susto de su vida al joven oficial portuario, Hawley. Según afirmó llamarse esa voz, era la escolta del viejo, y quien sugirió la ayuda local estaba decepcionado de que solo lo hubiesen encontrado a él, pues lo que llegaría en el barco necesitaba la atención de todo un regimiento, no a ese trío de esperpentos que fraguaba la ofensiva en esa minúscula oficina.

### III

El homicidio no era como él suponía. Quitar una vida, aunque sea por una causa noble, por el bien de la corona, distaba mucho de hacerlo sentir un héroe. Herbert vomitó su almuerzo después de contemplar el cuerpo de aquello que parecía humano, y que en cierta forma lo era, pese a las deformidades de su rostro que le daban una semejanza con un sapo y ese tono semi verdoso de piel. Vestía como un vulgar marinero y acababa de atacar al viejo colono junto con un par de su calaña. Ellos no tuvieron la suerte

de aquello que yacía a sus pies, no vieron venir a su atacante, solo escuchaban esa risa fascinada por la sangre derramada que iba y venía en oleadas junto a cada golpe asestado. Herbert alcanzó a ver el cuchillo que había usado en su primer homicidio elevarse por el aire como si tuviese voluntad propia e ir en busca de las tripas de ese par de remedos de hombre. La risa se fue convirtiendo en un estruendo sobrecogedor, los intestinos se les salían y distaban de parecer a los de cualquier otro ser vivo. Estaban perdidos en una tonalidad purpura.

—Interesante. —Fue lo único que dijo el viejo quien parecía fascinado con su peculiar tono, no como Herbert, perdido en un asco que lo devoraba.

La embarcación que tanto perseguían el viejo y su invisible escolta distaba mucho de ser lo que hubiese esperado el oficial portuario, pero lo que encontraron en su interior lo marcó hasta los días del fin de los tiempos. Nunca más volvería a dormir, y nunca más volvería a despertar en esa casa que lo apresaba en otra vida.

El Nautilus era la creación de un franco masón afiliado a la causa del Amanecer Dorado —según le explicó el viejo—. El almirante Verne junto a sus seguidores deformes habían sido encomendados por el culto para dejar libre a la criatura que habitaba las profundidades de esa costa desde tiempos previos al hombre o

la vida por esa Tierra. Esa embarcación podía sumergirse y permanecer en los confines más recónditos del océano. Herbert no lo hubiese dudado y declararía al viejo como un loco de atar, pero con la presencia de su escolta al que sólo podía escuchar, o los marineros deformes y el cilindro que parecía un inmenso ataúd plateado en el cual habían llegado a inspeccionar el puerto, pero sobre todo la historia de esa nave que vivía en las profundidades como si fuese un pez o la conspiración que no parecía tener un objetivo claro, y que le parecía tan absurda, pero todo estaba ahí, desarrollándose ante sus ojos y gracias a ese ataúd pudieron sumergirse por los mares hasta las entrañas del Nautilus,

El interior de esa nave que no se comparaba con nada que conociera era algo que iba más allá de su comprensión. Las paredes parecían orgánicas, los corredores se semejaban a los de un laberinto. A Herbert le dio la impresión de estar recorriendo los intestinos de una bestia innombrable, y en cierto modo eso era verdad. Lo que el viejo no le mencionó deliberadamente era que el franco masón había transformado su cuerpo en aquello que recorrían y sus secuaces eran células humanizadas de su sistema inmunológico. El Nautilus no venía a despertar a una bestia, venía a parir a uno de los antiguos, aquellos que habitaron la existencia antes del tiempo. Esa criatura nonata estaba alojada en



sus entrañas, había sido fecundada desde otro mundo por un rito del Kitab Al-Azif. Dicha conspiración no era con la corona de su majestad, sino con todo aquello que habitara esa Tierra a la cual reclamaban como suya los antiguos.

El horror se semejaba a una vulva deforme, tan grande como una ballena adulta. Poseía tentáculos como un pulpo y un hedor nauseabundo que impregnaba aquel lugar. Herbert y sus asociados habían dado con la recámara secreta que serviría como útero para el nuevo Dios.

El antiguo era algo que escapaba de la comprensión. Herbert estaba petrificado ante aquel ser. Escuchaba a la escolta del viejo alardear de que se le metería como un pene gigante solo para ver qué se sentía. El viejo en cambio parecía muy calmado y controlado. Empezó a quitarse sus ropas con toda la naturalidad del mundo. Herbert lo miraba atónito pensando en cuestionarlo, pero en un lugar como ese nada podía poseer entendimiento, ni mucho menos sentido común.

—Usted y el señor Hawley se encargarán de evitarme una distracción mientras yo me encargo de esta cosa —le dijo el viejo desnudo que se sentó en la posición de flor de loto. Herbert trataba de descifrar las cicatrices impresas que cubrían casi todo su cuerpo, a acepción de sus manos, cuello y rostro. Estaba seguro

que seguían un patrón. Llegó a la conclusión de que eran runas y signos alquímicos, componentes de un alfabeto impronunciable. Estaba convencido de que estaban hechas con el filo de un cuchillo, trazadas por ese cuerpo al que cubría casi en un noventa por ciento, y parecía que acompañaban al viejo desde su juventud. No podía imaginar el dolor que había sido adquirir lo que debía ser el texto de un libro en esa piel. Philips se perdió en un trance, sus ojos se desvanecieron en una blancura perpetua y de su boca salieron palabras impronunciables, al menos para una lengua humana.

#### IV

El hombre que no podía ser visto le habló, Herbert no entendía lo que decía. Estaba aturdido y desconcertado, todavía seguía perdido en el destello. Aquella luz se había tragado todo. Tardó casi un minuto en percatarse de que ya no estaban en ese vientre, de que estaban a las orillas de la costa. La arena se sentía tan irreal en sus manos al igual que el sol que se asomaba tímidamente desde el horizonte. A unos metros el viejo buscaba algo qué ponerse. Su cuerpo era delgado y frágil, y las cicatrices parecían quemaduras recientes. A unos metros vio el ataúd plateado que

utilizaron para introducirse en el Nautilus y supuso que esa había sido su vía de escape, aunque no tenía ni idea de cómo lo habían usado.

## V

Un destello lo cubrió todo en una blancura infinita. Herbert pudo verse a sí mismo por esa milésima de segundo que duró ese destello, pudo ver aquella versión de él, aquella que simulaba el sueño por las noches, esa criatura de acero atrapada en la monotonía y el tedio de una rutina eterna. Ese había sido un momento de claridad absoluta, un Tulpa que le reveló la realidad más allá de la realidad.

Esa blancura había sido una explosión que se originó desde otro mundo, una emulación del big bang en una escala minúscula que se tragó al Nautilus. El nonato nunca llegaría a esa Tierra. Lograron abrirse camino a través del laberinto intestino antes de que ese cuerpo colapsara y se consumiera a sí mismo borrando todo registro de su existencia. Herbert no podía olvidar lo que había visto. Sabía que en verdad ese mundo era un sueño y la realidad que lo esperaba al despertar era una pesadilla.

Herbert se lo confesó esa noche al viejo colono. Estaba tan abrumado por esa revelación que apenas podía comprenderla, y

estaba aterrado. Sabría que en algún momento volvería a ese mundo, despertaría.

El que no podía ser visto aprovechó sus cualidades y se fue al pueblo para festejar la victoria presentándoseles a las mujeres simulando al Espíritu Santo. El viejo creyó que le debía algo a Herbert por haberlo arrastrado hasta las profundidades de su esencia en esa Tierra en que era un hombre sueño, la representación de un dios durmiente. Hizo un encantamiento usando los pasajes del Kitab Al-Azif que habitaban su cuerpo y le recompensó con una vigilia eterna atándolo a esa Tierra donde solo sería un hombre.

Los primeros rayos de sol se posaron sobre su lustroso cuerpo. El sistema intentó reiniciarse, una, dos, tres veces. El virus se había apoderado de la programación. La última ampolleta de zoma era innecesaria. Se quedaría en la gaveta de almacenamiento hasta el fin de los tiempos mientras Herbert soñaba con ser humano.

## NUEVE OROS

Julio Cevalco

—Lo prometido—dijo el enmascarado antes de poner las cabezas sobre la mesa.

Cuando el brujo de la torre las vio, esbozó una sonrisa ante las llamas del candelabro. Las tres carecían de ojos, mas era comprensible por el largo recorrido a través del desierto. El hombre había viajado desde el castillo de los Hęrrk, que se extendía hartas leguas al oeste, alejado de las Tierras de la Hambruna, por tanto, era evidente que un hedor a podredumbre se esparciese de los restos que revisaba el brujo.

La testa más pequeña era del príncipe, un chico de doce años llamado Gàwun, mientras que la rubia debía de ser de su madre, la princesa Rhjann, una joven que tenía fama de acostarse con famosos guerreros del reino. Entre ellos destacaba un caballero fata, a su vez padre de Gàwun, que terminó en la proscripción y cuya cabeza, ubicada al centro de la tarima, era un nido de gusanos.

—Tres oros por cada una —exigió el asesino tras la máscara, al tiempo que dejó ver la hoja de su daga.

Si el brujo jugaba sucio, se lo cargaría, aunque el que había empezado con las artimañas era el enmascarado.

«Un pedigüeño, una puta, y un idiota que creyó que podría matarme».

Al último lo torturó con un fierro candente para hacerlo hablar. Si bien nunca pensó en quitarles la vida al príncipe y a su madre, un sentimiento opuesto bullía en su interior hacia los fata. El brujo sacó la talega, aflojó la cuerda y abrió. Se llevó una moneda a los dientes para morderla.

—Oro puro, asesino. Para ser honesto me sales barato.

—¿No es mejor un precio económico?

—Nunca dije lo contrario, pero daba por hecho que la gente de los Viejos Clanes cobraría más por cargarse a la nobleza.

—Será porque los tiempos han cambiado. Los Trece Reinos cayeron en desgracia desde que los caballeros fata empezaron a morir, así que no puedo exigir mucho debido a la coyuntura. Lo que me sorprende es que, a estas alturas, cuando el caos está a la vuelta de la esquina, se quieran ajustar cuentas con los Hęrk.

—Eso es porque la gente muere de hambre en todo rincón — repuso el brujo con una negación—, y los Hęrk tienen tierras del otro lado del desierto. ¿Quién no las querría? Además, la

hambruna no las ha tocado, y si llega, será la última región en cubrir.

El asesino se cruzó de brazos.

—Supongo que por detrás de estos asuntos siempre existe un beneficiario.

—Supongo que te entrenaron para matar, amigo, y no para atar conjeturas.

El brujo se acercó, los largos cabellos blancos ocultaban sus arrugas, y la barba le daba un aspecto ruin. Si bien al asesino le molestaba, debía darle crédito. El castillo de los Hęrrk estaba en una región boscosa donde las flores brotaban hasta en el más crudo invierno, un fenómeno que los escolásticos no alcanzaban a comprender. Su mirada se desvió hacia las tres cabezas.

«Un pedigüeño, una puta, y un idiota que creyó que podría matarme valen menos que nueve oros. El viaje que haré después será una completa ganga».

Volvió en sí al escuchar una moneda golpear la mesa con la fuerza de un puño.

—Creo que por ahora es suficiente charla. —El brujo hizo rodar el oro hacia el otro extremo del tablero, y el enmascarado lo tomó. Tenía grabado el blasón de los Reyes Pálidos por el anverso, y por el reverso, la reliquia del sur. La bolsita con oros cayó

junto a la testa del supuesto príncipe, y dos cucarachas salieron de las cuencas para trepar sobre el cuero.

—Gàwun era un chico raro —susurró el brujo para sí mismo—, pero fue mejor matarlo. En cambio, la madre era una maldita vergüenza.

—¿Por eso decidiste que debía acabarlos?

—Tienes tu dinero sobre la mesa, enmascarado. ¿Qué esperas para tomarlo e irte?

—Quiero saber por qué el Primer Brujo de la dinastía Hęrrk conspira contra su corona. —En realidad no existía un segundo, pero el título le daba fama en los Trece Reinos. Finalmente, el asesino movía su primera ficha. Los brujos, una estirpe que manejaba la magia fata, una estirpe escasa en el No Mundo, había sido un mito desde los inicios, y Ràizo el Mezquino, que por un cruce de sangres sabía crear fuego para encender antorchas, era el único mestizo en Las Tierras de la Hambruna que seguía con vida. Para el asesino, ese hombre tenía intenciones claras desde el inicio, intenciones que se interponían a sus planes. Desenvainó su daga antes de clavarla en el tablero—. Estoy desarmado, y por lo que veo tienes una varita con la que me puedes quemar.



Se estaba burlando. Bien sabía que la magia no funcionaba tan fácil, y menos para un brujo no tan poderoso como creía el reino.

—Si doy alerta a mis guardias, no tardarán en ponerte de rodillas para destriparte —respondió Ràizo—. Serás un asesino de los Viejos Clanes, pero jamás podrías cárgate a ocho alfiles de la corona.

—Pues hazlos llamar —repuso el enmascarado al tomar una cabeza de la tarima— y te prometo que los noquearé con esta cosa. Ahora dime, Ràizo. ¿Por qué cargarse a ese pobre príncipe, a la princesa, y al fata que solía follársela? Quiero que me digas...

—Ni pienses que responderé a tus preguntas. —El brujo, con un movimiento ágil, desclavó la daga de la mesa y se resguardó—. Estoy seguro de que no eres a quien encargué el trabajo. ¿Quién se esconde tras esa máscara?

—Si matar a tres idiotas no me hace un asesino, no tengo idea de qué soy. Tú querías desaparecer al linaje Hęrrk, querías que no quedara ni una puta mancha, y no porque tengas algo contra aquella casa, sino porque al aislarte en esta torre cambiaste tus colores. ¿Para quién trabajas?

—El nombre de mi nuevo amo es algo que no te importa. — Empujó las bombonas de nerviosismo con la panza, y se extendió un ruido de cristales rotos.

—Tienes razón, no debe importarme, pero es un avance, porque poco a poco abres tu grasosa boca. Seré más preciso. En el este mueren niños, y no me digas que se debe solamente a la hambruna. Los pastores esconden a sus hijos porque aparecen clavados entre maizales. Los nobles encierran a los suyos para que no salgan a jugar, y si salen, los protegen sus guardias, pero aún así encuentran cuerpecitos en los pozos. Para quien sea que trabajes, obras de manera errónea. Cuando los niños mueran, morirán porque la muerte es algo que debe pasar, algunos lo llaman selección natural. —El asesino alzó la cabeza que sostenía—. En este caso fui yo, Ràizo, no la hambruna ni otras pestes que se extienden del otro lado de los mares.

—Mataste a Gàwun, enmascarado, márchate. Tu trabajo en esta torre ha terminado.

—Esa actuación no va a conmoverme —«De hecho nada me conmueve»—. El príncipe, antes de morir, me dijo que nunca creyó que te importaran sus inquietudes sobre el comportamiento de su madre y sobre los rumores que corrían de ella.

—No sabes lo que hablas. —El brujo, el rostro retorcido, se cogió el pecho de dolor.

—No quiero que te de un infarto, pero también me dijo que pensaba que eras un falso hombre.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué te convences de lo contrario? ¿Te importaba Gàwun?

—El príncipe está muerto, y los muertos no me atañen.

—Nadie mata a un ser querido a menos que esté obligado, y como tú no te atreviste, lo mandaste a matar. Un hombre de tu calaña, Ràizo, un hombre con remordimientos morales, no se vendería a sucios mataniños. Tú querías que Gàwun muriera por motivos distintos.

—Jamás conseguirás que hable. Sobre la mesa aguardan nueve oros, ¿qué más quieres? El príncipe ha muerto, su madre y el hijo de perra de su padre se han convertido en cadáveres. ¡Esto es asunto concluido! —El brujo sacó una pepita del bolsillo y se la tragó. Su mirada decía que sus días estaban contados—. Ambos cumplimos nuestras partes, ahora toma tus oros y lárgate, no lo repetiré. Si te quedas, no sacarás nada de mis despojos que no sean tripas o sangre, porque esa pepa que me he tragado acabará conmigo.

La sonrisa del asesino se borró tras la máscara que dejó caer sobre las baldosas. Sabía que cuando Ràizo hablaba en serio, con esos ojos que parecían de fuego, era mejor no burlarse.

El brujo no soltaría nada, esperaría a morir en esa torre queapestaba podredumbre gracias a la pepa venenosa. Los planes del criminal estaban devastados. Jamás averiguaría quiénes encargaron los delitos, aunque Ràizo se había llevado la peor sorpresa. Se le notaba en el rostro.

—Te has suicidado en vano, viejo tonto. —La voz del rufián sonó como a burla—. Ahora que sabes quién soy, te preguntas si las cabezas sobre la mesa son las que encargaste. ¿Pensabas que ese asesino bastaría para matarme? ¿Cómo crees que un hombre como tú, como tus soldados o como la madre de mi hijo Gàwun podría consumir dicho trabajo? Parece que has olvidado que no existe hombre en el mundo que compita con un fata, mucho menos conmigo, un proscrito perseguido por más de doce años.

Su nombre era Ónic Càmèlin, desterrado de los Trece Reinos y padre de Gàwun.

El rostro del brujo estaba pasmado. ¿Qué se estaría preguntando? Ónic lo ignoraba, más le hubiese gustado enterarse, porque le haría gracia.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —repuso Ràizo.

—Porque mandaste a un idiota a acabar conmigo y lo obligue a hablar.

—¡Pero era un asesino de las viejas castas! ¡Los asesinos son...

—Son hombres con sueños, pasiones y debilidades. Después de revelarme dónde te escondías, le corté la cabeza y la dejé consumirse bajo el sol. Sabía que no te harías preguntas porque te conozco, y porque antepones la reputación de los clanes. Luego busqué a una puta a la que convencí para que me siguiera a un sitio privado donde matarla. Después, encontré a un niño de la edad de mi hijo que mendigaba pan en una plaza, y le regalé una manzana clavada en mi espada. Cuando la quiso morder, le empujé el acero por la...

—Eres un monstruo, Ónic. No sé cómo Rhjann se enamoró de ti.

—Porque es una mujer débil y tonta. Por eso se enamoró, porque solo los débiles son capaces de enamorarse, y los tontos, de monstruos como yo. —Levantó la cabeza que tenía en las manos y miró las cuencas—. Ràizo, espero que antes de morir, te hayas arrepentido de andar por ahí asesinando indefensas criaturas.

Corrió hacia el brujo, que lo miró con la boca abierta, derramando baba mientras empuñaba la daga con una mano, y con la

otra, encorvado, se cogía la panza. La testa del cadáver impactó en su quijada y le torció la cara hacia un lado. El cuerpo se giró con dirección a la repisa, sobre antiguos artefactos para medir el tiempo. Ónic caminó por el recinto como si fuese su casa ante el brujo que se limpiaba la sangre poco después de escupir unos cuantos dientes. Ràizo alzó la daga para atacar, pero recibió otro golpe con la cabeza arrancada, esta vez en la nariz. Ónic lo jaló de la vestidura con el otro brazo antes de arrojarlo sobre los fragmentos de cristales de bombona. Lo miró con desprecio. Era un viejo indefenso que apenas creaba fuego para encender una rama. Acabar con el Primer Brujo de la dinastía Hęrrk era solo el inicio, mas los golpes físicos nunca serían suficientes, no si conocía otros que causaban peores daños. Se volvió a las cortinas.

—Gàwun —ordenó con una voz fría—, ya puedes salir.

El príncipe apareció. Un chico con una túnica parda que cubría una cota de maya que se escapaba bajo el cuello. Su cabello era blanco como nieve y voluminoso hasta los lóbulos. Sus ojos estaban llorosos con justa razón, pues hacía poco había comprobado que su antiguo amigo y confidente del castillo, el brujo Ràizo el Mezquino, había pagado nueve monedas por su cabeza, la de su madre y la del fata que había puesto la semilla en ella. Se

quedó de pie, su sombra estirada sobre el brujo medio muerto, que temblaba de vergüenza.

—Me hubieses matado antes —dijo Ràizo desde el suelo, mirando a Ónic, luego a Gàwun—. Lo siento, esto no tenía que terminar así, pero todo lo que has oído es... lamentablemente cierto.

—Te lo dije, este hombre es un traidor. —Ónic estaba en lo correcto—. Dime, Gàwun, ¿con qué quieres matarlo?

—¿Qué carajos estás diciendo? —La voz del brujo se alzó con desespero.

—¿Crees que un niño no puede hacer que la gente la palme? Gàwun, este hombre ordenó que asesinaran a tu madre, y yo soy aquel que te trajo para que lo comprobases.

El príncipe asintió, la mirada clavada en el hechicero.

—Y así ha sido. —Recogió la daga que estaba en el piso para enterrársela.

—¡No lo hagas, Gàwun —gritó Ràizo—, deja que tu padre...!

—¡Cállate!

—Sabes que tiene potencial, viejo brujo —añadió Ónic en la oscuridad.

«Un potencial que mejoraré, y la muerte de Ràizo el Mezquino será el primer paso para un sembradío de sangre en estas tierras de plagas».

—¡Por favor, Gàwun! ¡Es una locura! ¡Deja que tu padre...

La sangre brotó de la abertura que el niño hizo en el cuello del anciano. Gàwun enterró la daga, dejando que su ropa se manchase con el líquido carmesí mientras sus lágrimas caían sobre el cuerpo. En el pasado fueron buenos amigos, comían juntos en banquetes, jugaban a la pelota y cazaban en los bosques en que Ónic lo viese por primera vez, los mismos donde hacía poco lo había capturado. El niño parecía no sentir que el tiempo pasaba mientras hundía el acero ni que su mano estaba metida en la garganta del muerto. La hoja se enterró más, cortando los nervios, hasta que Ónic notó que la cabeza se separaba del cuello por una delgada tela roja. Gàwun no dejaba de temblar, así que su padre se puso de rodillas a su lado antes de tocarle el hombro para que se volviese, y vio un rostro tierno que no diferenciaba lo correcto de lo que parecía no serlo.

—Lo hiciste bien —susurró el fata—. Me gusta ver a mi hijo matar, sobre todo a traidores como ese brujo hijo de puta. Si sigues así, serás grande como tu padre. ¿Quieres ser grande como tu padre?



El niño lo miró sin dar respuesta. Parecía seguir atrapado en un lugar de su mente, profundo e inalcanzable, donde ni Ónic ni otros fata podrían hallarlo. El viento entró por las troneras empujando las cortinas con una mano transparente, y se elevaron en la torre convertida en tumba. Ónic se puso de pie antes de tomar una palangana que estaba en la repisa, repleta de agua.

—Tenemos que lavarnos las manos, hijo, antes de partir.

—¿Y los guardias? Escuché que Ràizo dijo que los afiles de la corona...

—Aquí no hay más guardias, solo despojos. Esos alfiles de los que hablaba también son idiotas que, en algún momento, antes de entrar, pensaron que podrían matarme.

—Como tú digas, padre.

Ónic se volvió, creyó que su hijo había despertado, pero entonces reparó en que seguía ahogado en ese rincón de su mente al que entró al asesinar.

—Vamos a irnos muy lejos, Gàwun —dijo el fata tras hacerle un cariño—, te voy a entrenar. ¿Quieres ser fuerte para proteger a tu madre de bastardos como Ràizo?

—Quiero ser fuerte para proteger a mamá. ¿A dónde me llevarás?

—A unas tierras lejanas, unas en las que ha terminado una guerra en la que cayeron montoneras de idiotas, pero te prometo que conmigo estarás seguro hasta que aprendas a cuidarte. En ese sitio ninguno de nuestros enemigos nos hallará.

Ónic lavó las manos del niño al verter el agua de la palangana, lavó las propias al terminar, y mientras se secaba con su ropa miraba por la tronera un horizonte nebuloso.

—¿Las tierras de las que hablas están en esa dirección, padre?  
—preguntó Gàwun—. ¿Y son mejores que Las Tierras de la Hambruna?

—En esa misma dirección, y por ahora son mucho mejores, pero primero tendremos que cruzar el mar.

—¿Cómo se llama ese lugar, y cómo cruzaremos?

Ónic miró a Gàwun y en ese momento supo que nadie detendría sus destinos.

—Me han pagado nueve oros por las cabezas de tres don nadie, suficiente para comprar un pasaje hasta el último puerto. Desde ahí continuaremos en barca hacia la Guadaña, una tierra abandonada que te prometo te sorprenderá. ¿Confías en tu padre?

El niño asintió, y Ónic sonrió. No esperaba menos.

# BONEWALKER

Connie Tapia Monroy

—The first thing I met was a fly with a buzz  
And the sky with no clouds  
The heat was hot, and the ground was dry  
But the air was full of sound  
I've been through the desert  
On a horse with no name—.

AMERICA — A HORSE WITH NO NAME

Miras las grietas del suelo resquebrajado, tratas de entender por qué el vacío desolador te hace sentir tan incómodo. Te desconcierta un ruido silbante que ha entrado, saturando el aire. Viene y va, en un intervalo que intentas calcular en tu mente, pero no logras dar con un patrón. Cada cierto instante el ruido blanco aparece intermitente, haciéndote sentir aún más confundido.

Caminas con tus zapatos desgastados de tanto andar. No recuerdas cuándo fue la última vez que entraste a una tienda para probarte un par nuevo. Qué jodido está todo, ya no hay nada de eso. A lo lejos ves agua, y tu lado racional te advierte que debe ser otro espejismo más del desierto. Igual corres, lo intentas, tratas de llegar, pero la columna de agua se aleja y se mimetiza con un sol color naranja. Un velo de polvo nubla tu visión. Acomodas el

pañuelo que llevas envuelto en tu cabeza, tapando cuello y boca. No necesitas tragar una partícula de tierra más. Quieres humedecer los labios, pero tu boca está demasiado reseca. Tocas por tercera vez la cantimplora de cuero que cuelga desde tu hombro hasta el costado de tus costillas. No hay nada, hace días que no hay nada y lo sabes.

Vuelves a mirar por enésima vez el horizonte, con esperanza de encontrar un oasis. Ahora imaginas llegando, entrando al agua con toda la ropa, ni tiempo para quitarte tus sucios zapatos. No te importa, porque sabes que el sol se encargará de secar todo de nuevo ¿Realmente eso importa? Sabes que no, solo flotas en el lago mirando el cielo que ahora tiene tonalidades fucsias y amarillas. Sonríes, ríes, gritas de felicidad disfrutando. Cierras los ojos y el ruido te desencaja hasta volverte a la realidad. Miras el cielo saturado de humo. La espesura llena los espacios de un color ceniciento. Ahí estás, boca arriba, sin fuerzas. Tratas de inclinarte para mirar. Estabas tan aturdido que no entiendes en qué momento llegaste a un campo lleno de cadáveres. Volteas tu cabeza y la imagen es desoladora: un buitre picotea los últimos restos de carne que tienen los huesos. El zumbido de las moscas se intensifica cuando cierras los ojos, pero estás exhausto, tu cuerpo no resiste y lo sabes. Quieres llorar, pero no lo haces, sería una estu-

pidez de tu parte perder lágrimas, es agua que no tienes y sigues luchando por sobrevivir.

Recuerdas el día en que el noticiero informaba sobre el primer ataque nuclear. Días después fue el segundo, y luego un tercero. Desde el edificio donde trabajabas veías cómo la gente se iba en caravanas, quién sabe hacia dónde. Algo en ti te decía que no había escapatoria, que en cualquier momento las ondas expansivas terminarían con todos en la ciudad, o cualquier ciudad. Daba lo mismo. Fue una reacción en cadena: China, Rusia, el continente europeo. Tarde o temprano llegaría a Chile, era cuestión de tiempo. Ese día escuchaste con temor las alarmas de emergencia. Años preparándose para ese día, años de simulacros y construcciones subterráneas que los salvarían del día final. Sin embargo, nadie supo cómo actuar. Veías como corrían de un lado para otro de manera desesperada. Con la boca abierta, frente a ti, un personero policial le disparaba a quemarropa a un grupo de personas que intentaban pasar los cercos de seguridad. Los locales comerciales eran saqueados mientras otros prendían fuego en medio del caos.

Intentas levantarte. Apoyas tus brazos sobre el suelo. Tus piernas tiemblan, ya no puedes sostenerte. Es la fatiga, el hambre, la sed. El calor abrasador quemando tu cuerpo moribundo.

Siempre has creído que las Eras Primitivas son el inicio del Todo, y en cierto aspecto no te culpo de que pienses así. Somos putrefacción desde el día cero, una parte del ciclo y nada más. No importa si le llamas final o el comienzo. No seas iluso, que no eres importante. Otros como tú están agónicos en diferentes escenarios. El tuyo es solo una parte de la ecuación del caos. Ese mismo cuerpo que miras ahora, esas mismas manos que apenas logras contemplar con el último esfuerzo que haces por mantener los ojos abiertos, muy pronto será devorado por los depredadores que esperan alimentarse de tu carne. Primero sacarán tus ojos, luego todo lo demás.

Sabes que eres patético intentando prender el celular que acabas de sacar del bolsillo de tu pantalón. Hace meses que su tecnología está obsoleta. ¿Sabías que tú y yo, somos parte de vasos comunicantes? Somos conexiones electromagnéticas, como un gigante de alambre o cuerdas que se cruzan unas entre otras. Por eso estamos repitiendo los ciclos una y otra vez.

Ya me reconoces a lo lejos, ¿verdad?, ahí estoy, observando cómo te consumes. Disfrutando de la debilidad del ser humano cuando ya no tienen escapatoria, cuando me ves sobre mi corcel verduzco, con olor a rancio. Mi guadaña se ve inspiradora en la sombra que se proyecta bajo este cielo colmado de muerte.

# SOMBRAS Y CAMALEONES

Ariel F. Cambroneró

— A la luz de la luna, a la luz del sol,  
a la luz de la lámpara,  
incluso a la velada luz de la nieve  
o de las flores,  
donde quisiera que mirase,  
siempre había sombras...  
y junto con las sombras llegaba  
una insoportable sensación de inquietud,  
de repulsión, de horror, de disgusto—.  
IZUMI KYŌKA — LOS TRES CIEGOS

## I

Recibimos una señal de auxilio procedente del Barrio de las Luces. Cuando arribamos, todo parecía en orden. ¿Había sido una falsa alarma? ¿El radioteléfono había captado una onda equívoca? Ambas preguntas fueron respondidas cuando nos adentramos en la vivienda desde la que se produjo la señal. Los muebles yacían patas arriba y un mar de documentos desparramados tapiaba todo el suelo. Al final, a un lado del escritorio, el cadáver de un miembro de la armada de cazadores de camaleones. El pobre se hallaba totalmente deformado. Su piel y músculos habían sido

deshidratados a tal grado, que eran simples capas de pellejo transparente y velludo que recubrían la osamenta. A través de las capas, lograba vislumbrarse que los huesos se encontraban completamente fisurados. Con golpearlo con una pluma bastaría para reducir al muerto a polvo. La luz de la lámpara, la única en todo el recinto, apuntaba directo a la cara del cazador: sus ojos carecían de pupilas y los iris se había decolorado tanto que apenas si quedaba el recuerdo almendrado de su viveza sobre la esclerótica. Tanto la nariz como los pómulos eran cráteres sin fondo. La mandíbula se había hundido a tal grado que parecía nunca haber tenido boca. Al bajar la vista, me percaté de su placa de identificación, la cual rezaba: «R. HERNÁNDEZ».

Pobre soldado R. Hernández, definitivamente había sido víctima de uno de los camaleones devora sombras, o como nosotros, los miembros del ejército de cazadores, los bautizamos: sombrívoros. Estos malditos invasores aparecieron desde que el meteorito Stereoskopia 566 se estrelló contra el planeta. El meteorito en sí no le hizo ningún daño significativo a la tierra, pero al impactarse contra esta, liberó un océano de sombras que adoptaron forma de camaleón antropomorfo. Siempre empuñando una cimitarra, estos reptiles han cazado a todo ser vivo que muestre su sombra. La devoran en cuestión de segundos. Los científicos



cos consiguieron desarrollar una píldora que desaparece nuestra sombra durante treinta minutos. Sin embargo, esta herramienta llegó demasiado tarde. Me quedo corta al decir que más de la mitad de la población mundial ha sido exterminada por estas alimañas. Ya no hay más que cadáveres sin sombra tirados por las calles, totalmente deshidratados y desfigurados como este militar. No sabemos el porqué de su existencia, ni un método para acabarlos. Ellos nos llevan mil años luz de ventaja.

—¡Ariela, mira lo que he encontrado! —me dijo Sergei con su típico acento ruso, frunciendo su nariz aguileña y blandiendo un fólter que había recogido del piso.

A Sergei lo había conocido cuando se unió a nuestra armada. El presidente de Rusia había enviado refuerzos para evacuar a la mayor cantidad de personas posible tras la invasión de los sombrívoros. Pero nada salió como se esperaba. Las tropas rusas fueron devoradas por los invasores y la población nacional se redujo considerablemente conforme esta maldita peste se propagaba aniquilando a todo aquel que tuviera sombra. Por suerte, Sergei sobrevivió gracias a mi ayuda. Desde entonces, ese soldado fornido de casi dos metros de altura se ha mantenido conmigo como un perro fiel y agradecido.

—¿Qué dicen? —le pregunté.

—Hablan sobre los sombrívoros y también hay datos y coordenadas de un lugar llamado... —entrecerró los ojos para aguzar la visión— Ruinas del Destello.

Sergei me extendió la carpeta.

—Eso es muy cerca de aquí —comenté a la vez que recibí el documento.

En efecto, el fólder contenía un mapa enorme con indicaciones marcadas con bolígrafo rojo y muchas hojas con apuntes relacionados con los invasores. El dato más llamativo era la supuesta ubicación del nido de los sombrívoros: el cementerio de las Ruinas del Destello. Asimismo, se decía que en la cripta principal se encontraba la fuente de energía de los camaleones, los cuales la mantenían viva con las sombras que habían devorado. Así la alimentaban. La hipótesis de Hernández, quien supongo fue el que escribió esto, era que, si se destruía esa fuente de energía, estos perderían su poder y acabarían exterminados. ¿Acaso Hernández tenía razón? Y si fuera así, podríamos deshacernos de esta maldita plaga. ¡Ya no nos tendríamos que preocupar por esconder nuestra sombra!

Luego de explicarle los hallazgos de Hernández a mi compañero, este dijo con tono jocoso:

—Después de detener a los camaleones no nos quedará otro remedio que repoblar la tierra, ¿no es así? No le podemos dejar esa tarea a tus hermanos mellizos.

Sergei me miraba con sus intensos ojos azules, con una sonrisa socarrona que poco después se convirtió en una risotada.

—¡Por supuesto, Sergei, para nosotros es esa difícil tarea! —le respondí siguiéndole el juego de forma sobreactuada.

—Seremos los nuevos Adán y Eva, y nuestra descendencia será bellísima, especialmente por ti —añadió con ternura rutilante en la mirada.

—¡Pero no construyamos castillos en el aire hasta no exterminar a estos malditos camaleones! ¿De acuerdo? ——. No hagamos esperar más a Ariel y Arielle, que ya deben estar hasta la coronilla allá afuera.

—¡Vaya obsesión la de tu madre con la sirenita! —expresó haciendo cara de idiota.

Siempre que veía la oportunidad, Sergei decía lo mismo. Le encantaba reírse del tema. Aunque no estaba del todo equivocado; es decir, mi madre tenía una obsesión con vernos a los tres como un mismo ser.

—¡Venga, no perdamos más el tiempo, que tenemos una misión muy importante! —sentencié agitando la carpeta.

Justo antes de salir, una mosca se posó sobre Hernández y este se derrumbó de inmediato, convertido en un puño de arena. Sergei y yo nos volvimos a ver y se nos escapó una risilla. No sé por qué me dio risa, pero en completa complicidad con mi compañero, nos marchamos como si no hubiera sucedido nada.

Ariel y Arielle nos esperaban afuera. Custodiaban la vivienda en caso de que los camaleones nos atacaran. Ellos eran dos años menores que yo. La única manera de diferenciarlos era por el cabello: Ariel se caracterizaba por llevar el pelo corto, mientras que Arielle se lo dejaba largo, hasta la altura de los senos. A diferencia de mí, mi hermana carecía de pechos prominentes, por lo que no eran un rasgo que la distinguiera de su gemelo. Además, ambos poseían heterocromía: él tenía el iris izquierdo marrón y el derecho gris; en cambio, ella al revés: el izquierdo era gris; el derecho, marrón.

—¿Encontraron algo interesante? —preguntó Ariel con indiferencia.

—¿O la señal fue falsa? —añadió Arielle con interés.

Sergei y yo les resumimos el descubrimiento y los pusimos al tanto de la situación por proceder: infiltrarnos en la guarida de los sombrívoros para acabar con su núcleo de poder.

—¡De puta madre! —exclamó Ariel con entusiasmo—. ¡Hay que acabar con esas escorias de una buena vez!

—Lo que nos faltaba —dijo Arielle con desgano—, más problemas. Como si no tuviéramos suficiente con cazarlos, ahora hay que ir hasta su guarida y arriesgarnos más...

—Pero no te quejes tanto, hermanita, que después de esto no tendremos más de qué preocuparnos —le animó su mellizo, acariciándole la mejilla.

Arielle se limitó a suspirar y fingió una sonrisa para su hermano. Desde niña hacía lo mismo: prefería actuar como si todo anduviera bien antes que preocupar a Ariel. La conocía más que a mí misma.

Fraguamos detalladamente nuestro plan y, luego de armarnos de municiones y descansar un rato, nos dirigimos hacia el cementerio de las Ruinas del Destello. A pesar de que no sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar, sabíamos que mientras utilizásemos las píldoras, todo saldría de acuerdo con lo planeado. Pensábamos que lo más adecuado era dividir la misión en varios días y tomar este primero como exploratorio. Antes de proceder a la acción, era esencial conocer primero los detalles del lugar y qué tan custodiado estaba. Además, debíamos hallar la fuente de energía de los sombrívoros, que era nuestro objetivo, que segu-

ramente estaría en extremo resguardado. Tal como un cristiano con la Biblia o un musulmán con el Corán, nuestra única esperanza recaía en los documentos de Hernández.

Recorrimos cuatro kilómetros y al fin arribamos a las Ruinas del Destello. Yo me la pasé todo el trayecto sumida en mis pensamientos, asintiendo mecánicamente a los chistes que decía Sergei para bajar la tensión del operativo y a las preguntas constantes de los mellizos. Cavilaba de manera minuciosa cada una de las probabilidades de éxito y de fallo. ¡Necesitaba que la misión resultara exitosa! No me había enlistado en el ejército de cazadores para fracasar al final. ¡Debía conseguirlo por todos estos años en guerra con estos malditos camaleones! Yo en realidad no albergaba un motivo trágico como el de otros soldados que conocí. Mis padres no murieron luchando como los de muchos, ni los camaleones me arrebataron a mi familia. Para nada. Yo los cazaba porque odiaba la oscuridad en la que nos estaban sumergiendo. Odiaba —y me aterraba— la idea de morir en sus garras. Sencillamente, tenía miedo de morir...

Nos encontrábamos a unas cuantas cuerdas del cementerio. Tras hacerle una señal a Sergei para indicarle lo cerca que nos encontrábamos, este exclamó con su clásico tono bobo:

—¡Tiempo de tomar la píldora!

—Yo ya la tomé —dijo Ariel con voz cansada.

—¿Y tú, Arielle? —pregunté. Al no recibir respuesta, añadí—: ¿Arielle?

Cuando me volteé, se me escapó un grito. Arielle estaba suspendida en el aire, pataleando con vehemencia. Un camaleón la había capturado con su lengua y la estaba ahorcando como si se tratara de una condenada a la horca. La deshidratava a toda celeridad, absorbiendo su vida con avidez. Incitados por mi alarido, mi hermano y Sergei también se giraron.

—¡Hermanita! —Con el rostro desfigurado entre muecas y bufando como un toro de libia, Ariel se abalanzó contra la criatura gritando—: ¡Me la vas a pagar, malnacido!

—¡Detente! —le ordenó Sergei sujetándolo del brazo—. ¡Estamos acorralados!

No se equivocaba. Detrás de aquel camaleón, un millar de ojos rojos brillaban desde la oscuridad de la noche. ¿Cómo habían llegado a nosotros? Hallé la respuesta a esa pregunta al advertir que la sombra de Arielle apenas se divisaba. Empezaba a materializarse nuevamente. Sin esperar a ser atacados, saqué mi metralleta y disparé hasta quedarme sin balas. ¡No podía permitir que se salieran con la suya! Ariel aprovechó la distracción y se zafó de Sergei, a quien no le quedó más remedio que seguir mi

ejemplo. Tras gastar todas las municiones del arma, la recargábamos lo más rápido posible y otra vez creábamos un infierno de disparos. Los sombrívoros bloqueaban con su cimitarra cada una de las balas. Si no huíamos de ahí, acabaríamos como Hernández, pero aún tenían a Arielle en su poder. Mi hermano se abalanzó sobre ella, pero del pavimento emergió uno de los camaleones y le cortó las piernas. Los gritos de mi hermano resonaron por todas las ruinas. Al verlo, mi corazón se detuvo y mi cuerpo se paralizó. ¿Era verdad lo que observaba? No era posible. ¡Tenía que ser una pesadilla!

—¡Váyanse de aquí! —clamó a la vez que sacó una granada de humo de su chaqueta—. ¡Llévatela de aquí, Sergei! —terminó de decir antes de hacerla estallar.

Por más que forcejeé por liberarme de las manos de Sergei, no lo logré. El ruso aprovechó la pantalla de humo que mi hermano había creado y, cargándome al hombro, corrió hacia el cementerio.

—Debemos aprovechar que esta cortina de humo ciega a los camaleones para infiltrarnos en su guarida.

—¡Mis hermanos! —lloraba sin cesar—. ¡Sergei, suéltame! ¡Necesito rescatarlos!



Mi compañero me bajó de su hombro y, tras sacudirme, me gritó con la furia de un general:

—¡Ya están muertos! ¡Ya no los puedes salvar! ¡Entiéndelo o también morirás!

Me dejé caer sobre Sergei y rompí a llorar con más fuerza. Él me abrazó y me susurró al oído con una voz cálida y algo jocosa:

—Anda, debemos continuar, de lo contrario no podremos repoblar la tierra.

A regañadientes y sollozos, asentí.

Nos adentramos en el camposanto. Fue cuestión de tiempo para que los sombrívoros nos encontraran. Por suerte, ya estábamos frente a la cripta principal. No obstante, jamás esperé llegar sola.

—Creo que hasta aquí debemos seguir juntos, Ariela —me dijo Sergei.

—¿A qué te refieres...? —pregunté con el corazón entre las muelas—. Entremos antes de que...

—Alguien debe distraerlos y otro buscar la fuente de energía. Yo soy el distractor.

—¡Pero Sergei...!

—Ya sabes: cuida tu sombra.

Sin que pudiera hacer algo al respecto, mi colega me empujó dentro de la cripta y cerró la puerta de tal forma, que nunca conseguí abrirla. Nunca más lo volví a ver. No podía permitir que todo lo que había ocurrido fuera en vano. Así que proseguí con mi camino. Atravesé un largo túnel. Conforme avanzaba, el trayecto se colmaba de rayos de luz. Al arribar al final, quedé estupefacta: me hallaba en un salón de luz infestado de incienso de mirra. En el centro, una estatua de tamaño humano de un camaleón antropomorfo con una corona. Tenía los ojos cerrados y las manos extendidas. En ambas palmas llevaba tallado la siguiente inscripción en negro: «להה». ¿Era la efigie el motor de energía de los sombrívoros? Alrededor de ella, una armada de camaleones alados la adoraban de rodillas con los brazos en alto y las alas cubriéndoles el rostro. La reverenciaban inclinándose hasta tocar el pavimento con la frente, y oraban así: «Kadosh, Kadosh, Kadosh». Repetían a coro la plegaria sin detenerse ni perder la armonía. Anonadada, dejé caer mi metralleta y tambaleé unos pasos adelante. De súbito, la estatua levantó los párpados: un destello inundó toda la cripta. Mi vista se ennegueció y todo se transformó en oscuridad, incluida mi consciencia.

## II

Al abrir los ojos, me hallé en un túnel de luz. ¿Acaso me había desmayado? A los laterales, una fila de aquellos camaleones alados con la frente pegada a las baldosas y las manos en posición de rezo. Murmuraban una especie de cántico en un idioma fuera de este mundo. A mi lado, un ser encapuchado del tamaño de Sergei me oteaba sin mostrarme su cara. Portaba una corona de tres puntas largas y aguzadas. Era un espectro o una sombra con vida propia; todo él era completamente oscuro. Con un movimiento grácil de mano, me indicó que lo siguiera. Como jalada por las cuerdas de un titiritero, me aupé y fui tras aquel ente. ¿Quién era? ¿Un sombrívoro más?

Me condujo hasta un umbral, cuya puerta, que era de color carbón, carecía de cerradura y pomo. A ambos lados de esta, se erguían dos pedestales de mármol con una leyenda en letras rojas: el de la izquierda decía: «ANIMVS», mientras que el de la derecha: «ANIMA». La entidad sacó de debajo de su capa las cabezas de Ariel y Arielle y las colocó, respectivamente, sobre las peanas siniestra y diestra. ¿Qué diablos sucedía? Enseguida, se abrió la puerta: un resplandor descomunal me obligó a apartar la vista. Al regresarla al frente, contemplé una roca triangular del otro

lado. Era gigantesca y tenía la siguiente inscripción: «להה». Apenas esos caracteres entraron a mi campo de visión, caí de rodillas llorando tinta negra. Mis venas se hincharon y ennegrecieron. Reptaban como víboras a lo largo de todo mi cuerpo. Con el corazón acelerado e hiperventilando, me giré temblorosa hacia el espectro. Le arranqué la capa de un tirón. La corona se estrelló contra el porcelanato y rodó hasta los pies de la estructura triangular. Los latidos se me atoraron en la garganta cuando descubrí lo que yacía debajo de la capa: una sombra idéntica a mí.

Luchaba por alejarme, pero me fue imposible, mis músculos se habían convertido en piedra. Con la serenidad de un psicópata, mi sombra recogió la corona y me la colocó en la cabeza. Inmediatamente, mis párpados se cerraron de golpe y todo se desvaneció. Sentí que pasaron eones hasta que logré abrir los ojos. Lo primero que vi fue a mí misma hecha una estatua de sal frente a mí. A mi alrededor, todos los camaleones alados me alababan: «Kadosh, Kadosh, Kadosh». Al bajar la mirada, observé por tercera vez aquellos caracteres en mis palmas: «להה». Sin embargo, ya no eran negros, sino dorados como la sangre del sol. En ese momento me olvidé de Sergei, de los mellizos, de los sombrívoros... de todo. ¡Inclusive de mí! Y entonces lo comprendí:

—¡Ya no es necesario ocultar mi sombra!

# DESTINO CARMESÍ

Aldahir Mendoza

Ante Lotred se alzaba la gran muralla de la ciudad de Meledir, o al menos lo que quedaba de ella. Había zonas en las que la estructura se había desmoronado por completo, como si hubieran sido agredidas por poderosas armas de asedio que debían permitir la entrada a algún ejército; otras partes de la muralla estaban agrietadas, se podía ver también zonas ennegrecidas por el fuego. Coronando las pocas garitas que quedaban, ondeaban banderas de telas que se habían podrido con el paso del tiempo, por lo que se presentaban desgarradas y descoloridas; casi no se notaba el grifo blanco sobre campo de sables, estandarte del reino al que la ciudad pertenecía, el reino de Alyriam.

En años anteriores, la muralla de piedra gris se presentaba imponente, inexpugnable al igual que el resto de ciudades que pertenecían al reino del grifo blanco. Dos arqueros estarían en una garita, siempre dispuestos a lanzar sus mortales flechas a quien sea que osase amenazar el bienestar de Meledir. Los mercaderes pasarían por el portón de la ciudad, siempre abierto durante el día y bien protegido durante la noche. Pero Lotred tenía la certeza de que aquella hermosa bienvenida no regresaría. Las murallas

estaban destrozadas, los arqueros no estaban ya en sus torres de defensa, las banderas parecían ondear con tristeza, y el portón, destrozado, permitía a los nuevos visitantes ver a un esqueleto empalado en una gran estaca a la entrada de la urbe.

Lotred sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Nunca le habían gustado los empalamientos, pensar en el dolor que sentía la víctima durante el proceso le dejaba la sangre helada, pero el saber que algunos desgraciados seguían vivos después de aquello le producía pesadillas. Aunque ahora ya no pensaba tanto en eso, sino en las imágenes que en ocasiones le permitía volver a ver su mente, había cosas peores, mucho peores. Se arrebujó en los pliegues de su capa, roja y oscura como la sangre, y caminó hacia la entrada sin poder quitar los ojos del esqueleto empalado. «Aún tiene algo de piel», descubrió cuando lo tuvo a unos cuantos pasos. Se preguntó si habría muerto durante el proceso de empalamiento o si habría estado agonizando. No llegó a responderse. Siguió avanzando hacia el interior de Meledir.

«¿Por qué estoy aquí?», se preguntó mientras se detenía. La sombra del cadáver empalado caía a un lado de él. Se dispuso a no dar un paso más hasta que tuviera aquella respuesta, pero siguió avanzando unos instantes después. Suspiró.

Las calles de Meledir tenían el olor de las tabernas y de las posadas que las inundaban, eran recorridas por ciudadanos cuyas intenciones iban desde ir a trabajar a emborracharse en una taberna y acabar vomitando en alguno de los callejones pestilentes de la urbe. De un extremo de una calle a otra se podían ver, saliendo desde las ventanas, hebras de cuero en donde la gente acostumbraba colgar sus ropas, por lo que a menudo había zonas del pétreo suelo con charcos en donde se reflejaba el pálido sol. Se veían soldados con cotas de malla o armaduras de placas, armados con lanzas o alabardas, yendo de un lado a otro, siempre vigilantes de que la paz no se viera turbada. O eso había sido así hace cinco años. A Lotred le hubiera gustado que todo aquel escenario se hubiera visto perturbado por la invasión de un ejército de algún reino enemigo. La calle por la que transitaba presentaba grietas aquí y allá, las casas que lo rodeaban estaban vacías, algunas con ligeros destrozos en su infraestructura y unas pocas a las que solo le quedaban los cimientos, que estaban rodeados por los montículos de piedra y madera que antes eran los muros y el tejado. En el aire no danzaba el aroma de carnes siendo asadas, ni de la cerveza, ni de los perfumes que envolvían a las posadas, no. El viento que golpeaba la cara de Lotred arrastraba consigo el aroma de un cadáver, un hombre tendido de bruces en el suelo

sobre un charco de lo que sería su propia sangre. Dos cuervos se posaron sobre el muerto y empezaron a picotearle la espalda, a graznar; cuando notaron que Lotred se acercaba se batieron en retirada.

«Mi bienvenida al nuevo mundo», pensó. Se agachó hacia el cuerpo. El hedor invadió su nariz, pero no le afectó, posó la mano enguantada en un mitón de cuero y sus dedos sintieron la piel fría debajo de los ropajes podridos y sucios. No había que tocar la sangre para saber que ya estaba coagulada, se habían formado unos grumos granates, como pequeñas islas en un mar de brea. «Puede que lleve dos o tres días muerto», coligió Lotred incorporándose.

El sol anaranjado que presagiaba la noche le iluminó la cara, oculta hasta ese entonces por la capucha de la capa. Tenía un rostro delgado, de facciones afiladas, el cabello castaño oscuro, ondulado, le cubría hasta las orejas, una barba incipiente se le asomaba por la mandíbula y una nariz recta mantenía separados a sus ojos de un azul grisáceo, bajo los cuales se mostraban las ojeras.

Llevaba viajando a pie por las llanuras de Nerial por un mes, tanto de día como de noche. No dormía mucho, apenas unos cuantos minutos antes de levantarse y volver a caminar. Cuando



se encontraba una cabaña abandonada en medio de aquellos terrenos, se adentraba y dormía por más tiempo, apenas unas dos o tres horas. No corría mucho peligro en esas llanuras, ahí, además de las pocas cabañas, no había más que zonas herbosas y algún que otro árbol solitario; la gente no iría a refugiarse ahí, no a menos que buscaran ser una presa fácil. Ahora que estaba en Meledir, la primera ciudad que veía después de estar por mucho tiempo alejado de toda civilización, se sentía muy cansado.

De repente, escuchó una súplica a la que respondieron unas risas. Habían llegado hasta él en forma de ecos que venían desde lo más profundo de una callejuela. Lotred, cuidando de que sus pisadas no sonaran con fuerza, siguió el rastro del ruido. En los callejones de la ciudad había todavía más esqueletos, algunos roídos por ratas y otros que se encontraban reduciéndose a polvo.

Alcanzó a ver unas sombras, se ocultó detrás de una pila de escombros y asomó la mirada. Uno de los hombres era gordo, calvo, sonreía de oreja a oreja y sus dientes estaban podridos; sujetaba una espada corta oxidada y llena de mellas. El que estaba a su derecha era delgado, con un rostro ratonil, armado con una hoz de agricultor roja por el óxido; el tercero, un joven cuyo cabello habría sido de un rubio radiante de no ser por lo sucio que estaba, seguía riéndose y pasaba de una mano a la otra un palo que

terminaba en una punta después de haber sido quebrado. El trío tenía rodeada a una mujer que se había arrinconado en una esquina. Lotred recordó a una manada de perros arrinconando a un gato para, en solo cuestión de segundos, dejarlo reducido a una masa informe de carne y huesos sanguinolenta.

—¡Aléjense! —gritó la mujer.

—Sí que nos alejaremos —dijo el gordo entre risillas—, pero primero vas a cumplir con nuestras... necesidades.

—Vamos, vamos —rio el de la hoz—. Te va a gustar.

El joven rubio siguió riéndose.

«No te involucres», le habían dicho. Tenía que estar centrando en la misión, no podía perder el tiempo entrometiéndose en cosas que no fuesen esenciales. «Cinco años», se dijo. Habían pasado cinco años desde que había visto a otra persona. La primera escena que le presentaba el mundo era una violación. ¿Tenía que seguir para que cosas como esas regresaran?

Antes de que se diera cuenta ya había salido de su escondite y caminaba hacia los hombres. La mujer dejó de pegarse más al muro para clavar sus ojos sobre él. Lotred no pudo verla bien; ella tenía el rostro oculto bajo la capucha de su capa. Los hombres voltearon al ver la extraña reacción de su víctima. El joven rubio, poco a poco, dejó de reírse.

—Deberían hacerle caso —dijo Lotred.

—¿Y de dónde salió este? —preguntó Cara de ratón.

—Encárgate, Ori. —ordenó el gordo, apuntando a Lotred con su acero en mal estado.

—Preferiría —continuó Lotred— que solo se vayan. No quiero...

—Nos importa un comino lo que quieras. —Le interrumpió Ori, avanzando hacia él, su mano derecha apretando el mango de su hoz.

Lotred extendió el brazo izquierdo con fuerza, la mano resultó abierta y los dedos extendidos. Un objetó destelló mientras hendía el viento. Ori se detuvo como si algo invisible le hubiera dado un empujón, dejó caer su hoz, trastabilló, se llevó las manos al cuello y de entre los dedos se le empezó a escapar la sangre. Cayó al suelo de espaldas, las manos se le separaron del codo y dejaron ver una daga enterrada hasta la empuñadura. Un charco de sangre empezó a formarse.

Los dos hombres restantes, impactados, se quedaron viendo el cuerpo de su compañero; después miraron a Lotred. El lado izquierdo de la capa rojiza se le había levantado y ahora caía por detrás de su hombro, dejaba ver parte de la armadura de cuero desgastada que llevaba bajo los ropajes viejos y descoloridos, las

dagas sujetas a una correa que le dividía el pecho al sesgo y que ahora tenía una funda libre y la espada larga, envainada, sujeta a su cinturón.

El gordo se lanzó al ataque, sosteniendo la espada corta con ambas manos por encima de la cabeza, dispuesto a asestarle un golpe en la cara. Lotred contó en su mente y, con un movimiento rápido, desenfundó la espada, sosteniéndola con la mano derecha. El estruendo metálico duró poco, las tres cuartas partes de la espada oxidada salieron despedidas y fueron a estrellarse contra un muro. El gordo chilló una maldición antes de que la espada larga se le ensartara en el estómago. Antes de tocar el suelo ya estaba muerto. Había extrañas runas grabadas en la hoja de Lotred, cubierta de rojo y que lloraba un hilillo de sangre.

—Quizá tú seas más inteligente. —dijo Lotred al joven rubio.

No estuvo en lo cierto. El rubio se le lanzó en un salto esgrimiendo su improvisada estaca. Lotred esquivó los tajos, aunque no tenía necesidad de ello; la madera no podría atravesar el cuero. Cuando el quinto ataque estuvo descendiendo, Lotred atrapó la mano del chico y, al instante, le retorció el brazo hasta que crujió. El chico gritó, soltó la estaca, cayó al suelo llorando, sus ojos clavados en los de Lotred.

Hasta ese momento, no había visto bien la cara del chico. «Armil...», susurró en su mente. Recordó risas, el sonido de los dados y el de las ruedas de un carromato. Bajó la espada. Entonces vio la mano sana del joven tomar la rota espada del gordo. La espada rúnica descendió con fuerza y rapidez sobre el pecho, atravesándolo. Los ojos del rubio se quedaron mirando el cielo, pero ya no lo veían. Después de liberarlo del acero, Lotred le cerró los ojos; con los otros dos no hizo eso.

—¿Estás bien? —preguntó a la mujer cuando todo se hubo sumergido en silencio. No le contestó, se había desmayado.

Una parte del callejón se abría para dar paso a otra callejuela más despejada, y por ahí la luz del sol se hizo presente, rojiza. «Falta poco», se dijo Lotred al percatarse de ello. Volvió la mirada a la mujer. Con delicadeza le retiró la capucha de la cara. Tenía un rostro acorazonado, la tez pálida llena de pecas y el cabello rojizo y corto. Tenía pedazos de armaduras de diferentes materiales sobre la ropa vieja y sucia: un chaleco y hombreras de cuero, brazales de bronce y espinilleras de latón.

Lotred suspiró, le dio vueltas a la idea por unos instantes y, entonces, la cargó en brazos.

Terminaron llegando a una plazuela. En el medio del lugar había una fuente que hacía mucho tiempo había dejado de hacer

correr el agua, la cual, después de estancarse, se secó. Lotred vio uno o dos esqueletos apoyados contra la base, y otros tantos más a unos metros de ella, con las manos extendidas, como si en vida hubiesen tratado de llegar con el resto. En el cielo ya no había rastro del sol, pero ahí arriba todo seguía igual de rojo. Se adentraron en el templo blanco que se encontraba en aquella zona. Dentro, se presentaba un salón inmenso, todo estaba destrozado menos la estatua de Fanemil. Lotred le dedicó una mirada a aquella figura de mármol antes de seguir internándose. Bajó hacia el sótano y la recostó contra un muro.

«¿Para qué la he salvado? —se preguntó Lotred—. Quizá dejar que todo pase habría sido más misericordioso».

Antes de seguir pensando, Lotred se dio la vuelta y salió del sótano, llegando hasta el salón del templo blanco. Años atrás, las antorchas estarían encendidas y harían brillar los albos espacios, y las gentes estarían arrodilladas en el suelo recitando sus plegarias. Pero eso ya no podría ser: los muros estaban sucios y en algunas partes se veían manchas oscuras ahí donde la sangre se había coagulado, muchos de los paneles de cristal estaban destrozados y algún que otro esqueleto se asomaba por el marco de las ventanas. Lo único que quedaba en perfecto estado era la estatua de Fanemil. Hecha con mármol, la estatua siempre tenía la forma de

un caballero de bella armadura de placas, el rostro cubierto por un yelmo con visera, las manos enguantadas alrededor de un mandoble con el filo hacia abajo, y dos alas emplumadas saliéndole de la espalda. Lotred se detuvo frente a ella. Recordaba las historias que se narraban en el libro blanco, siempre recitado por los predicadores; esa vez, mientras miraba la estatua intacta de Dios, recordó una, y le pareció un chiste de mal gusto.

Escuchó algo desde fuera del templo. «Llegó el momento», se dijo. Desenvainó su espada. La hoja de doble filo, aun en la oscuridad del templo, brillaba como un pedazo de plata, de luna, y estaba tan filosa que aun sin esgrimirse hendía el viento. Lotred se encaminó a la salida del templo, distinguiendo formas en la plazuela, formas que parecían estar esperándolo.

Tenían distintos tamaños, distintas formas, distintos sonidos. Pero todos eran desagradables. Lotred las apuntó con la espada.

—Los pájaros van al sur... —empezó a canturrear—, el sur esperando está...

La forma que se acercó primero era delgada, demasiado delgada, pero rápida como una liebre. Su cuerpo desnudo era el de un humano, pero su rostro era la monstruosa parodia del de un macho cabrío sin pelo. De la frente le salían dos cuernos retorcidos y los dientes que exhibía al abrir la boca se ponían encima de otros

e imitaban la forma de dagas. Lotred se deslizó blandiendo su acero. El cuerpo humano cayó a un lado de él, del cuello destrozado manada sangre como un riachuelo. La cabría cabeza rodó por el suelo hacia delante, dejando un camino rojo a su paso.

El resto de formas chillaron, rugieron.

—Porque la muerte viene del norte... —siguió cantando Lotred. Volvió a apuntar con el acero a las criaturas, a los engendros de la noche—. ¿Quién sigue? —Les preguntó con malicia.



# UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Christiam G. Buchelli

Todo comenzó con un remolino púrpura de miasma que cubrió el firmamento de toxicidad, sumergiendo al mundo en una noche interminable.

Los habitantes de Tezen observaron con horror lo que sucedía a kilómetros. La resignación se apoderó del pueblo, las matriarcas y sabios se reunieron en la plaza principal para discutir qué hacer ante el inminente desastre.

Uno de los ancianos se alejó del gentío, arrastró sus piernas mientras el bastón sostenía su peso y, con congoja, divisó cómo la pampa tan verde y hermosa se marchitaba por el veneno. Aquellas visiones le recordaron las antiguas descripciones del inframundo. El cielo, antes celeste, estaba fisurado, como si la realidad se hubiese resquebrajado.

«Lo recuerdo», pensó el anciano al ver una figura vestida de negro cuya belleza complementaba los extraños tentáculos negros que se materializaban a su alrededor.

La entidad percibió la mirada del anciano, se teletransportó a su lado y le dijo:

—Tú sabes quién soy, ¿verdad?

La voz era tan tersa que le hizo temblar el alma.

—Sí, Señora. —Hincó la rodilla—. No me haga daño —agregó temeroso y desconsolado.

—Por donde voy todo se transforma. Las almas gritan. La vida se consume. —La entidad cogió una roca, que se volvió polvo en segundos—. Sin embargo, puedo restringir qué se oblitera y qué no, como hago ahora con tu pequeña existencia. Ahora que lo pienso la casualidad no tiene razón en este momento.

—En efecto, señora —contestó el anciano—. Sabía sobre su llegada. Lo recordé al verla. Quiero que perdone a mi mundo y a sus habitantes.

—No les guardo rencor. No tengo que perdonarlos.

—Déjeme reformular mi idea, por favor.

—Adelante.

—Podría desviarse al norte, evitar Tezen —dijo el anciano, juntando las palmas en una plegaria.

—No lo haré, a menos que me propongas aquello que surca tu mente.

—A cambio le ofrezco entretenimiento —respondió el viejo y le mostró un cofre a la entidad, del que sacó piezas de ajedrez y un tablero—. La reto a una partida. Si gano, se desviará al norte, si pierdo, se quedará con las almas de Tezen.

La entidad sonrió.

—¡Oh, mortal! Conozco el juego. Una de las mentes que tengo en mi interior lo creó hace cientos de años.

—Tiene usted las de ganar, señora. No rechazará mi petición.

La pálida mujer soltó una carcajada, chasqueó los dedos e hizo aparecer una mesa y un par de sillas.

—Coloque el tablero y las piezas, anciano —ordenó señalándolo con sus tentáculos.

—¿Desea iniciar?

La entidad sacudió la cabeza y se mordió los labios. Desde que apareció en el universo, nadie la había tratado con tanta condescendencia.

—Por supuesto, anciano. Espero que no lo lamente cuando engulla su alma y su existencia se confunda con la fosa que tengo en mis entrañas.

—Señora —dijo el anciano después de los cuatro primeros movimientos—, lo he pensado. No logro comprender su perspectiva. Usted habla de un sepulcro de almas sin identidad. Sin embargo, juega a través de los recuerdos del creador de este tablero. Quizá en vuestro estómago esté el edén y, más que un castigo, mi muerte sea la recompensa que me espera.

La entidad se distrajo y el anciano movió el caballo para derribar con maestría una blanca torre. La dama pálida apenas y se preocupó. Enseguida contraatacó y destruyó uno de los alfiles de su contrincante.

La abertura colocó al rey oscuro en jaque, pero el anciano reaccionó a tiempo y bloqueó con un peón.

—Eres consciente de que no soy la única que lo oblitera todo. ¿Es cierto? —La dama pálida alejó su alfil—. Sabes que tu gente hace y hará lo mismo. Yo quemo parte de la vida, ustedes lo quemarán todo en mil años. ¿Por qué debería dejarlos vivir? La Tierra estará mejor sin ustedes.

El anciano no respondió y colocó al rey al costado de la torre, realizando la jugada conocida como enroque.

—En efecto, mi señora, somos destructivos e irresponsables.

—El tiempo mismo lo es. Lo abstracto, la entropía. Yo. Todo aquello que existe o que vive, como es tu caso, se destruye y se transforma. —La entidad movió su segundo caballo—. ¿Será que ansían encontrarme, así como sucedió contigo?

—Y, por preguntarle, señora. ¿No piensa usted en la humanidad como vuestro heraldo?

La entidad arqueó las cejas, sorprendida. Guardó silencio y contrarrestó el movimiento del anciano con un enroque. El viejo

respondió de inmediato con un peón e hizo titubear a la entidad, la que, en un descuido, derribó la pieza con su caballo.

—Eres inteligente. Quizá el hombre más sabio de tu especie.

—Hay otros seres inteligentes.

—Sí —interrumpió la dama—. Lejos, los separan eones de distancia, algunos más, otros menos, todos incapaces de vencerme.

El anciano movió a la reina y se detuvo antes de finalizar su movimiento.

—Pero la entretenemos. ¿Me equivoco?

—Ahora mismo lo estoy.

El viejo colocó la reina oscura a tres espacios del rey de la dama pálida. La entidad cubrió a su rey y, al mismo tiempo, derribó la penúltima pieza del anciano.

—Me agradas, podría concederte la inmortalidad para jugar contigo una infinidad de veces.

—¿No sólo quita la vida? ¿También puede darla?

—¿Deseas la inmortalidad?

—No. Mi único deseo es ser un digno rival para usted, señora.

La dama cruzó los brazos y movió un peón con sus tentáculos. Una línea frontal de tres piezas al acecho, listas para acabar con el caballo que escapó con firmeza sobre el tablero.

—No, no le temes a la muerte. No te interesa la inmortalidad, pero me preguntaste si puedo dar vida —dijo la dama pálida—. ¿Extrañas a alguien? Podría ayudarte.

El anciano se quedó en silencio. Muchos nombres volvieron a su mente, en especial el de su esposa. El viejo se negó a aquella posibilidad. Era mejor dejarla descansar en paz.

—Por supuesto que sí, mi señora, pero ¿quién soy yo para perturbar el descanso de los muertos con mis deseos? —Deslizó al caballo negro con gracia y venció a otra de las piezas blancas—. Mis anhelos son tan solo un grito desesperado que se ahogaría en algunos años.

—Ahora soy yo quien defiende algo con todo su ser —respondió la entidad. A la par defendió a su rey del brutal ataque del corcel negro eliminándolo en el proceso.

El monarca negro estaba solo, como el anciano.

—Ahora lo entiendo. Tú eres la última pieza.

—Sí, un rey no solo debe gobernar, debe proteger a su pueblo.

—Sacrificio, ¿eh? Me has vencido, anciano. Pero es inútil. Podría perseguirlos hasta el final de los tiempos.

—Le podría hacer una nueva propuesta. Si es que me permite algunos segundos más de vida —dijo el anciano y comenzó a reordenar las piezas—. ¿Le gustaría comenzar otra vez?

—Estaría encantada —respondió la dama pálida—. Ya que nos esperan algunas partidas, tenga la decencia de decirme su nombre.

—Dream —respondió el viejo—. Rey de Tezen. ¿Y usted?

—La Que Consume. Ese nombre me gusta.

El anciano estiró la mano y estrechó el tentáculo de la entidad.

—Jugaremos lo que resta de tiempo, Dream. Y no volveré al mundo mientras ellos recuerden tu nombre.

El viejo asintió y esbozó una sonrisa. La entidad respondió con el mismo gesto y movió el primer peón sobre el tablero.

## NIEBLA Y OSCURIDAD

José Alonso Mendoza Tipiani

Corría junto a la mujer que había ido a su casa tras ver la nota pegada en un poste, donde decía que los supervivientes lo buscaran. Y resultó, la mujer apareció, pero en ese instante surgió aquella cosa negra al otro lado de la calle, dando aquel crujido de bestia salvaje. Las luces del poste se apagaron.

Por instinto él la tomó del brazo y salieron corriendo de su casa. La cosa se había acercado destruyendo la puerta y gruñendo como león hambriento. Estaban a diez cuadras, corriendo por la avenida principal, y detrás se acercaba la cosa humanoide.

—¡Que alguien nos ayude! —gritó la mujer mientras corría.

—Es inútil —dijo el chico—. No hay nadie aquí. Todos han desaparecido y hasta ahora somos los únicos vivos.

—Pero que...

—Vamos a escondernos en ese edificio —señaló a unos apartamentos con las luces encendidas.

La mujer asintió y fueron corriendo. Para su suerte la puerta estaba abierta y rápidamente entraron. Se escondieron detrás del recibidor, esperaron, deseaban que aquella cosa se fuera o pasara



de frente e inadvertida. Entonces la mujer, asustada y con el corazón golpeándole el pecho, decidió presentarse.

—Soy Ema —dijo en voz baja al extenderle la mano al chico—. Mucho gusto.

—Spencer —le contestó mirando por un pequeño agujero que tenía el recibidor—. ¿De dónde eres?

—De esta misma ciudad. ¿Y tú?

—Igual.

A lo lejos se escuchó el crujido de aquella cosa que los atormentaba desde que el sol había desaparecido. Además de la luna y de las estrellas quedaba un cielo negro y una neblina espesa.

—Cuando desperté no estaban mis padres. Pensé que habían salido, así que los intenté llamar, pero nada —dijo Ema—. Mi teléfono no funcionaba. Intenté localizarlos por otros medios sin resultados. Me empecé a asustar.

—No funciona nada aquí —dijo Spencer sentándose, mirándola—. Solo hay electricidad en los postes, en algunas casas, edificios y supermercados. Los autos tampoco funcionan.

—Ya veo. —Se tapó la cara y empezó a sollozar—. ¿Qué está pasando? Tengo miedo, mucho miedo. No quería salir de mi casa porque esa cosa estaba allí afuera, esperando...

—Lo mismo me pasó a mí. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Ema se enjugó las lágrimas y miró a Spencer. Era simpático, no lo podía negar. Pero no era momento de pensar en ello y empezó a calcular los días.

—Más o menos... unos cinco o seis días.

—Yo llevo un mes —dijo él—. Desperté y eran las cinco de la tarde. El sol no estaba y pensé que había oscurecido temprano o era mi reloj el que estaba mal. Vivo solo, así que no me percaté de que las personas habían desaparecido hasta que decidí salir a dar una vuelta.

—No entiendo por qué no hay nadie. ¿Quién se llevó a mis padres? ¿Quién se llevó a las demás personas? ¿Por qué nosotros somos los únicos aquí y... y esos seres? ¿Acaso ellos se llevaron a todos?

—No tengo la más mínima idea. Estuve buscando armas, pero no hay. Solo tengo tres accesorios para defenderme —Spencer blasfemó para sus adentros—. Pero cada vez que quiero enfrentarme a esa cosa, algo me detiene. Es como si eso controlara mis emociones y solo quisiera huir.

—A mí me dio miedo cuando dio aquel crujido dentro de mi casa —Ema empezó a recordar el suceso y unas cuantas lágrimas mojaron sus mejillas—. Así que solo agarré una mochila, me es-

cabullí a la cocina, metí algunos alimentos, salí a la calle y entonces encontré aquel letrero. Ahora estoy aquí.

—Tranquila, solo esperemos a que el camino esté despejado y volvamos a mi casa para resguardarnos.

Ella asintió y Spencer mostró una pequeña sonrisa. Esperaron un rato. La luz del edificio no daba indicio de que se apagaría. Eso era señal de que la cosa no estaba cerca, ya que cuando aparecía, la luz se volvía intermitente y se apagaba con un fuerte estallido.

Habían pasado casi diez minutos. Spencer se levantó y salió del recibidor. Avanzó hacia la puerta para ver si aún corrían peligro. Pero no, aquel humanoide de piel negra había desaparecido. Ema salió también y Spencer le indicó con una señal que era seguro. Caminaron por la avenida sin hacer ruido.

A unas cuantas cuadras de su destino, advirtieron que la luz que estalló antes estaba encendida de nuevo. Ema se puso a espaldas de Spencer y avanzaron. Al llegar, vieron la puerta de la entrada destruida. Solo le quedaba poner otra. Y así fue. La colocó, y una vez terminaron, decidió poner un estante de libros para trancarla. Luego se dirigió a la parte trasera y cerró la ventana por donde habían salido. La tachonó con una madera.

—Bueno, ya estamos a salvo —dijo Spencer tras asegurar todo—. Siéntete como en casa. En el refrigerador hay mucha comida. Sírve lo que quieras.

—Gracias, eres muy amable. —Ema se quitó la mochila y la puso a un lado de la mesa de la cocina.

Guardaron silencio. Spencer encendió una vela, no quería prender la luz dado a que temía que esa cosa rondara cerca, pero al final cedió. Se sentó en la mesa de la cocina a descansar. Cada vez que se encontraba con la abominación, su corazón bombeaba como loco, sudor helado corría por su espalda y un horrible sentimiento lo estremecía. Cuando estuvo mejor, Ema se sentó al lado de él para comer algo. Había preparado una sopa instantánea y empezó a comerla como si no se hubiera alimentado tiempo.

—Parece que morías de hambre —comentó Spencer.

—No he comido hace como... —se quedó callada para calcular las horas—. Como en ocho horas. Más o menos.

—Entiendo, tranquila, come.

—Gracias.

Spencer se levantó para ir a su sala. Agarró la mochila al lado del único mueble que tenía. Dentro llevaba un bate de béisbol, una cadena y una palanca de hierro. Lo usaba cada vez que salía para

abastecerse de alimentos. Guardó todo de nuevo y la llevó a la mesa de la cocina donde estaba Ema.

—¿Tienes algo con que defenderte? —le preguntó.

—En realidad solo tengo unas tijeras.

—¿Sabes usar un bate de béisbol? —sacó el bate y se lo mostró.

—Sí, puedo usarlo.

—Bien...

Lo dejó a un lado de la mesa mientras ella seguía comiendo su sopa. Spencer decidió ir al segundo piso para arreglar las camas, necesitaban descansar. Mientras subía las escaleras, el crujido sonó tan fuerte que se le escarapeló el cuerpo. Se quedó helado en medio de los escalones. Acto seguido, se escuchó un pequeño trueno. Luego se oyó otro crujido y después empezó a llover.

Bajó para ver cómo estaba Ema. La joven estaba quieta, con unos cuantos fideos colgando de su boca. Solo movía los ojos y cuando vio a Spencer, salió de su estado de shock.

—¿No me digas que está lloviendo? —preguntó ella.

—Sí, es la primera vez que pasa desde que empezó esto.

—Y ahora... —la interrumpió de nuevo el crujido de la cosa negra.

—Carajo, esta vez fue más cerca. Ven, levántate, agarra el bate y ve a la sala —le dio él la orden mientras tomaba su mochila e iba

al refrigerador para meter provisiones—. Tengo el maldito presentimiento de que volveremos a irnos.

—Siento también lo mismo...

Y sus sospechas fueron certeras. La puerta de la casa tembló tan fuerte que el librero que la trancaba se movió. Los dos chicos se quedaron callados y Spencer terminó de meter comida en su mochila. Se la colgó en la espalda no sin antes sacar la palanca de hierro. Se fue a la sala y le tapó la boca a Ema antes de que otra vez el monstruo golpease la puerta con brusquedad. Seguro sabía que estaban dentro, así que pegó más fuerte. El librero no soportaría aquello, por tanto, Spencer se acercó al oído de Ema y susurró:

—No quiero que grites, solo da media vuelta y vámonos de aquí. ¿Entendido?

Ella asintió, y él, despacio, le quitó la mano de la boca. Se fueron mientras oían golpes detrás. Al llegar a la cocina, Spencer quitó la madera de la ventana, la puso en el suelo y abrió. El librero se cayó de golpe y la puerta se partió en dos. Guardaron silencio mientras Ema salía por la ventana y el gruñido de la cosa se expandía por la casa.

—Ahora —susurró Spencer—. Vete, iré detrás de ti.

Ema se encontró con la lluvia. Se giró para ver si Spencer salía y cuando un trueno sonó e iluminó la casa, apareció la silueta de la cosa humanoide, que los miraba gruñendo.

—¡Apúrate, Spencer! — gritó la chica.

—No grites...

Ema señaló a su espalda y él entendió que el ser estaba atrás. No fue necesario comprobarlo, así que se lanzó por la ventana y salió de la casa. Cuando se levantó, los estremeció un nuevo crujido.

—¡Maldita sea! ¡Corre! ¡Ahora!

Ella corrió, y detrás, él. Fueron por el mismo camino que tomaron la primera vez. No se volvían, solo corrían en dirección al edificio de apartamentos.

—Era la mejor opción —dijo Spencer en el camino, dado que había muchas habitaciones para esconderse.

Cuando llegaron a la avenida principal retumbó otra vez el molesto ruido del monstruo. El chico volvió a sentir miedo, terror y escalofríos. Ema, en cambio, pareciera tener nervios de acero. No paró de correr hasta llegar al edificio. Antes de entrar, Spencer miró atrás y vio al engendro aproximarse con paso lento. Sabía cómo perderlo de vista, así que fueron a una puerta junto a las escaleras de emergencia.

—No servirá esconderse allí —le dijo a la chica—. Va a encontrarnos.

—Pero espera, aquí hay un ascensor...

—Si, y mientras baja, esa cosa estará con nosotros. Créeme, mejor por las escaleras.

Subieron los escalones de tres en tres. Cuando estaban por el octavo piso, se volvieron y la criatura los perseguía dando fuertes crujidos.

—¡Mierda! ¡Ahí viene!

—¡Sigue subiendo!

Él asintió, siguieron y las luces empezaron a vibrar. Cuando iban a apagarse, Spencer se metió por una ventana al piso de al lado. El pasadizo estaba vacío, las puertas, cerradas.

—¡Empújalas para ver si se abren!

—¡Yo por el izquierdo y tú por el derecho!

Cuando estaban por la mitad, la luz se apagó, y siguió el crujido. Ema tanteaba en la oscuridad para saber dónde estaba Spencer, hasta que lo encontró.

—Tranquila, aquí estoy. Ten el bate en la mano.

—Aquí lo tengo. Mierda... Tengo miedo.

Ni bien dieron un paso, una puerta se abrió. No era necesario preguntarse quién era. Ema agarró con fuerza la mano de Spen-



cer mientras él empuñaba la palanca. Esperaba el momento para defenderse. Agudizó su vista, sus oídos, y controló su respiración para que no lo hallaran, pero las luces se encendieron y se apagaron repetidas veces. Ema jaló la mano del muchacho. Cuando éste se giró, ella señaló a la cosa que los perseguía. Los ojos del monstruo brillaron de un rojo carmesí. Cuando la luz se apagó, se escuchó un gruñido. Ema gritó. Spencer la tomó de la mano, pero la criatura negra le apretaba la otra, intentando llevársela. La chica gritó por ayuda y Spencer le dio a la cosa un golpe con la palanca.

Ema se soltó, agarró al joven de la casaca y escaparon a toda velocidad. Con el corazón a mil por hora hallaron un apartamento con la puerta abierta. Entraron, Spencer cerró, y trancó la puerta con un mueble.

—Mierda —dijo Ema al recuperar aliento. Sintió una sensación de infarto—. Maldita sea, Dios, por favor, que pare.

—Tranquila —Spencer intentó mantener la calma—. Lo hemos perdido.

—Carajo... ni más vuelvo a portarme mal. Si esto es un castigo divino, por favor que pare... que pare...

Spencer intentó calmarla con un abrazo, la chica temblaba y su piel estaba helada. Fuera caía la lluvia y los primeros rayos del sol

alumbraban el edificio. Pasado un rato Spencer se alejó al ver unas manchas negras en el antebrazo de Ema, justo donde el monstruo la había tocado. Se las quitó frotando con los dedos, y a la joven le dolió. Cuando indagaron por el apartamento, el televisor se encendió, apareció una pantalla azul con letras. Se acercaron para leer y una voz robótica dijo:

—Felicidades, sujetos de prueba. Lograron sobrevivir a la primera fase. Prepárense para la segunda.

El televisor se apagó y se miraron sin comprender qué diablos sucedía. Un crujido más intenso se alzó de nuevo.

# NO ME PAGAN TANTO

Dara Hincapié

Cerró los ojos y olfateó el aire. Humedad sobre la media, presión atmosférica baja, niveles taumágicos altos, olor a metal en el ambiente. Siempre lo había. En las fábricas se quemaban desechos electrónicos y la culpa recaía en los motociclistas. Sería un día tormentoso.

Metió la sombrilla en la mochila y escogió una boina acorde con el pantalón. Reforzó las runas de protección contra el mal de ojo y rayos solares ultravioleta. Se miró al espejo. Puso un poco de poción de feromonas tras sus orejas y en las muñecas. Tomó las llaves.

—¿En serio vas a salir así? —, opinó el gato, levantando una ceja.

— ¿Qué te importa? Te traeré salmón.

—Más te vale. ¡Y galletas! Porque se están acabando—. El logo de la cerradura brilló por un segundo después del clic. El gato refunfuñó mientras se acomodaba en el sillón.

Al caminar por la calle roció sal por encima del hombro, ante las lejanas montañas de las fronteras. Una luz verdosa resplandecía entre cumulonimbos mientras aves pecho amarillo aleteaban desesperadas por encontrar refugio. Los montes reflejaban haces de luz.

Al llegar a la estación, un troll enorme como una iglesia pequeña le salió al paso.

—Buenas. Hoy están cerradas las líneas de cable aéreo y hay paso restringido en el tranvía, por alerta de tormenta.

—Lo imaginaba. Menos mal voy hasta Rosales—. Mostró su tarjeta de viajes.

Una sonrisa diamantina abrió una falla geológica en el rostro del troll.

—Disfrute su viaje. Recuerde las normas de convivencia y prevención de accidentes.

El sonido de las puertas del vagón al cerrarse oprimió su pecho.

«¿Por qué no mejor pedí el día libre?». Miró las casas del barrio al aferrarse a sus amuletos murmurando letanías.

Tras llegar a su destino atendió a los clientes como de costumbre. Pocos iban y venían con prisa por el mercado. Una mujer elfo buscaba entre las verduras las últimas raíces de mandrágora,

mientras un mohán llenaba su canasto de bebidas hidratantes, salvia y papel higiénico con sus peludas manos.

—Gracias. Pase un buen día —murmuró al recibir su cambio. Se giró hacia la puerta y tras dudar un instante se volvió—. ¿No les da para cerrar temprano hoy? El clima va a estar maluco.

—Ni modo.

Un colmillo feroz escapó de la triste sonrisa.

La leche burbujeante se avinagraba en la nevera. Las arepas de maíz exhibían hongos negros y velludos que ondeaban como algas bajo una corriente submarina, amenazando con saltar a las carnes frías. Al acercarse, las lámparas del interior parpadearon en patrones matemáticos. Algunos huevos parecían intactos, aunque la mayoría se había dañado.

Mientras perseguía una botella de leche que flotaba, su teléfono vibró con un mensaje de texto de la administradora del mercado.

Hola. Hoy no voy, el transporte está horrible. Saca unos huevos y haz un rezo para el negocio.

—Sí, claro. No pudo salir de casa—, se mofó.

Mañana te tomas el día, ¿vale?

Mucho mejor.

Con una sonrisa torcida extendió su mano libre sin mirar y capturó la botella.

—Vale.

Un huevo explotó en mil pedazos, y en vez de yema saltaron plumas que lo aturdieron unos segundos. Cuando trató de examinarlas, algunas se transformaron en espejismos que le hicieron llorar. Gavillas de salvia ruda, menta, yerbabuena, marihuana y romero flotaron por arte de magia antes de envolver un tallo de sábila apostado junto a tres huevos. Con cuidado depositó aquello en un nido de cáscara de coco con eucaliptos y le prendió fuego con un fósforo. Luego volteó el letrero de ABIERTO a CERRADO, recorrió el mercado mientras el humo llenaba sus pulmones y su mente. Sintió las primeras gotas de la lluvia, que vio fundirse en aromáticas brasas.

Pequeñas esferas irisadas levitando en el humo.

Danza líquida y eléctrica, verde y violeta.

Arabescos nerviosos de derviches chisporroteantes.

Revoluciones cósmicas envueltas en eucalipto.

Evaporación, dispersión, condensación, sedimentación.

Luciérnagas microscópicas en busca de la vida.

Magia oscura y primigenia. Un torrente de chispas cubrió sus manos y antebrazos zigzagueando entre los pliegues de su piel e inundó los espacios entre células a través de canales de sodio, calcio y potasio, hasta llegar a la mitocondria, donde despertó a las ancestras. El calor de generaciones de sopas y dulces iluminó sus huesos. Con una profunda exhalación cedió su voluntad y su cuerpo a los espíritus descalzos, y una cadencia de flautas y tambores se apoderó de sus caderas. Las gotas de lluvia, más gruesas y frecuentes, estallaban en coloridas chispas, formando un halo de vapores iridiscentes.

Sus rodillas golpearon el tapete de entrada mientras las puertas automáticas se cerraban dejando afuera una nube violácea verdosa cuyas volutas giraban lentamente alrededor del mercado. Sus manos agarrotadas, temblorosas, apenas dejaron caer los ennegrecidos restos del atado de hierbas en el cubo con residuos orgánicos. En el suelo asumió una posición fetal, esperando a que cesara el hormigueo que dejaron las ancestras y a que las lágrimas secasen. Una campanilla tintinó ante el rugido de la tormenta mientras las ráfagas del viento entraban en el local. Una voz como el roce de las hojas de una palmera penetró en su mente.

—Buenas, ¿tiene sombrillas?

Desde el suelo hizo una mueca de incredulidad y respondió con un sonido rasposo. Después del ataque de tos, logró emitir un incomprensible: «al lado del revistero». Escuchó que alguien puso dinero en el mostrador, junto con el cascabeleo de un par de corozos secos. La puerta se abrió. Cuando no quedó nadie, aún sin levantarse, se apoyó en un cubo para ver por las mamparas el sombrío panorama. Nadie más vendría al mercado ni saldría de casa por el mal clima.

—Apenas termine la lluvia, me largo de aquí. No estoy para estos trotes.

Poco a poco recuperó la movilidad. A velocidad tectónica registró la compra de la sombrilla, por la que el cliente desconocido había dejado el valor exacto sobre el mostrador. Acomodó los estantes derribados por la visita. Usó un estropajo para fregar el suelo y exprimió el agua en un cubo. Masticó reflexivamente un emparedado de la sección refrigerada mientras examinaba los corozos. Una corriente eléctrica palpitó en las yemas de los dedos que los tocaban. Secretos susurrados desde el atardecer se insinuaban al agitarlos.

«¿Por qué alguien pagaría en un mercadillo con algo así?».



Empacó en su mochila unas cuantas verduras, varias bolsas de aperitivos, un par de latas de salmón y unas galletas para su gato. Apagó las luces, activó las runas de la alarma y verificó que el letrero indicara “CERRADO” antes de cerrar la puerta con llave y caminar contoneándose hasta la estación. El clic-clac de un par de corozos secos, atados con un cordel rojo al mango de su sombrilla le siguió todo el camino.

# REQUIEMS UNS DIABOLI

Ajedsus Balcázar Padilla

La lluvia caía tempestuosamente aquella noche de octubre. Los rayos iluminaban la antigua Catedral de San Bruno mientras el viento corría como un huracán y los árboles se movían como si fueran a desplomarse. Las nubes se desplazaban como grandes olas oscuras mostrando una luna roja. Infames sombras reptaban hacia la iglesia y la solemne figura de la cruz temblaba en el interior.

Un pequeño cuervo acercaba su cabeza hacia el ventanal de la catedral. Dentro una chica con largos cabellos rojos y un vestido negro que arrastraba por el suelo, elaboraba un pentagrama en el piso del templo cristiano. De un frasco rociaba grandes cantidades de sal, trazando poco a poco un círculo alrededor de la estrella invertida que había dibujado. En el interior se encontraba una cantidad ingente de símbolos arcanos y alquímicos, construyendo así, una extraña configuración mágica para su diabólico trabajo.

El cabello de la mujer estaba enmarañado y por momentos una rara corriente de aire movía sus largos rizos como si fuera

Medusa. Su rostro estaba maquillado completamente de blanco con dos símbolos hebreos en sendas mejillas. Sus ojos eran azules y estaban hinchados de venas. Llevaba unos largos brazaletes de plata con pentáculos.

La amplia sala de la iglesia estaba despejada. Las extensas butacas de madera, replegadas hacia la entrada, tapaban la vetusta puerta principal. Tras unos minutos, el símbolo quedó listo y la chica gesticuló una delirante sonrisa de dientes amarillos y sangrantes encías. Dejó el frasco de sal sobre el suelo y fue al pedestal donde encontró una maleta negra. Alguien o algo se movía en su interior. La abrió y unos pequeños brazos salieron. Metió sus manos y sacó a un bebé que parecía de pocos meses. Usaba un trapo como pañal y tenía una cinta gris en su boca, con algunos agujeros para respirar. El pobre temblaba de frío.

La extraña mujer caminó hacia el símbolo mágico. Colocó a la criatura dentro del pentágono donde se hallaba un ojo dibujado con gis. En ese momento le quitó la cinta al infante y éste estalló en llanto. El lugar se llenó de eco al tiempo que los truenos bramaban. Ella sacó de su bolsa un libro con tapa de piel marrón. Lo abrió y buscó unas páginas. Al hallarlas, conjuró en una lengua con tono gregoriano una invocación que decía:

*Tenebrarum diabolo te dedi in gratiam istam, sic vis das mihi et potestas tenebrarum Gloria tibi Domine.*

En ese momento un potente rayo cayó cerca del lugar, iluminando el templo y arreciando la lluvia.

Después de ello, la bruja se acercó al pentagrama y se agachó junto al pequeño. Lo miró con ojos punzantes. De su bolso sacó una afilada daga de plata con mango de madera donde aparecían letras hebreas. El tiempo pareció detenerse, la mente de la mujer se silenció y la lluvia llegó a inmutarse. Las luces de los relámpagos brillaban con mayor tiempo y las sombras se movían hacia el centro.

La chica levantó la daga hasta su cabeza y con fuerza la clavó en el estómago del pequeño. Miró al techo y vociferó un alarido desgarrador. Giró la daga en el plexo solar de la criatura, abrió sus entrañas y brotó mucha sangre. Las lágrimas recorrieron la cara de la pelirroja y su maquillaje blanco se fue desvaneciendo hasta mostrar su pálido rostro. Los dos símbolos en sus mejillas comenzaron a tatuarse con fuego, dejando tras ello, unas cicatrices con las dos letras hebreas; el alef ( א ) y el ayin ( ע ), letras que indican los nuevos atributos y potencias mágicas que obtendría.

La chica se levantó y dio unos pasos atrás, alejándose del símbolo. En el centro se hallaba la ofrenda de carne. La sangre se

esparció por el piso a través de cada línea trazada con sal. Ésta la absorbió y dio forma a una figura carmesí. Tras unos minutos, el piso empezó a temblar y los ventanales de la capilla estallaron por una fuerte ráfaga de viento debido a la tormenta. En eso un gran cuerpo espectral ingresó y se dirigió al infante.

El enorme pájaro negro movió su cabeza sobre el niño, metió su pico en el diafragma y extrajo un pequeño corazón que devoró con deleite. Una vez consumido el órgano, el cuerpo del bebé se desvaneció en pequeñas cenizas rojas hasta que se las llevó el aire. El cuervo clavó su mirada hacia la mujer que lo observaba al pie del pentagrama y empezó a entablar plática.

—Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez, mi pequeña Rosse Liese. El corazón de este niño ha sido una delicia para mi paladar.

Ella lo miró con asombro y le contestó con voz temblorosa:

—Supongo que salió como debía de suceder. ¿No?

El cuervo intentó buscar algo en el alma de la muchacha, pero desistió moviendo la cabeza.

—Te noto un poco tensa, mi niña —dijo— ¿Acaso te arrepientes?

—¡Para nada! Estoy bien —exclamó la hechicera, poniéndose firme y mostrando voz áspera.

—Eso me agrada. Ya sabes qué viene ahora. Desde este momento te concedo el grado de Sacerdotisa de la Orden de Aamon.

Tras esas palabras el cabello de la chica cambió a un color azul zafiro y su rostro volvió a la normalidad, aunque le crecieron orejas puntiagudas. La vestimenta se volvió púrpura. La daga ensangrentada transmutó en un báculo que atrajo la sangre hasta convertirla en una gema carmesí que se incrustó en la punta. Los ojos de la chica irradiaban poder y firmeza.

—Me gusta mucho cómo te ves ahora. Pareces una bella dama de las órdenes infernales, digna de elogio. Ahora eres una princesa para mis ojos —mencionó el cuervo mientras se le acercaba.

Con cada paso se transformaba en un humanoide. Sus alas se convirtieron en una capa de color negro. Las patas, en piernas y sus garras se unieron para volverse botas. El largo pico transmutó en una nariz aquilina y sus ojos luminosos adquirieron aspecto humano con pupilas rojas. De su cabeza brotó una cabellera muy larga y dos pequeños cuernos encorvados hacia los lados. Adquirió un rostro joven y una pequeña barba en su quijada.

—Había olvidado lo hermoso que eres, Kadmiel. Soy feliz de que seas mi demonio guía, y ahora mi compañero de batalla.

Él sacó la mano de su capa y apareció una bella rosa con pétalos carmesí hacia su compañera. Cuando Liese la tocó, la flor se volvió azul, un color intenso como el océano.

—Mi mejor imagen para mi preciada doncella —repuso el demonio, besando su mano y mirándola con una sonrisa—. Ahora es momento de irnos. Las gárgolas no tardarán en encontrarnos y las máquinas de los tagmatristas, menos.

—Tienes razón...

La lluvia había cesado y ahora una luna blanca coronaba el cielo, iluminando el aposento profanado. De pronto un estruendo sonó en la puerta de entrada y la catedral tembló. Decenas de santos de escayola clavados en las paredes cayeron y se rompieron. Una pesada cruz de madera con Jesucristo llorando sangre también se desplomó y con el estruendo de un potente rayo la puerta explotó.

Ingresaron enormes criaturas, tenían rostro de toro y filosos cuernos salían de sus cabezas. Deformes alas de murciélago se movían en sus espaldas escamosas y unas largas patas de reptil pisaban los fragmentos de las sillas de la iglesia. Las gárgolas entraron y detrás de ellas dos sujetos con batas blancas portaban grandes armas.

—Creían que no los encontraríamos, ¿verdad? ¡Malditos he-rejes! — amenazó uno, el cual cargaba sobre su cuello el símbolo del culto universal: una cruz encerrada en un círculo.

—Es momento de que paguen por sus pecados. No habrá diálogo para negociar por lo que han hecho. ¿Dónde está el hijo de la reina Victoria? —exclamó el segundo sujeto, un viejo con una extensa barba negra. Este era alto y de igual manera portaba el mismo crucifijo. Llevaba un potente cañón de mano y un sombrero negro.

La chica observó a los dos tipos y contestó:

—El pequeño bastardo ahora ha partido. Nunca más verán a ese pedazo de carne. ¡Y mucho menos la perra de la reina!

—Ya han escuchado a la dama, malditos engendros. Es hora de irse— declaró Kadmiel, momento en el que se movió rápidamente como un ave fantasma y sus dos manos se convirtieron en enormes garras que despedazaron a dos gárgolas. La carne cayó al suelo salpicando sangre morada.

—¡Maldito! ¡¿Cómo te atreves?!

Los dos hombres empezaron a disparar a donde se hallaba el demonio alado, el cual volaba bajo la bóveda. Se desplazaba con rapidez esquivando los tiros. La chica observaba a las gárgolas. Se abalanzaron sobre ella, así que azotó el báculo, haciendo que



choques de energía cinética detonasen al golpearlos. Los arrojó por los cielos y se golpearon con los pilares.

Conforme pasaban los minutos, decenas de gárgolas llegaban para acabar con la amenaza. La chica estaba agitada y perdía energía. Observaba a su compañero demonio y se percataba de que sus grandes alas estaban desgastadas por los disparos de los guerreros de la Secta Ordum Secularum. No había mucho que hacer, debía solucionar el problema. Liese recitó en una extraña lengua, cerró los ojos, segundos después los abrió y extendió los brazos hacia las gárgolas. Una poderosa energía brotó de ellos y las criaturas salieron disparadas traspasando las paredes y golpeándose unas con otras. El gran cuervo observó a su compañera y notó que había abierto un pequeño portal. Eso significaba la retirada y lo sabía. Cuando se volvió a transformar se dirigió hacia Liese, cargó a la chica y saltaron al portal que se cerraba. Después de cruzarlo, el agujero de gusano desapareció. La capilla quedó destrozada y dos hombres se levantaron de entre los escombros, maldiciendo entre dientes.

Aquella noche de octubre, la sacerdotisa Rosse Liese y el demonio Kadmiel comenzaron su travesía. La chica había roto el último tabú de la hechicería, que era el sacrificio. Había asesinado al

hijo primogénito de la monarca Victoria, la primera emperatriz después de cientos de años tras la muerte de Elizabeth de Inglaterra. Ella había desatado la primera gran guerra contra la religión, destruyendo por completo a la iglesia católica y nombrando a todos los feligreses viles pecadores. Otros cultos fueron igualmente perseguidos, así como los seres de la noche. Cualquiera que profesara una creencia distinta a la de la reina, sería castigado. Solamente se rendía culto al Supremo Tagmatron, poderosa deidad cósmica y eterna, representada como un gran ojo en el centro de una cruz, encerrada en un círculo.

La orden de la reina había sido llamada UNITY, y proclamaba a un solo Dios. Esto producía combates con cientos de naciones que terminaban en terribles guerras. Muchos niños y jóvenes eran sacrificados cada tres años para rendir culto a Tagmatron. El ritual era realizado en el Gran Temple, acto transmitido a todas las latitudes del mundo.

El sacrificio del bebé había sido necesario para conseguir un alto rango dentro de las Órdenes Demoníacas, escalón de aprendizaje del que Kadmiel le había hablado muchas veces a la hechicera Rosse, que después de renegar por ello había aceptado. El pequeño ahora representaba a la sangre de cientos de miles de personas asesinadas en nombre de la reina. Así pasaron varios

meses antes de que llegaran a la contienda final. Kadmiel había entrenado con maestría a Rosse, que tenía mayor capacidad para abrir portales y crear ataques de energía. Ambos sabían que la monarca Victoria había utilizado ciencia para crear armas. Las criaturas biomecánicas, que en realidad eran las gárgolas, servían de vigilantes en grandes ciudades. Eran despiadadas y casi no poseían inteligencia, sino, desbordaban sadismo.

Liese, con ayuda de demonios, licántropos, vampiros y demás seres de la noche, las aniquilaba en muchas ciudades. Cientos caían de los cielos, fulminadas por llamaradas y mortales ataques.

Pese a que el poder de Kadmiel y Rosse provenía de dimensiones oscuras, los guerreros de Tagmatron usaban magia igual de peligrosa, adquirida por manuscritos antiguos del destruido Vaticano. Las confrontaciones eran arduas. Rosse conformaba la punta de la lanza de miles de combatientes de la Orden Ofiuco, compuesta por magos, teriántropos y militares que luchaban para liberarse de la nefasta monarquía.

—Hemos llegado muy lejos. Pero puede que la verdadera forma del mal lo encontremos al ver a Victoria —comentó el mago llamado Acteal, mientras empuñaba su arma, cargando proyectiles.

—¿Por qué lo dice, maestro? —preguntó Rosse intrigada.

—Siento una entidad maligna en su palacio. Tengan cuidado.

—Cuidaré con mi vida a Liese— aseguró Kadmiel, mientras tomaba de la mano a la chica y ambos saltaban al portal que los llevaría al castillo.

Dentro encontraron una amplia sala con pilares blancos diseminados a los lados, y en el centro, una enorme cruz con símbolos alquímicos.

—¡Bienvenidos a su final! —mencionó una voz que provenía del ornamento.

Pronto Kadmiel y Rosse fueron sometidos a una intensa fuerza y no pudieron moverse. De la estructura salieron tentáculos de oscuridad que atraparon a los guerreros. Liese intentó recitar un conjuro, pero ningún sonido salió de su boca. Kadmiel quiso transformarse, pero aquello no ocurrió. A Ambos los devoró la entidad llamada Tagmatron. Sus cuerpos fueron desintegrados y absorbidos por la enorme cruz. La reina Victoria admiró desde su trono cómo sus enemigos habían sido castigados. Ahora formarían parte del crucifijo maligno, una entidad milenaria que poseía al mundo.

## BELLO DURMIENTE

Mariangela Ugarelli

Y de todos, tenías que ser tú. Esa arma que disparó, la bala que salió con volición propia como si hubiera querido encontrarte, el muro que le susurró tu escondite detrás de un árbol donde la bala te alcanzó en el estómago, pese a no matarte. Árbol, benefactor escudo, no previste las consecuencias de prestar sus ramas para cubrirlo. La bala roza el árbol, el árbol florece en una explosión pequeñita de esquirlas de madera, como agujas que te dan una tras otra en el corazón. Ahora que estás encapsulado en tu agonía, yo lo estoy también en esta casa. Tu cuerpo se derrumba como un Cristo caído sobre las rodillas de una inclemente madre hecha de terciopelo vino y cojines donde te mantengo, a duras penas, con vida y con la conciencia suficiente para, con un leve movimiento de tus dedos, mover las piezas del ajedrez inmaterial que tanto odiabas. Sé que te molesta el brillo de la pantalla. A mí también me molesta, pero no quiero jugar sola.

Ninguno de nosotros podría haber sabido cuándo llegaría, cuándo estallaría. Esa era la realidad que nos acechaba y nos cerraba en nuestras sendas casas, tomadas hace mucho por la molice. Mueves e4 y yo respondo como un espejo. Salta el caballo

de rey a f3 y veo que quieres jugar como nos enseñó Ruy López hace años, que se comprimen en días y se estiran en decenas, centenas, olas de tiempo. Una hora pasa cada segundo cuando te miro tendido con el oxígeno en el rostro y tierra a tus pies. Inerte, te he vestido con tus oxfords y el traje granate entallado que nunca tuviste oportunidad de usar. Siempre te lo dije, pónelo, no sabemos cuándo vendrán por nosotros. Sobrevivimos tanto tiempo escondidos en las sombras, escondidos del mundo, frecuentando por brevísimos períodos antros olvidados y tiendas 24/7 para saciar el hambre que ahora me roe por dentro; existíamos únicamente como un recuerdo borroso para quienes nos habían visto. No les dábamos el tiempo de hacer preguntas. Quienes habían hecho eso estaban muertos, y a ti se te está acabando el tiempo para hacer tu siguiente jugada.

Detestaba que me miraras por debajo de las cejas, con la cabeza apoyada sobre las manos como las hojitas de un tulipán. Una siniestra debilidad se escondía tras esos ojos negros tuyos, ocultos ahora bajo tus párpados de mármol. Mueves el alfil que describe una diagonal insidiosa, como la que escondías tras esa mirada gélida. Era la mirada con la que le indicabas al alma de tu oponente que estaba liquidado, que era el momento de rendirse y conservar un fragmento de dignidad. El mismo rostro que vi, a contra-

luz, la primera vez que saliste a proveer por nosotros, a medianoche, la misma noche en la que me hiciste entender lo que ahora yo era y lo que tú también serías por mí y para siempre.

Te mataste una primera vez por mí, ahora mueres la delicada muerte de una flor en estasis y yo pierdo la cabeza. Soy la misma de siempre, la misma niña a la que el patrón se llevó a un lejos del que no debí volver. Si yo no hubiera vuelto tú no estarías así ahora. Contestas a la débil amenaza del peón retrocediendo al alfil. Retrocedes, como si me dijeras que no debo pensar en eso. Pero es cierto. Debiste haberme dejado morir, yo no hubiera sobrevivido en esta condición de fiera si no fuera por ti. No tengo el temple helado de un jugador de ajedrez. No me hubiera podido alimentar sola, tú me diste de comer. Me lo traías siempre a medianoche, con la mirada por debajo de la sien, la mirada oscura con la que me atemorizabas. Ahora tu boquita, que parece estar permanentemente confeccionando con un delicado soplado una burbuja perfecta, está casi inerte, salvo por unos pequeños espasmos que mueven la fina línea de tu labio superior, que me dicen que aún vives en esta muerte.

Está claro que yo no puedo hacerlo sola. No puedo ir a una clínica a robar, o a un rincón tenebroso de la calle para degollar a un extraño, aunque el hambre me esté, me está matando. Por eso

hicimos el pacto de no ir a las casas de los nuestros, ni de abrazarnos, ni de besarnos. El hambre lo hacía demasiado peligroso. Hermano mío, siempre fuiste el de romperlo todo, pero ¿por qué así? Tenemos órdenes, pactos de no ir a casas ajenas y tú te paseabas por el centro de Lima, frecuentando con temeridad el destartado Club de Ajedrez, con una sola entrada y una sola salida. Yo sabía que ahí te iban a encontrar. Ahora no juegas más y el reloj marca el fin de la partida. Te he ganado por primera vez, solo por tiempo. ¿Vendrán ahora por mí, ahora que saben lo que eres? ¿O seguirán practicando sus aperturas antes de hablarle a la policía? Muero de hambre, hermano. Quiero morir de una sola flecha de madera santa en el corazón, una estaca que nadie me saque. Que nadie me haga la crueldad que yo he hecho contigo; intentar salvarte, intentar prolongar esta vida en la que, a cada segundo somos menos hermanos y más animales. Los animales no conocen brida lo suficientemente fuerte para encadenar su instinto con las cadenas del miedo. Eres una hermosa deidad, hermano, carne de mi carne. Ahora no tengo otra opción más que tu sangre. Me toca tomar a mí.



## COLOFÓN:

Dai N. Castillo

Siento mucha satisfacción al poder presentar el resultado de la última convocatoria de cuentos de la editorial Speedwagon Media Works, con quienes he tenido el gusto de colaborar en otros proyectos previos. Trabajar junto a Julio en la recopilación, corrección y edición de los cuentos ha sido una experiencia satisfactoria y un reto en varios sentidos. Para lograrlo, durante varios meses estuvimos preparando esta colección de cuentos con el objetivo de que sea una exploración de diversos temas, todos enfrascados dentro del género de la fantasía oscura.

Los dieciséis cuentos que han sido presentados en este libro son el resultado de un gran esfuerzo de parte de los autores por representar distintos aspectos de lo fantástico, sobrenatural e, incluso, algunos elementos de terror. Además de los temas, la exploración de los mundos presentados, e incluso de los diferentes periodos en los que han sido ambientados estos relatos resultan refrescantes y prometen una variedad muy atractiva para el lector.

Por último, concluyo agradeciendo la confianza de la editorial, con la esperanza que los relatos aquí presentados resulten del interés del público lector y les lleve a seguir explorando nuevos autores del género.

# ÍNDICE

PRÓLOGO: 05

Julio Cevalco

ETERNO PLACER 09

Augusto Murillo de los Ríos

DESHIDRATADO 26

Gaspar Paredes

SOBREVIVIENTE 35

Eva Van Kreimmer

MÓNGELES 38

Eduardo Omar Honey Escandón

EL SEÑOR DE LA GUERRA 52

Carlos de la Torre Paredes

DÍA DE PERROS 60

Juan Pablo Goñi Capurro

EL DURMIENTE 81

Israel Montalvo

NUEVE OROS 93

Julio Cevalco

BONEWALKER 107

Connie Tapia Monroy

SOMBRA Y CAMALEONES 111

Ariel F. Cambroner

DESTINO CARMESÍ 125

Aldahir Mendoza

UNA PARTIDA DE AJEDREZ 137

Christiam G. Buchelli

NIEBLA Y OSCURIDAD 144

José Alonso Mendoza Tipiani

NO ME PAGAN TANTO 155

Dara Hincapié

REQUIEMS UNS DI 162

Ajedsus Balcázar Padill

BELLO DURMIEN 173

Mariangela Ugarelli Risi

COLOFÓN: 177

Dai N. Castillo



**SPEEDWAGON**  
media works